

**EL PROBLEMA DE LA EXPLICACIÓN CIENTÍFICA EN LA DISCIPLINA
HISTÓRICA**

DEIBY ANDRÉS GUZMÁN RODRÍGUEZ

Trabajo presentado para optar al título de
Magister en Filosofía

Director
JONH ALEXANDER GIRALDO
Docente Titular

UNIVERSIDAD DEL VALLE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
CALI
2016

Tabla de Contenido

Introducción	iii
1. Presupuestos y antecedentes de la explicación.....	8
1.1. Una polémica, dos perspectivas.....	11
1.2. Neopositivismo.....	18
1.3. Crítica desde la Escuela de Frankfurt.....	22
2. Carl Hempel y las leyes de la historia.....	31
2.1. Una ley general como explicación	32
2.2. La posible explicación histórica	38
2.3. La historia como modalidad enunciativa	43
3. Karl Popper y la predicción en la historia	50
3.1. Determinismo e indeterminismo	52
3.2. Causalidad y Determinismo	56
3.2.1. El argumento determinista	58
3.2.2. Indeterminismo y libertad	60
3.2.3. Causalidad y libertad	61
3.3. Antinaturalismo y pronaturalismo	64
3.3.1. La novedad como categoría sociológica.....	65
3.3.2. La predicción y la profecía histórica.....	66
3.3.3. Esencialismo y nominalismo	70
3.3.4. La tipología ideal	78
4. Contrastes en las perspectivas Hempel – Popper	81
4.1. Ley general histórica	82
4.2. Arthur Danto: historia y filosofía de la historia	88
4.3. Una caracterización mínima de la historia	95
4.4. Historia profética.....	102
5. Conclusiones	105
Bibliografía	109

Introducción

Cuando el ser humano se dio cuenta por vez primera que podía preguntar y, de esta forma, estar más allá de su sentido común, ese estar más allá le demandaba un quehacer propio a su naturaleza: hacerse preguntas. El preguntar supone un proceso de indagación por aquellas ideas que se han establecido como respuestas a las grandes preguntas que se ha formulado la humanidad en materia de conocimiento; aunque es verdad que esto puede parecer paradójico, es precisamente ese trasegar continuo, a través de la indagación, formulación y desarrollo de la pregunta lo que ha llevado a la visualización de un objetivo permitiendo la constante construcción de caminos y métodos que mejor ayuden a la consecución de un determinado conocimiento.

Para que este conocimiento cobre importancia la exigencia metodológica recurre a la delimitación de una disciplina en particular. Dado el grado de exigencia de su investigación, se procura, en lo posible, otorgarle validez con pretensiones que suelen ser de carácter universal. En esta medida, como se trata de establecer paradigmas que soporten la incansable indagación humana (por lo menos eso se espera de la pregunta: que nunca cese), la respuesta humana para ello ha tratado de establecer puntos de partida que sirvan de base y directriz en el momento de acometer cualquier tipo de investigación con miras a esclarecer y develar lo desconocido. Asimismo, desde la cumbre del conocimiento científico se intenta oficializar y hacer válido un proceder específico en particular pero, que sin embargo, esa particularidad tiene como propósito alcanzar el orden de lo universal. Con este firme propósito claro y definido el proceder científico ha tratado siempre de postular hipótesis. Las ha comprobado, testando su alcance; las ha refutado, reemplazándolas por otras que mejor se acomoden a su pretensión.

Este interés lo podemos apreciar en la polémica que entraña el modelo de la ciencia natural cuando se intenta aplicar a una ciencia social como la historia. Se puede decir que es un problema que ha preocupado a los hombres que se han dedicado a buscar, en el mejor de los casos, un derrotero investigativo en procura de allanar lo desconocido en el campo histórico. Si recordamos la época en que los presocráticos –entre los siglos VII y VI a.C.– asumieron la difícil tarea de indagar y de preguntar por aquello que, para muchos pasaba desapercibido, se logra obtener las primeras conjeturas a propósito de los misterios que

guarda la naturaleza, desde una reflexión sistemática racional. Precisamente, esas conjeturas permitieron acercarse a los pretendidos objetivos que, con el paso del tiempo, *–siglos XV y XVI donde fue posible la experimentación, después del pensamiento hegemónico Aristotélico–* se fueron trasformando en obsesión por conocer y descubrir los secretos de la naturaleza. Por ello, al descubrirlos, más que obtener su conocimiento, el ser humano se dio cuenta que en éste poseía algo inimaginable: poder. Si el conocimiento de las leyes de la naturaleza le otorgaba poder sobre ella, el dominio del hombre no se hizo esperar; en tanto que su insaciable conocimiento lo llevó a preguntarse por el dominio del hombre mismo. Se resalta, de igual manera, que el avance de la ciencia natural y el descubrimiento de sus leyes, dispuso el camino para que el hombre se encaminara por la senda del conocimiento y la racionalidad.

Cuando a este descubrimiento se le añadió el poder, el desarrollo y el progreso, todo cuanto existía empezó a girar en torno a la idea de la técnica y la instrumentalización. Dado este gran paso en el desarrollo técnico y tecnológico, se pudo concebir un tipo de racionalidad que estaba allende del asombro, de la ignorancia y el fracaso; se empezó a hablar de racionalidad instrumental. Primeramente aplicada a la naturaleza para hacer más dócil la relación entre ésta y el ser humano, de a poco se fue convirtiendo en hacedora de mundos posibles. En este instante, surge la imperiosa necesidad de llevar todo ese desarrollo y estructura metodológica a otro campo, a otro mundo, hacia algo urgente y demandante: el hombre mismo.

Es aquí donde acaece la relevancia de trasponer y bifurcar el conocimiento científico, pero esta vez aplicado al descubrimiento del mundo social. El mismo éxito obtenido en la ciencia natural se espera que dé resultados en la ciencia social. De ahí subyace la necesidad de que las ciencias sociales funcionen de manera análoga a las ciencias de la naturaleza; se necesita una generalidad que pueda ayudar a construir regularidades que permitan tener control y estabilidad en este desconocido campo.

La importancia de este tema radica en la posibilidad de que, el conocimiento científico, proporcione el conocimiento de los aspectos sociales tan disímiles entre sí, toda vez que la insistencia en un dominio epistemológico esté siempre presente. Sin embargo, pese a los intentos por decodificar lo desconocido de los seres humanos, todavía hay

preocupación por aquello inusitado que no está bajo su control. Por ello, en la medida en que la preocupación por aprehender lo que escapa al dominio racional se convierte en carta secreta para promover el dominio y la desigualdad social, política y económica; las ciencias sociales, desde su desarrollo epistemológico, pueden dar cuenta de sus vicisitudes y problemas.

La epistemología, en general, hace énfasis en la preocupación que ha mantenido el ser humano por el conocimiento y su avance como agente racional. La filosofía de la ciencia en particular, apuesta por la interpretación, crítica y evaluación de las teorías científicas tanto en su aspecto lógico-formal como en su aspecto histórico-social. Por tanto, la filosofía, como disciplina hacia la cual se enfoca el presente trabajo, permite no sólo establecer los puntos de partida que tuvo el pensamiento científico en sus orígenes griegos, en cuanto a una investigación histórica se refiere, sino, y, ante todo, permite seguir indagando las posturas epistemológicas contemporáneas (positivismo, marxismo, fenomenología, existencialismo, neopositivismo) que han hecho sus aportes y disertaciones en búsqueda de la verdad. Asimismo, desde la crítica filosófica, como herramienta académica, se pueden vislumbrar otros tipos de conocimientos: empírico, científico, explícito, tácito e intuitivo que, puestos bajo la óptica de la crítica, aseguran para siempre la autenticidad y permanencia de imposturas epistemológicas, siempre que de ellas surjan nuevas alternativas. .

Es precisamente ese tipo de impostura epistemológica o desacuerdo con las pretensiones de verdad absoluta por parte de la ciencia, la que hace posible el tema central de este trabajo: el problema de la explicación científica en la historia como disciplina. Cabe decir que el tema de la explicación en las ciencias naturales y las ciencias sociales connota un sinnúmero de controversias¹ que, aún hoy, parece ser, mantienen vigencia. A propósito del trabajo se hace mención, desde el modelo nomológico-deductivo planteado por Hempel Y Popper, de que la historia, como disciplina social, también pueda funcionar como lo hace

¹ Es harto recordada *La disputa del positivismo en la sociología alemana* que tuvo lugar en Tubinga, en el congreso celebrado por la Sociedad Alemana de Sociología, en octubre de 1961; el tema central fue *La lógica de las Ciencias Sociales* donde participaron representantes de la *teoría crítica de la sociedad* y del *racionalismo crítico*. En esta disputa, vale decir, se enfrentaron las diferencias con respecto a la metodología y teorías utilizadas en la investigación sociológica que, incluso, dejó entrever discrepancias en el orden moral y político del momento; discusión ésta que sentó las bases para deliberar sobre los fundamentos lógico-científicos de la sociología. (Traducción en español: *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, traducción de Jacobo Muñoz, ediciones Grijalbo, México, 1973).

la física por ejemplo. Aparte de otorgar validez, desde la comprobación de sus teorías basadas en leyes generales, se sostiene que la física también puede formular predicciones a partir del conocimiento y generalización de leyes universales. En cambio la historia no puede pretender asumir el mismo papel de la física; su campo de investigación es mucho más reducido y singular, sin ninguna pretensión de generalización al respecto. Esto se debe a que, la historia, como ciencia social, no dispone de formulaciones generales que le comprometan con la formulación de una regularidad universal. Esto nos permite decir que la historia todavía permanece en un estado poco desarrollado, en comparación con los avances proporcionados por la ciencia natural.

Dicho lo anterior, el objetivo en este trabajo es analizar, desde una postura epistemológica, la posibilidad de aplicar el modelo de explicación de la ciencia natural a la historia. Para ello es necesario preguntar: ¿Es posible la explicación científica en la historia como disciplina? En este aspecto hay que tener en cuenta que la historia utiliza muchas leyes (generales incluso) tomadas como préstamo de otras ciencias, lo que no permite concluir que funcione de manera análoga a la física. Para que la investigación en historia rinda frutos, tal y como lo hace la ciencia natural, tendría que disponer de leyes generales (de las cuales no dispone) y de condiciones iniciales específicas (causa de los hechos). Por tanto, la tarea concluyente en este trabajo demuestra que la historia obedece a hechos y connotaciones insospechadas, vale decir, que no están sujetas al determinismo científico; pero que, su explicación, porque de hecho explica acontecimientos específicos, la realiza en torno a un interés singular que no tiene pretensiones de convertirse en una regla general histórica que subsuma todos los acontecimientos humanos.

Para ello, es importante tener en cuenta los presupuestos y antecedentes de la explicación, lo cual, el lector encontrará en el primer capítulo de este trabajo acompañado de la postura positivista y sociológica al respecto; asimismo, se tomará en cuenta la postura asumida por el positivismo lógico, que convoca el establecimiento de una crítica por parte de la escuela de Frankfurt. Seguidamente, en el segundo capítulo titulado Carl Hempel y las leyes de la historia, se encontrará la postura de este autor con respecto al funcionamiento del modelo nomológico-deductivo el cual pretende que funcione en la historia. Después, en el tercer capítulo, titulado Karl Popper y la predicción en la historia, describe la tesis más

importante de este autor que se encuentra en su obra *La Miseria del Historicismo* (1984)) en donde nos habla de determinismo e indeterminismo, causalidad y determinismo y doctrinas antinaturalistas y pronaturalistas. Del mismo modo, en el cuarto capítulo titulado contrastes entre las perspectivas Hempel – Popper se alude a los presupuestos teóricos de los autores donde exponen sus ideas de acuerdo y desacuerdo con la posibilidad de la explicación y la predicción en la historia.

Finalmente, se presenta conclusivamente la confrontación teórica de la investigación histórica, como ciencia social, mostrando que es un referente teórico singular prevalente dentro del campo histórico respectivamente. Vale decir, de igual manera, que las ciencias sociales en general buscan su correspondencia epistemológica en la medida en que se abren camino dentro de su campo investigativo particular; prueba de ello, es el permanente estudio de los hechos y eventos particulares que subyacen al acontecer de la existencia de los seres humanos que pretenden hacerlos valer como resultados de investigación social en permanente desarrollo.

1. Presupuestos y antecedentes de la explicación

Si tomamos en cuenta la investigación científica constatamos que, aparte de formular objetivos que propenden por el desarrollo epistemológico, se preocupa por fortalecer su propio campo de conocimiento; así, en aras de dilucidar la verdad, su constructo epistemológico aparece como posibilidad de aprehensión sofisticada de la realidad. Es obvio que esa sofisticación no ha aparecido en la vida del hombre de la noche a la mañana, en un abrir y cerrar de ojos; no olvidemos que la presunción de un conocimiento específico en procura de descubrir, manejar y controlar aquello que desconocemos, se ve sometida siempre a prueba con fines epistemológicos claros y concretos.

Es por ello que siempre se exige, tratándose de epistemología de las ciencias, un método concreto que sirva y que sea útil, para la realización de las investigaciones relacionadas con este tipo de conocimiento. De esta manera, para el caso de la ciencia natural y su particular forma de proceder, se establece un punto de partida que deja de ser tan particular, para convertirse en una regla de orden universal, en la medida en que ofrece una explicación que logra satisfacer los presupuestos gnoseológicos desde los cuales se formuló. De tal modo, se espera, en lo posible, que toda investigación parta de intereses que suelen ser particulares en principio pero que, en la medida que pasa el tiempo y se aplican las pruebas de rigor pertinentes, estas particularidades sufren una transformación que se postulan y pueden llegar a generalizarse como universales. Dada la investigación, a propósito de un hecho en particular, es sabido que existe todo un cúmulo de intereses y de ambiciones que pueden llegar a trascender la particularidad de donde se gestan estas futuras investigaciones. De eso trata, precisamente, la búsqueda de un estatuto epistemológico que, aparte de otorgar validez en el orden de lo universal, procure desarrollo permanente y avance continuo en el conocimiento.

Esto permite, en la medida de lo posible, establecer la relación entre las preguntas primigenias ¿Qué es esto?, ¿De qué está hecho?, ¿Tiene esto algún sentido? que en su mayoría se generan del asombro y la contemplación sobre un hecho en particular: llámense eclipses, las tormentas o el movimiento de los planetas, para lo cual, su posterior desarrollo se debe realizar en términos epistemológicos. Es importante aclarar que no toda pregunta, formulada desde un interés particular, puede tener éxito en campos de investigación propios

de la ciencia; el rigor al que debe someterse un hecho específico o una pregunta cualquiera, vincula una serie de pasos que hacen parte y le competen a su método específico de investigación.

Si nos preguntamos por ejemplo ¿Qué pasó ayer?, ¿Qué diablos sucedió esta mañana?, ¿Tendré éxito esta tarde?, ¿Este escrito vale la pena?, tendríamos que sopesar los hechos que sucedieron ayer, los impresionantes sucesos de esta mañana, el devenir venturoso de esta tarde, o el valor de las ideas aquí expuestas. Es incontable el cúmulo de preguntas que podríamos hacernos a sí mismos, a los demás, a la naturaleza, a la ciencia, a la filosofía o a la historia. Por ello, más que realizar una simple pregunta sobre esto o aquello, surgen los problemas de cómo poder dar una respuesta que satisfaga la duda. La construcción de esta respuesta implica todo un proceso que manifiesta o, pretende hacerlo, a todas luces, algo concreto, claro y específico. Esto supone, claro está, que las disciplinas que están interesadas en hacer de su preocupación, conocimiento científico, deben empezar por postular una pregunta susceptible de ser puesta en un plan de investigación.

En este sentido, la cultura científica, por así decirlo, construye todo un esquema que procura abonar el camino para la elucidación de las incógnitas. En el mejor de los casos, este camino debe proporcionar certezas que han de ser tomadas en cuenta como privilegios únicos que otorguen validez, pero también, tranquilidad con respecto a los aspectos en los cuales se indaga. De aquí surge la necesidad de emplear un *modelo* que proporcione, en cierto grado, confianza y seguridad epistemológica.

No en vano los esquemas han hecho parte del entramado metodológico de las ciencias y, por supuesto, han ido perfeccionando y rediseñando sus teorías con el paso del tiempo. El continuo examen y revisión de este constructo metodológico hace posible que hoy podamos referirnos a la ciencia como un cuerpo de ideas caracterizado por un conocimiento racional que funciona como un sistema en el orden de lo exacto y lo verificable; de igual manera, por tratarse de una construcción artificial humana no es infalible. Vale decir, igualmente, que el perfeccionamiento de este sistema se torna como disciplina con un objeto específico para su investigación. Pese a lo dicho, es aquí cuando las ciencias encuentran la coyuntura para definir su propio campo de investigación.

Esto atañe, precisamente, a los objetos que predominan en las clasificaciones epistemológicas que las definen como: *ciencias formales* y *ciencias fácticas*. Dado el tipo de investigación o preocupación epistemológica, se torna bastante útil el uso de un sistema que permita la vinculación de esa investigación en particular pero, esta vez, dentro de un entramado sistémico aún más complejo. Hay que tener claro que la complejidad no siempre obedece a las acciones acometidas por una empresa científica en particular, y que su recurrente proceder no siempre es una acción manifiesta de lo real y verdadero. Aquí se configura un orden especial que permite la organización gradual de cierta investigación, ceñida, esta vez, bajo una norma epistemológica.

Para el caso de las ciencias formales es inevitable pensar su cometido epistemológico y metodológico como por fuera de un rango definido de procedimientos ajustados a convenciones lógicas fijadas de antemano. Es decir, el uso, manejo y control de un lenguaje apropiado y bien definido, determina la certeza que se ha fijado alcanzar desde una formulación estrictamente mental. De otro lado, se podría decir que sucede lo mismo con las ciencias fácticas; sin bien son construcciones igualmente mentales, no pueden sostener sus certezas por medio de una convención lógica. El hecho mismo de ser fácticas, hacen que su proceder haga uso de objetos que están por fuera de un orden lógicamente fijado; por tanto, el recurso de la observación y la experimentación, como instrumentos para aprehender la realidad, son inevitables.

Lo anterior nos permite pensar en la posibilidad de que el conocimiento se encuentre determinado por la relación entre lo lógico y lo fáctico pero, que, a su vez, permita estar más allá de ellos. Es decir, pensar una investigación epistemológica que procure resultados dentro de un orden lógico-formal pero que guarde correspondencia con la realidad, que no hable de factores abstractos como propiedad aislada de un objeto posible, sino real; que formule conceptos abstractos pero comprobables por interpretación empírica de la realidad. Aunque ese estar más allá supone una certeza absoluta, nos lleva a pensar en la posibilidad de formular hechos de la realidad (incluso) antes de que sucedan; obviamente, esto se daría bajo criterios específicos que se deben poner en consideración. Esta confrontación ha traído a lo largo de la historia del pensamiento humano y su epistemología —como teoría del conocimiento *stricto sensu*—, toda una discusión sobre si existe el estatuto epistemológico

en determinadas disciplinas. En este aspecto vale la pena recordar la disputa sobre la teoría verificacionista del significado y la relación racional entre la teoría y la praxis social que sostuvieron el positivismo lógico propuesto por el Círculo de Viena y la sociología de la Escuela de Frankfurt.

1.1. Una polémica, dos perspectivas

Dentro de las principales consideraciones que se pueden hacer a partir de esta polémica, encontramos la concepción positivista que apuesta por el contenido y la apreciación científicista de la sociedad; asimismo, el positivismo lógico del círculo de Viena mostró gran interés por hacer de las proposiciones lógicas del significado su más acertado aliado de confrontación con la realidad; y, de igual manera, la crítica de la sociedad ofrecida por la escuela de Frankfurt insistió en la posibilidad de que la sociedad no estuviera desligada de una teoría relacionada con una práctica real que hiciera posible la libertad del hombre. No cabe duda que estos aspectos sociales, políticos, científicos y económicos, estudiados desde su consolidación conceptual y metodológica, nos permite contar con una consistencia en cada campo de trabajo que considera siempre una realidad cambiante. Este constante cambio es el que enfrenta un teórico en estas disciplinas y, sobre todo, cuando de manera constante y aplicada asume el compromiso como investigador.

Para el caso del pensamiento moderno, sabían que para lograrlo se requiere de trabajo riguroso, planeación constante y discusión respecto de las metodologías; errar, definir, redefinir, avanzar, retroceder, hacen parte de la empresa científica con el fin de alcanzar certeza en el conocimiento. De esta manera los procesos científicos se hacen indispensables y se caracterizan por ser esencialmente iguales a las ciencias de la naturaleza; la comunidad científica está de acuerdo más o menos en cuanto al lenguaje para expresar sus problemas; la forma de recoger y analizar datos, el uso de un estilo propio de lógica y la utilización de teorías y modelos.

Etapas específicas, por así decir, como realizar observaciones y experimentos, formular hipótesis, extraer resultados y analizarlos e interpretarlos van a ser características de cualquier investigación, incluidas las Ciencias Sociales, en la medida en que sus métodos deben equipararse al de las Ciencias Naturales.

Ahora bien, en la concepción positivista² de la sociedad que nace a partir del siglo XIX y comienzos del XX, las ciencias de la naturaleza gozan de gran prestigio y reconocimiento, los avances de esta ciencia, sus continuos desarrollos y descubrimientos hacían presumir a los científicos sociales que la aplicación de los presupuestos y procedimientos de estos campos garantizarían por fin el descubrimiento de leyes y verdades en sus ciencias. Por ello, historiadores, sociólogos y antropólogos estaban preocupados por hacer de sus disciplinas de estudio e investigación una ciencia positiva buscando emular en sus métodos a las ciencias de la naturaleza.

Pero antes de avanzar, es preciso dar una mirada a la filosofía positivista³ de Augusto Comte (1798 - 1857), para quien el conocimiento de todos los temas, desde la astronomía, la física y la sociología, debería surgir a partir de la *evidencia empírica*. Para dar una respuesta a la revolución científica, política e industrial de su tiempo, Comte apostó por una reorganización intelectual, moral y política del orden social. Pensó que cualquier reconstrucción sólo era posible tras adoptar una actitud científica. Afirmaba que el estudio empírico de los procesos históricos revela lo que denominó la “ley de los tres etapas sucesivas”, que rige el desarrollo de la humanidad y por tal de sus productos intelectuales.

En ella se asegura que, dada la naturaleza de la mente humana, cada una de las ciencias o ramas del saber debe pasar por tres etapas teoréticas diferentes: La teológica o estadio ficticio; el metafísico o estadio abstracto; y por último, el científico o positivo. En el teológico los acontecimientos se explican de un modo muy elemental apelando a las causas primeras y finales, al conocimiento absoluto, ve los fenómenos de la realidad natural como producto de agentes externos sobrenaturales. En el estadio metafísico según Comte, es una simple modificación de la teológica” en donde los fenómenos se explican invocando categorías filosóficas abstractas. Finalmente, en el estadio científico o positivo, “la mente humana (...) se limita al descubrimiento, por medio de la observación y de la razón de las leyes que gobiernan la secuencia y la semejanza de los fenómenos (Pérez, 2003), esta etapa supone el triunfo de la racionalidad positiva, en tanto que los hombres ya no buscan el origen

² Se puede caracterizar el positivismo de distintas maneras: una de ellas vincula el positivismo clásico con una teoría sensualista o fenomenalista del conocimiento; el positivismo moderno a una teoría verificacionista del significado; otra lo asocia a una visión *cientificista y tecnológica* del conocimiento.

³ El positivismo de Comte es, ante todo, una filosofía de la ciencia.

del Universo sino las leyes positivas de la realidad. Toda su atención se centra en averiguar cómo se producen éstas con la intención de llegar a generalizaciones sujetas, a su vez, a verificaciones observacionales y comprobables.

“Cada una de las tres etapas mencionadas no solo representa una fase bien definida en la historia de las ciencias y un estadio específico en el desarrollo mental del individuo, sino también una estructura distinta de la sociedad” (Pérez, 2003, p. 142). En la teológica, la vida militar, en la metafísica, las formas legales y en la última, el desarrollo industrial.

La filosofía debe buscar que el estudio de la sociedad alcance la etapa positiva trayéndola al campo de la física y la biología. Ahí se organizaría en dos departamentos: el estadístico que tendría que ver con las leyes del orden y el dinámico que está en relación con el desarrollo. El método empleado por Comte consta de tres pasos: *observación*, *experimentación* y *comparación* que se aplicaban en relación a una hipótesis. Consideraba esta última como la más apropiada para fenómenos más complejos como los de la sociedad o la biología. En el caso de la biología debía hacerse por anatomía comparada y en sociología lo que hoy se denomina sociología histórica. Asimismo, teniendo como base el positivismo el monismo metodológico era evidente, considerando la tarea del científico social como la actividad por medio de la cual se descubren leyes y relaciones de causalidad a partir del control de los fenómenos sociales mediante la observación. Al comportarse la sociedad de igual manera que la naturaleza, el método debía ser el mismo, el científico. Características éstas del llamado fisicalismo de las ciencias sociales.

Con el fisicalismo se pretende que la teoría alcance validez universal. El diseño de instrumentos y técnicas rigurosas aparece como garantía de certeza, incluso en detrimento del objeto mismo de investigación, lo cual también supone un reduccionismo porque en el afán de delimitar y controlar las variables, se atomiza la realidad social y se excluyen dimensiones que no se reconocen dentro de un paradigma específico. De igual manera, se simplifica la realidad reduciéndola a un lenguaje numérico en virtud de la exactitud y el rigor; la sociedad entra en el espacio de la estadística y por tal de lo cuantificable. A través de estos procedimientos lo que se aspira es tener el control sobre la realidad a fin de lograr efectos deseados. Se plantea, asimismo, una separación entre teoría y práctica diferenciado entre quienes investigan los problemas y quienes ejecutan las acciones.

La ciencia, parece ser, elude la responsabilidad en el uso que hagan de ella en el terreno de las decisiones y acciones sociales; esta separación entre producción del conocimiento y compromiso con el poder hace que aparezcan los científicos como neutrales, como imparciales, libres de prejuicios e intereses. Todo este conjunto de acciones habían hecho pensar a los científicos que tenían el control sobre el mundo pero, toda esta trama de consideraciones, ha dejado profundos cuestionamientos en torno a la idea que tenemos de ciencia y por ende de la realidad.

En este mismo sentido, los neopositivistas lógicos –siglo XX– también habían entrado en la discusión. La unidad del método era su proclama. Mantuvieron una larga controversia acerca de la interpretación de la forma de construcción del conocimiento científico y de los principios metodológicos que determinan qué es ciencia y qué no lo es; conservando la tradición positivista (Comte) que promulgaba de manera abierta su interés por encontrar un método que estuviera lejos de las inconsistencias. Este método debía ser consecuente con el uso y aplicación de un canon investigativo, es decir, estar de lado del monismo metodológico. En esta idea, Rudolf Carnap (1891 - 1970), al igual que los positivistas, intentaban establecer una alternativa metodológica que los alejara de la metafísica planteando que, los conceptos de todas las ciencias, cualquiera que estos fueran, estuviesen clasificados y referidos, a su vez, por una base común. Esta referencia no es otra cosa que lo significativamente dado; es decir: los contenidos inmediatos de la experiencia. Para esto contaron con el apoyo de los nuevos desarrollos en lógica formal.

Es importante aludir al rescate –resurgimiento– de la lógica después de años de decadencia y estancamiento, por lo que su aporte fue más que significativo para la metodología y filosofía de la ciencia respectivamente. Podemos decir, entonces, que la contribución permanente de la lógica a la filosofía analítica de los años 1920 y 1930 constituye un fortalecimiento, para su momento, del positivismo lógico. Dejando en claro que, “(...) por «positivismo» se entiende una filosofía partidaria del monismo metodológico, de ideales matemáticos de perfección y de una perspectiva teórico-subsuntiva de la explicación científica” (Von Wright, 1979, p. 28).

En contraste, todos los conceptos subjetivos –en la medida en que se refieren a lo social– deben constituirse a partir de conceptos físicos; por ello, los conceptos de las ciencias

sociales debían remontarse a esa clase. En consecuencia, los conceptos de las ciencias sociales y de la psicología son físicos. A través del positivismo metodológico se demuestra que toda proposición de la ciencia puede ser traducida como proposición acerca de lo dado, de lo existente. De igual modo, con el materialismo metodológico se reconoce que los conceptos que tengan por base otros conceptos físicos, es decir, aplicados a procesos espacio-temporales se reducen a conceptos de la física; por consiguiente los sistemas de constitución positiva y materialista no se contradicen entre sí, los dos son correctos y necesarios. Al primero corresponde lo epistemológico en cuanto demuestra la validez de un conocimiento dado, al segundo corresponde lo fáctico en donde funciona de manera constante la ley natural y hace posible el conocimiento intersubjetivo. “Así, como los medios de la nueva lógica, el análisis lógico conduce a la ciencia unificada. No hay ciencias diferentes con métodos fundamentalmente distintos ni diferentes fuentes de conocimiento, sino sólo una ciencia” (Ayer, 1965, p. 150).

En este orden de ideas, encontramos el racionalismo crítico, y su representante Karl Popper (1902 -1994), quien plantea (tesis cuarta) en *La lógica de las ciencias sociales* que “el conocimiento no comienza con percepciones u observación o con la recopilación de datos o de hechos, sino con problemas”. (1978, p. 10); aquí, el problema es lo fundamental según Popper, y no podríamos plantear un conocimiento sin partir de ellos. El problema al que se refiere el autor, nace de la tensión entre saber y no saber, entre conocimiento e ignorancia; de esa manera, los conocimientos de las ciencias sociales incitan a teorizar, dando paso a problemas teóricos (tesis quinta) al igual que los de las ciencias naturales. Por ello (tesis sexta) “El método de las ciencias sociales (...), radica en ensayar posibles soluciones para sus problemas”, se proponen y se critican soluciones, se intenta refutarles, si resisten se acepta provisionalmente, de lo contrario, se busca otro problema. “El método de la ciencia es, pues, el de la tentativa de solución, el del ensayo (o idea) de solución sometido al más estricto control crítico. (...) una prolongación crítica del ensayo y el error” (Popper, 1978, pp.11y12).

Si bien es cierto que la realidad social como toda realidad, es compleja, surge la necesidad de que podamos descubrirla y conocerla; y, si los métodos de las ciencias naturales no alcanzan para ello: ¿cómo se podría garantizar que el conocimiento que se produzca sea

válido? o, bien, ¿ante qué preceptos es susceptible su validez? La realidad social supone un nivel de complejidad que se escapa a sistemas rígidos y, por qué no, modeladores y normativos⁴. Pese a los intentos por allanar todo lo que supone el entramado social bajo esta perspectiva, el modelo de la ciencia natural procura hacer extensivas sus prácticas y procedimientos con miras a obtener certezas donde hay incertidumbre. En otras teorías encontramos un intento por develar el sentido mismo de estas instancias sociales; pero, esta vez, guardando distancia con respecto al modelo reduccionista que nos presenta una visión esquemática de la realidad. En esa medida vale preguntarse: ¿es posible que en medio de las discusiones se vuelva a caer en una posición dogmática?, ¿qué nos asegura no volver a repetir la historia?, ¿es necesaria una instancia crítica ante la sobrevaloración del método científico? Ésta fue la tarea de los pensadores de la Escuela de Frankfurt, quienes propendieron, en la medida de sus alcances, aplicar su método de estudio e investigación en una teoría crítica de la sociedad.

La teoría crítica, nombre acuñado por Max Horkheimer (1895 - 1973), consiste en un análisis crítico y dialéctico e histórico y negativo, de lo existente en cuanto ‘es’, frente a lo que ‘debería ser’. Si se quiere, es una revaloración de lo cualitativo frente a lo cuantitativo, guardando la justa proporción, en una sociedad donde prima lo numérico como símbolo del estatus de certeza y seguridad, y donde el hombre, la técnica, la ciencia y la economía se han puesto al servicio de modelos impersonales. Según los críticos frankfurtianos (Horkheimer y Adorno), en este sentido, la lógica formal aparece como la gran escuela de la *unificación*, “La lógica formal ofrecía a los iluministas el esquema de la calculabilidad del universo” (Horkheimer y Adorno, 1987, p. 20).

Ahora bien, una representación negativa de ello, en tanto que «es» toma la figura del estado capitalista, que reduce al ser humano a la categoría de artículo de producción y de consumo; concomitante con ello, el progreso en el conocimiento –como mero artilugio universal– no implica un progreso moral, es más, éste rechaza toda referencia a la moral, entendida como la perfección en términos espirituales y humanos.

⁴ Este tipo de normatividad hace referencia a la «legaliformidad» pretendida por una ley de causación natural que supone un principio y un fin; en todo caso, las ciencias sociales construyen y diseñan «normas» que involucran la generación de un orden (institucionalizado) en ciertos aspectos del mundo social.

De igual modo, la teoría crítica sostiene que los avances técnicos sin referencia a una moral concreta y específica, para determinada sociedad, no implica el progreso de la humanidad en su totalidad; pues, en la medida en que se trasmutan los valores propios por una enajenación que minimiza lo esencial del hombre, la fuerza predadora del capitalismo impide tener una apreciación ética de lo construido desde el reino de una necesidad inhumana, establecida y generalizada como producto y control de una necesidad impuesta, una necesidad postiza. Por ello, Horkheimer, plantea que para que la teoría no devenga en ideología ésta debe ser histórica, dialéctica, racional y negativa.

La razón tiene que dominar a la materia y no lo contrario. El concepto de *teoría crítica* tiene doble significado: por un lado se refiere al legado de algunos miembros de la Escuela de Frankfurt y, por otro, a la naturaleza de la crítica autoconsciente. Al mismo tiempo designa una práctica para la cual el análisis teórico de la sociedad no se limita a una comprobación y descripción pasiva de hechos, sino que pretende exponer, a través del análisis crítico, las relaciones sociales que toman el estatus de cosas u objetos para las ciencias que han asumido su labor dentro del modelos clásicos de la ciencia como disciplina.

En la perspectiva de la escuela de Frankfurt encontramos un rechazo permanente de la masificación, la homogenización y la creación de nuevas tendencias totalizadoras de poder. Igualmente, mantienen que la influencia de ciertos movimientos llámense empirismo, positivismo, estructuralismo, postmodernismo, ha sido perniciosa para los movimientos liberadores y para la educación: ya sea por desactivar los discursos críticos, por negar la posibilidad de la acción emancipadora concreta y consciente o por crear la sociedad de masas. Para Adorno, la única manera de luchar por un mundo más justo es rescatar la particularidad, ahí donde el capitalismo tiende a esclavizar y a homogenizar, la crítica y el arte son necesarios para salvar la cultura; pues, a través de ellas se eleva el nivel de conciencia social, para que el hombre retome su identidad y autenticidad humana y no se diluya en la cultura de masas.

Vemos aquí una clara manifestación de inconformidad, denuncia y clamor en contra del grado de irracionalidad al que se ve volcada la razón humana cuando toma su forma instrumental; cuando adopta, a su vez, una imagen enajenada de sí misma trasmutando, de forma permanente, los fines por los medios.

1.2. Neopositivismo

Líneas atrás se mencionó cómo, gracias al resurgir de la lógica, fue posible que el estudio propuesto por el positivismo lógico por parte de los vieneses alcanzara o, por lo menos eso parecía, una estructuración fuerte en términos de la aplicación de un lenguaje “depurado”, desde la filosofía, para su aplicación en la ciencia. Una de estas preocupaciones se refería, especialmente, a un ataque frontal hacia la metafísica que, por supuesto, había traído retrasos en el conocimiento debido a sus oscuras proposiciones. Esta obscuridad, tácitamente, negaba toda posibilidad de esclarecer algún tipo de conocimiento que estuviese más allá de simples percepciones vagas y ambiguas.

Tomemos en nuestra mano, por ejemplo, un volumen cualquiera de teología o de metafísica escolástica y preguntémosnos: *¿Contiene algún razonamiento abstracto acerca de la cantidad y el número?* ¿No? *¿Contiene algún razonamiento experimental acerca de los hechos y cosas existentes?* ¿Tampoco? Pues entonces arrojémoslo a la hoguera, porque no puede contener otra cosa que sofismas y engaños. (Hume, citado por Ayer, 1965, p. 15).

Este principio enunciado por Hume, para los positivistas, implicaría establecer una nueva concepción de la filosofía si en realidad primara sobre toda expresión metafísica, ontológica o filosófica de las ciencias positivas. La filosofía ya no se concebiría como la “madre de todas las ciencias” ni se ocuparía de los grandes problemas existenciales y universales a los que se había dedicado durante siglos, sino que debía acoplarse a un nuevo modelo de conocimiento en el que la lógica y la experiencia serían fundamentales. La filosofía no sería determinante en la construcción del conocimiento científico más que como un auxiliar metodológico encargado del análisis de las proposiciones de la ciencia las cuales debían tener sentido lógico y contenido empírico.

Esta perspectiva de la importancia del contenido lógico, el contenido empírico y la tarea de la filosofía en la construcción del conocimiento científico mediante el esclarecimiento de las proposiciones científicas fue un proyecto que comenzó a gestarse desde el renovado empirismo que formularía Ernst Mach (1838 - 1916) y se ramificó en el siglo XX en importantes proyectos que van del empirismo al pragmatismo y al positivismo lógico, influyendo los trabajos de: Paul Carus, Willian James, Jacques Loeb, B. F. Skinner y

Philip Frank (Hotton, 2000, p. 17,67). La filosofía de Ernst Mach (*empiriocriticismo*) intentaba realizar conexiones entre experiencia y conocimiento científico pues consideraba que la ciencia sólo era posible siempre y cuando se pudiese demostrar empíricamente las proposiciones realizadas, sin embargo, a pesar de ésta intención el empirismo de Mach carecía de un análisis a profundidad de los componentes lógicos que dotan de sentido una proposición científica.

En este sentido, el positivista podía argüir de tener en su mano, como herramienta de trabajo, enunciados simbólicos de corte positivista, a saber, aquellos que le proporcionaran seguridad en su cometido lógico. De esta forma, y gracias al simbolismo lógico (Frege, Peano y Russell), se podían dividir proposiciones significativas en dos clases: proposiciones formales y proposiciones fácticas. Las primeras, consideradas propias de la lógica y las matemáticas, lo cual decían ser tautológicas. Y las segundas, propias de la verificación empírica. Con esto, no sólo blindaban toda posibilidad de caer en un error lógico al tratar de dilucidar cualquier proposición en el orden del conocimiento, sino que también se podía dirimir los problemas del sentido y el significado propios de este tipo de proposiciones; lo cual hizo suponer que se tenía, en favor del conocimiento, un fuerte criterio de verificación que a la vez sería el criterio de demarcación entre las ciencias y la metafísica en tanto que la primera de ellas se diferenciaría precisamente por mostrar consistencia lógica, sentido y significado; la segunda, por el contrario, al no poder basar sus enunciados en el principio de verificación se consideraría como carente de significado y sus proposiciones tendrían un estatus desdeñoso: “pseudoproposiciones”.

Ludwig Wittgenstein (1889 - 1951) expone en su *Tractatus lógico-philosophicus* (Wittgenstein, 2010) publicado en 1921, el nuevo papel que ha de desempeñar la filosofía respecto a la ciencia. Aunque Wittgenstein no se sintió como miembro perteneciente al Círculo de Viena, participó en algunas reuniones. La obra de su primer período tuvo una influencia enorme en el papel de la filosofía en el conocimiento científico. De este modo, si la ciencia se considera como la única actividad que puede formular proposiciones verdaderas en tanto que “la totalidad de las proposiciones verdaderas es la ciencia natural entera (o la totalidad de las ciencias naturales)” (*Tratac. Prop. 4.1.1.*), entonces la filosofía no es “ninguna de las ciencias naturales (la palabra «filosofía» ha de significar algo que está por

arriba o por debajo, pero no junto a las ciencias naturales)” (*Tratac. Prop. 4.1.1.1.*). Así lo concibieron los positivistas lógicos del Círculo de Viena, la filosofía ha de estar por debajo de la ciencia natural –que conformaría un sistema proposicional verdadero o con sentido– y cuyo objetivo debía estar enfocado, como diría Wittgenstein, en la “clarificación lógica de los pensamientos”, no de elaboración de “proposiciones filosóficas”, esto es, la filosofía como una actividad encargada de “clarificar y delimitar nítidamente los pensamientos que de otro modo son, por así decirlo, turbios y borrosos (*Trac. Prop. 4.1.1.2.*).

Es decir, si cualquier proposición no se sostenía en el margen de una oración que bien pudiera expresar verdad o falsedad; o lo mismo, una proposición cualquiera que en su expresión no permitiera ninguna prueba, no podía constituirse como proposición, era carente de sentido. La carencia de sentido que los positivistas lógicos veían en las proposiciones que no soportaban un análisis lógico o empírico les llevaban a rechazar la metafísica y cualquier especulación teórica en vista que éstas se fundaban en la falta de sentido, rigor y verificabilidad, por ende, eran contrarias a cualquier intento de formular proposiciones de carácter científico. En este contexto vale preguntarse entonces ¿si la metafísica resulta para el positivismo lógico y el criterio de verificación como un sistema proposicional carente de sentido, entonces cuál ha de ser el papel de la filosofía respecto al conocimiento?

Esto llevó a considerar que la actividad específica de la filosofía es la clarificación lógica de los pensamientos y la contribución que ésta puede hacer en la conformación del conocimiento científico se basa en ser una herramienta al servicio de la ciencia. No se puede pensar entonces que la actividad filosófica sea de por sí un conocimiento que debe establecer proposiciones verdaderas con un contenido lógico y empírico, pero muy bien puede ayudar en el análisis de cuáles proposiciones cumplen con el criterio de verificación que los positivistas lógicos esgrimían como característica fundamental del quehacer científico. De igual modo, el análisis lógico y empírico que la filosofía podía brindar a la ciencia también tenía la capacidad de discernir entre aquellas proposiciones que daban la apariencia de tener sentido y mostrar precisamente sus inconsistencias lógicas y empíricas, mostrar su falta de sentido y así poder demarcar entre el conocimiento científico y lo que presentaba falsamente como tal. La ciencia tenía su criterio de demarcación en la posibilidad de verificación de sus proposiciones, la filosofía aplicaba este criterio en los análisis proposicionales.

Los positivistas lógicos aceptaron esta función o actividad de la filosofía de modo que, por ejemplo, Hans Reichenbach (quien había fundado el Círculo de Berlín) en su artículo de 1931 “La filosofía científica. Nuevas perspectivas sobre sus fines y métodos” sólo podía aceptar una filosofía: la filosofía científica que trabajaría metodológicamente en el análisis del conocimiento científico en lugar de trabajar con la razón especulativa que pretende “elevarse a conocimiento” (Reichenbach, 1933). De hecho, la filosofía científica a la que propendía Reichenbach como superación de la filosofía especulativa anterior al auge del conocimiento científico en el siglo XX era una clara tendencia también del Círculo de Viena, Friedrich Waismann quien fue muy cercano a Wittgenstein manifestaría que “en filosofía no existen pruebas; no hay teoremas ni problemas que se puedan solucionar con una afirmación o negación” (Waismann, 1965, p. 349). Para el positivismo lógico, entonces, la filosofía ya no puede ser equiparada a la ciencia o a una forma de conocimiento sino a una función dentro del análisis de las proposiciones científicas, de igual modo, la filosofía en tanto análisis lógico del lenguaje debía, por ello, concentrar sus esfuerzos críticos en la metafísica.

Teniendo en cuenta esta separación, por decir así, se exigía de la filosofía una apuesta más rigurosa con respecto al tipo de conocimiento que pretendía promulgar. Es el caso de sus manifestaciones reflexivas con respecto a las preocupaciones más existenciales del ser humano (lo absoluto, el destino del hombre); que, sin embargo, no dejan de inquietar por tratarse de algo que aleja el verdadero conocimiento de su cauce: la metafísica. Esta preocupación es precisamente lo que les inquietaba a los positivistas lógicos: los postulados de la metafísica no involucraban ninguna proposición (verdadera o falsa) que hiciera manifiesto algún avance en el conocimiento. Por tanto, no necesariamente se hace una condena total de los postulados que pueden llegar a ser metafísicos; en lo que insiste su crítica, es en la medida en que éstos pretenden pasar por cognoscitivos, en una suerte de postulados lejos del quehacer epistemológico.

Dado lo anterior, entendiendo que el quehacer epistemológico se ocupa, en concreto, del avance cognoscitivo que cultiva y promueve el conocimiento, el discrepar positivista se centra más bien en esclarecer cómo es que funcionan las proposiciones en términos de su significado antes que su naturaleza de orden gnoseológica. Es propio del positivismo lógico, entonces, preocuparse por las proposiciones que se dicen a propósito de lo que puede llegar

a manifestarse como conocimiento verdadero. Para juzgar si éste es tal, dichas proposiciones han de ser sometidas al más riguroso análisis lógico del lenguaje.

De los puntos problemáticos del positivismo lógico respecto de la ciencia y la filosofía se encuentra el concepto de causalidad que tiene sus raíces en el escepticismo humeano. Una vez consolidado el concepto de causalidad en la física clásica, no pudo permanecer incólume a los descubrimientos del comportamiento de los átomos, por sólo citar un ejemplo, demostrando que la causalidad no era aplicable a todas las esferas de la realidad, las leyes físicas no funcionan normalmente a altas velocidades y distancia o el campo del electromagnetismo no obedece a una estructura rígidamente definida (Russell, 1985, p. 308), por lo cual, algunos miembros del Círculo de Viena vieron este problema pero no lo rechazaron totalmente la inducción, sino que aplicaron un criterio más flexible para validar el conocimiento y las leyes derivadas de la experiencia repetitiva que asocia dos fenómenos. Así, la experiencia de la repetición de fenómenos asociados no nos garantizaría la certeza que una vez promulgaron acerca del conocimiento científico, pero al menos arrojaría grados de probabilidad de que los fenómenos sean asociados.

Argumentando que, si bien la experimentación científica no nos puede garantizar certeza en el conocimiento, pero sí un grado de alto o bajo de probabilidad que un suceso se repita o quede cobijado bajo una descripción científica, el Círculo de Viena conllevaría a replantearse la estructura del conocimiento, pues, no se espera que el conocimiento científico arroje certezas, sino que debe disminuir sus ínfulas de superioridad y aceptar nuevamente sus limitaciones. Las probabilidades de los sucesos llegan a tornarse interesantes en tanto que lleva al hombre de ciencia a tratar de establecer predicciones fijas, certeras, sino más bien a pasar revista de las posibles consecuencias, direcciones, alternativas que puedan ocurrir desde una situación inicial; algo que podría tener interesantes aportes a la sociología e historia.

1.3. Crítica desde la Escuela de Frankfurt

La teoría crítica cuestionó la tradicional tarea de la filosofía de su tiempo, —eso que todavía sigue en espera que nunca acabe, como verdadera crítica—, para no estimarla como una reducción a una simple contemplación. Su nueva función debe buscar, ante todo, una sociedad justa, convirtiéndose en una filosofía de *acción* transformadora; pretendiendo sacar

a la luz lo reprimido que hay en la historia desenmascarando la falsedad de ciertas teorías que subyugan al ser humano. Entre ellas, podemos mencionar la ciencia, la política y la economía. De lo que se trata, entonces, es de construir una teoría práctica que no renuncie a la humanidad y logre conciliar la relación entre pensamiento y acción.

El objetivo de la ilustración (*Iluminismo*) había sido mantener un progreso imparable, un progreso justificado por la razón dominadora; de esa manera, su imparable desarrollo desencadenó en barbarie. La sociedad estaba ideologizada, y los seres humanos habían perdido su valor como tal, resulta necesario recurrir a una praxis iluminada por la teoría que haga manifiesta lo que subyace detrás de tan dogmáticas posiciones. Por ejemplo, la ilustración que se dirigía contra un tipo de concepción del mundo terminó igualmente absolutizándose y de esa manera perdió su función política y transformadora. Al erigirse como el modelo verdadero, ante el cual sucumbían los mitos y fantasías, y tomar como sustituto de los instintos y pasiones una estructura artificial (las matemáticas y la geometría); un ideal como orden y equilibrio, hizo posible un retorno a lo criticado, si se quiere, bajo un nuevo orden jerárquico: el antropocentrismo. La ilustración rindió culto al espíritu y lo que surgió fue el positivismo; es decir, la doctrina según la cual las percepciones sensibles constituyen la última fuente de conocimiento, mediante lo cual todo debe ser sometido si quiere ser reconocido. En ella se fortalecen el imperio de la sociedad industrial (más adelante, sin embargo, representará para los postmodernos fracaso).

Ahora bien, lo que se presenta no es un deterioro de la alta cultura que se transforma en cultura de masas, sino que éstas tratan de imponer una realidad que socava la esperanza y deja a los hombres en una especie de limbo, que bien puede ser: hacia una sola salida, un solo camino. La alta cultura estuvo siempre en contradicción con la realidad social pues, solo una minoría privilegiada, gozaba de sus bienes y representaba sus ideales. La alta cultura hace parte de la cultura material y, de esa manera, llega a constituirse en cultura de masas, perdiendo la parte constituyente de su verdad, *el ser humano*. El iluminismo terminó como una ideología que impulsó la apariencia de un orden verdadero y justo, una utopía, la del liberalismo y el capitalismo. El positivismo se presenta como su más reciente y sofisticada exaltación; como la única religión auténtica y por tanto como el único fundamento posible de la vida humana individual y social. Igualmente, el positivismo acompañó y provocó el

nacimiento y organización de lo técnico-industrial, una sociedad fundada y condicionada por la ciencia y la tecnología. Ambos, positivismo e iluminismo, expresaban en un principio una esperanza, unos ideales optimistas que acompañan y comportan un ideal de progreso, el moderno.

No en vano, desde esta ambigüedad, el hombre ha creído con el iluminismo haber hallado en sí mismo, en la ciencia y en la técnica, una garantía infalible para la construcción de su propio destino. Bajo esta nueva concepción se rechaza por inútil y supersticiosa toda dimensión sobrenatural y se erige un nuevo orden. Se pone de manifiesto una nueva estratificación, una clasificación que termina siendo excluyente en todo sentido. Cuando se clasifica se corre el riesgo, en lo posible, de ejercer poder. De esto trata precisamente el pensamiento epistemológico, pues busca organizar racionalmente el mundo en contra de una presión social que, aunque carente de sentido, había constituido por largo tiempo un ideal y un modo de organización: el religioso.

En materia de conocimiento hay una especie de reducción. Y por ello la deducción de las matemáticas sería aplicable a la totalidad de las ciencias. La búsqueda de la unidad del método científico no es otra cosa que reducir toda posibilidad del conocimiento a la formalidad lógico-matemática o a estructuras del lenguaje formalizado, donde la teoría exhibe una tendencia: la defensa de los parámetros formales y puramente matemáticos. En la medida en que los fenómenos hagan parte de este universo y de sus proposiciones pueden ser reconocidos. De ahí se entiende la impostergable necesidad de los teóricos sociales de subsumir las ciencias del hombre y de la sociedad, bajo el exitoso modelo de las ciencias naturales, sin darse cuenta que de esta manera se alejaban del verdadero sentido de la vida y de la sociedad.

Así, pues, lo que se cuestiona desde la teoría crítica es que la ciencia, más allá de estar ligada al dominio absoluto de la verdad, de su verdad, debe comprender el sentido de la realidad; este es el debate que existe entre las ciencias de la explicación y las ciencias de la comprensión. Se sostiene, desde las segundas, que un conocimiento válido no se valora sobre la lógica de la sobreexplotación, más bien, se dirá, de la autoconservación de la especie. Allí donde el uso excesivo de la técnica contribuye a la muerte del individuo, el desarraigo de la democracia, deterioro de las relaciones humanas, el imperio de lo práctico y la carencia

de reflexión, Adorno consideraba que tanto la naturaleza como los hombres son siempre algo más que un concepto, no pueden ser reducidos a un precio o a un mero artículo de consumo y para el consumo, a una mera forma. La oposición y polémica frente al cientificismo consiste en identificar el saber con un saber del control empírico, para el cientificismo toda otra forma de saber acerca de la realidad es irracional. En la medida en que el ser humano conoce y evoluciona en su forma de concebir el mundo, las cosas, y todo cuanto a él atañe, su propio pensamiento es capaz de diseñar las formas más sofisticadas e imperceptibles de poder.

En el plano teórico de las ciencias sociales subsiste un debate entre el pensamiento moderno cientificista y la ciencia social crítica, en el que ésta última mantiene la noción de sujeto y, en ella, la posibilidad de la acción transformadora. Horkheimer, reconocía –como uno de los principales problemas que deberían enfrentar las ciencias del espíritu–, la tendencia a imitar el modelo de las ciencias naturales; como bien se ha manifestado, en términos de su comparación y obtención de resultados, se reconoce que han perdido su identidad, pues orientaban su trabajo hacia la recolección de datos, la asimilación de los hechos, la reunión de detalles entorno a los problemas, la aplicación de encuestas como garantía de objetividad y, por tanto, de posibilidad empírica. Para los teóricos críticos no significaba una diferencia estructural de pensamiento, por el contrario, era un accionar acéfalo, puesto que dichos métodos no permitían confrontar la realidad desde la realidad misma.

A lo anterior habría que agregarle el hecho de que en el capitalismo todo se ha convertido en artículo para la producción y el consumo:

Como la brecha que existe entre el acto de producción y el acto de consumo se fue extendiendo de manera crucial, ambas acciones fueron ganando autonomía, de modo tal que pueden ser reguladas y operadas por conjuntos de instituciones mutuamente independientes (Bauman, 2007, p. 44).

Situación ésta que, en términos de la competencia, supone una desventaja del conocimiento social respecto a las ciencias naturales o ciencias duras, que se han especializado no sólo en la producción de un conocimiento “útil” (se compra y se vende), sino en el uso y creación de las herramientas técnicas. Pese a todo, vale decir, que los sociólogos se esfuerzan por mantener un concepto de teoría como paradigma: el de las

ciencias empíricas. Este nomotecnismo conduce a examinar los problemas del conocimiento al margen de la naturaleza social del hombre, al margen de su desarrollo histórico, desarticulándolo frente a su dependencia respecto de la práctica social. Es de reconocer que no es posible ningún conocimiento fuera de las actividades humanas; por el contrario, el conocimiento hace parte de la práctica social de los hombres la cual no es reductible solamente a una producción material, tiene otras manifestaciones, entre ellas, la del conocimiento mismo, la del arte, la de la política, prácticas éstas que soportan a la producción y que determinan a la acción social. Desde luego, es la práctica social de los hombres que sirve de criterio y base para todo conocimiento incluido el de la naturaleza; de esta manera, sus conceptos no constituyen un mero reflejo de las apariencias de las cosas.

Lo concreto pensado⁵ es producto de la percepción y la realidad, no de un mero concepto vacío sustraído del mundo. Lo que se manifiesta en la mente del hombre es producto de la mente del hombre en un devenir histórico y bajo unas determinadas condiciones. Esto resulta de suma importancia a la hora de enfrentarse a la realidad social, de lo cual se deduce que el método de las ciencias del espíritu además de proporcionarnos una información de los hechos ha de permitir comprenderlos.

La época actual, al igual que la época donde se desarrolló esta teoría, vive una imposición autoritaria de poder donde, a pesar de los avances, se siente en carne propia la explotación del hombre por el hombre, la cultura de masas y el crecimiento de la sociedad de consumo. Ante esta situación los intelectuales deben, al igual que los teóricos críticos, hacer una revisión teórica acogiendo a sistemas que les permitan profundizar frente a la realidad de sus acciones, productos y contextos a fin de tomar una posición crítica contra nuevos modos de totalitarismos.

Herbert Marcuse (1898 - 1979) propone la creación de un nuevo tipo de ciencia y técnica, una ciencia de la liberación y no del dominio, un saber que se interese por el cambio desarrollando las facultades humanas en lugar de desplazarlas. Considera que el ideal industrial que hace creer a las personas que tener comodidad material es progreso, que lo convierte en cifra, en una cantidad más, que hace que los individuos se parezcan y

⁵ Concepto que Marx propuso para designar aquel concepto derivado de las intuiciones y representaciones aplicadas a la experiencia (Marx, 1985).

ambicionen lo mismo, debe ser superado, pues en dicho ideal el hombre se hace acrítico, alienado, codificado y mediocre. Todo sistema dispone de una técnica de control. El ser humano moderno nació en un mundo lleno de reglas y control, un mundo que valora a mujeres y hombres obedientes, trabajadores, con conciencia utilitarista, un individuo apto para la guerra, la producción, carente de reflexión y crítica. Un *homo docilis* eficiente y formado técnicamente. Marcuse, propone la necesidad de una nueva inserción de la libertad que lleva a una confrontación frente a la sociedad establecida: “Como proceso histórico, el proceso dialéctico comprende a la conciencia: el reconocimiento y el dominio de las potencialidades liberadoras. Así comprende a la libertad” (Marcuse, 1968, p. 250).

En este mismo sentido, podemos resaltar que la ciencia crítica debe orientarse desde, para, y hacia la acción. La teoría crítica no debe ser sólo un instrumento auto-referencial, no debe perder su comunión con la práctica; pues, de esa manera, se convierte en un ejercicio de erudición instalándose como puro intelectualismo; traicionando sus propios fines al olvidar uno de los componentes de la praxis (la acción) en beneficio del otro (la reflexión). Cabe decir lo mismo de la no limitación y empobrecimiento de la realidad basada en formalizaciones que, continuamente, son encaminadas en el sentido de la objetividad; ni menos aún, adoptar posiciones que, las más de las veces, terminan por consagrar una consigna de neutralidad. Adorno, Horkheimer y Marcuse, critican las formas de racionalidad que unen ciencia y tecnología bajo el carácter de dominación, y rechazan las formas de racionalidad que subordinan la conciencia y acción humanas a los imperativos de leyes universales. La constitución de la subjetividad y de las esferas de la cultura y la vida cotidiana que representan un nuevo terreno de dominación, es denunciada como la supresión de la subjetividad, la conciencia y la cultura en la historia, la cual articula una noción de negatividad o crítica en oposición a teorías que hacen énfasis en la armonía social. Al mismo tiempo subrayan la importancia del pensamiento crítico planteando que, este mismo, es una característica constitutiva de la lucha por la propia emancipación. Es de notar que bajo las nuevas concepciones de la realidad (teoría de sistemas, complejidad, funcionalismo) no hay una verdadera reflexión en torno a cómo operan los modelos que aparecen como condicionantes de la vida en sociedad, su trabajo sólo se limita a una crítica mitológica desde la ciencia y desde su quehacer; esto supondría un doble reto para la crítica: por una parte

tendría que desentrañar qué se esconde detrás de tales planteamientos y, por otra, cómo podrían permitirnos hacer una comprensión de la acción social y los mecanismos de poder.

La teoría crítica –entendida como discurso de emancipación–, considera imperativo apresurar el desarrollo que conduzca a una sociedad sin injusticia; esto muestra la dependencia del mundo teórico con el mundo de los hechos, es decir, el mundo social. Para Horkheimer, la finalidad de la teoría consiste en la emancipación del hombre de la esclavitud; se trata de una crítica inmanente, como afirmación de la diferencia. Asimismo, para Adorno, la teoría es “indisputablemente crítica”, mientras que para Marcuse, como el pensamiento dialéctico funciona modo de “crítica” se conecta con el conocimiento y la dominación; el último propósito de la crítica debe ser el pensamiento crítico por el interés en el cambio social.

La autonomía y la emancipación implican la auto-organización de los sujetos contra los procesos de retroalimentación del poder sin permitir que éstos tengan capacidad de autonomía. Esta concepción del diálogo ético guarda semejanzas con la crítica que Marcuse acomete contra el pensamiento unidimensional, que se expresa en una determinada forma lingüística acerca de la realidad social y cultural. Un pensamiento “unidimensional” o, en este caso, “único” habla de “fundamentos, edificio, bases y cimientos: en una terminología mecanicista y arquitectónica”. Es por ello que, el análisis lingüístico, hace abstracción de lo que el lenguaje ordinario revela, hablando como lo hace: la mutilación del hombre y la naturaleza. Pero esta polémica entre la teoría crítica y el proceder de la ciencia natural, alcanza otras dimensiones gracias a autores como Adorno, Horkheimer y Karl Popper.

Como se vislumbra, la Teoría Crítica no busca inscribirse de ningún modo en el paradigma de las Ciencias Nomológicas. Se sitúa en la ‘polémica de las Ciencias’ y valora de alguna manera la dimensión social o ideográfica. Junto a la interdisciplinariedad, hay que destacar también dos características fundamentales: la reflexividad del pensamiento y su dimensión crítica. El pensamiento debe nacer, a ojos de Horkheimer, a partir de las contradicciones de la realidad, desde todo aquello que nos hace pensar una sociedad distinta y más humana. Pero ese pensamiento ha de tener como base los fundamentos teóricos sobre los cuales se fundamenta el orden, para que de esa manera le descubra en su movimiento y

revele lo que se esconde. A partir del replanteamiento de las ontologías mitologizadoras que despertó el impulso intenso en el hombre de realización cosificada provocado por la economía de mercado y el progreso técnico y tecnológico, Adorno emprenderá un camino de revisión de estos procesos de mitologización en los que se ven inmersas formas específicas de pensamiento, racionalización y acciones alienantes.

Una de ellas es la sociedad que, según la definición que le otorga Adorno, es esencialmente proceso: sobre ella dicen más sus leyes de su evolución que cualquier invariante previa. Es decir, para analizarla y comprenderla, se hace necesario tener a la mano una lógica de orden discursivo que permita captar cada movimiento que en ella se presente, dado el momento en que se convierte en objeto de análisis. En este aspecto surge un interrogante: ¿cuál será la lógica que se requiere para poder leer los diferentes hechos que suceden en la sociedad? Éstos deben ser significativos para la ciencia social que los seleccione, debido a que su contenido permitirá, en lo posible, abarcar su estudio y, por tanto, construir una teoría. La anterior pregunta suscita dos posibilidades, tanto en el aspecto *analítico* y *dialéctico*; éstas son de gran importancia para Adorno en la medida en que puede configurar un análisis de la sociedad y por ende de las ciencias sociales. Aunque hay que aclarar que la primera es objeto de crítica cuando opera en las ciencias sociales, pues, su análisis, genera fisicalismo vinculándolas con aspectos meramente positivistas. La segunda, sin embargo, es el instrumento de análisis que le permite comprender la sociedad y las ciencias sociales en general.

Lo que pretende Adorno, es mostrar que lo más adecuado es analizar los hechos sociales bajo el prisma de la lógica dialéctica. En este momento se hace necesario retomar el análisis del concepto de sociedad, éste cambia con el transcurrir histórico, donde existen ciertas constantes que se mantienen: como el carácter de conflictividad por ejemplo, lo cual se justifica debido a que ésta es antagónica en sí misma, contiene un sinnúmero de contradicciones (dialécticas) porque en ella coexisten infinidad de intereses, los cuales buscan su realización. Otro aspecto a tener en cuenta son las leyes que rigen la sociedad; siempre habrá leyes que controlen y permitan tener un equilibrio en la sociedad –en términos de sus instituciones–, aunque no sean las mismas para cada época histórica. Esto ocurre porque el hombre las adecúa de acuerdo con las condiciones sociales que se presentan.

Teniendo en cuenta el contexto y los hechos históricos, este no permite caer en un estado totalitario y de barbarie.

La sociedad es una categoría funcional en la medida en que comporta toda una dinámica del movimiento y la transformación. Empero, además de ser dinámica, debido a que cada individuo que hace parte de ella debe necesariamente llevar a cabo una función⁶; la sociedad, al ser un concepto funcional, no puede captarse en su inmediatez ni verificarse directamente como acontece con las leyes científico–naturales. Es por este motivo que las corrientes positivistas de la sociología trataron de desterrar este modelo de la ciencia natural, por considerarlo como una reliquia filosófica e inoperante que no permitía construir un ejercicio acertado de los hechos que se presentan en el entorno social. Este realismo, según el punto de vista de Adorno, es poco realista debido a que la sociedad no puede captarse por abstracción a partir de hechos particulares ni aprehenderse como *factum*, de hecho, no hay un *factum* social que no esté determinado por la sociedad, ésta se manifiesta en las situaciones sociales estrictamente fácticas.

De lo anterior, Adorno concluye que como la sociedad no puede definirse con la lógica corriente y universal (analítica), ni tampoco puede demostrarse deícticamente; los fenómenos sociales reclaman para sí su propio concepto: la herramienta que se tiene a la mano para construir su análisis es la *teoría*, siempre que sea detallada, una teoría de la sociedad nos permitiría decir qué es la sociedad. Adorno, se opone a lo que recientemente se ha objetado en decir que es poco científico insistir en conceptos tales como el de sociedad, pues sólo podría juzgarse sobre la verdad o falsedad de enunciados (proposiciones) no de conceptos. Por tanto, esta objeción confunde un concepto enfático como el de sociedad con una definición al uso determinado de un lenguaje común. El concepto de sociedad ha de ser desplegado, construido y comprendido, no fijado terminológicamente de forma arbitraria en pro de pretendidos inequívocos.

La sociedad es el objeto de análisis de las ciencias sociales desde un interés específico (histórico, económico, sociológico, antropológico, etc.). El primer aspecto que se debe tener en cuenta es su carácter contradictorio. Esta es la razón por la que el objeto de la sociedad y

⁶ Todos dependen de todos: el todo se mantiene únicamente gracias a la unidad de las funciones desempeñadas por sus partes.

sus fenómenos no poseen, según Adorno (2001), el tipo de homogeneidad con la que pudo contar la denominada ciencia natural clásica. En las ciencias sociales no es posible ascender a enunciados de validez universal –ni siquiera restringidos– a partir de enunciados particulares sobre hechos sociales específicos, en la misma medida en que, por ejemplo, de la observación de las propiedades de un trozo de plomo se acostumbraba a concluir las del plomo en general; “La generalidad de las leyes de la ciencia social no pueden entenderse en absoluto como la de un universo conceptual en el que sus partes se integran armónicamente, sino que se refiere siempre y esencialmente, a la relación de lo universal y lo particular en su concreción histórica” (Adorno, 2001, p. 28).

Finalmente, en las ciencias sociales a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, no puede avanzarse desde la parte al todo, pues según Adorno, en ellas el momento conceptual del “todo” tiene una lógica que nada tiene que ver con la unidad de notas comunes a los elementos particulares, y este “todo”, precisamente, en virtud de su mediación conceptual, tampoco tiene nada en común con esas totalidades y formas que se presentan siempre como algo inmediato.

2. Carl Hempel y las leyes de la historia

El problema sobre la explicación en la historia, obedece principalmente, al intento de aplicarle el modelo de explicación de las ciencias naturales. La insistencia en este proceder pone de relieve una preocupación epistemológica que, en todo sentido, intenta otorgar validez a la interpretación que de los hechos hace esta disciplina. Sin embargo, la copiosa tarea por llevar a cabo un análisis exhaustivo de lo real, pone en duda, el alcance que ha tenido hasta el momento con respecto a la descripción formal de los acontecimientos históricos. Esto tiene que ver, principalmente, con la escogencia y aceptación de leyes generales que se ocupan, por así decir, de mantener en mayor grado la validez universal de los acontecimientos subsumidos en un modelo de explicación uniforme que dé cuenta de la ocurrencia de los hechos, con base en experiencias pasadas y sucesos que determinan y definen un instante temporal en particular. De ahí, sobreviene, entonces, el rechazo a todo intento por generalizar el acontecer humano, que reposa indiscutiblemente en la incertidumbre, en lo inesperado. Pero el esfuerzo por determinar lo incondicionado, hace pensar en una posibilidad inteligente

que disponga de manifestaciones seguras en procura de entender lo complejo de las relaciones humanas. Esa manera intrínseca de relación entre el hombre y su contexto, su mundo, dimensionan el carácter humano con respecto a las acciones que determinan tanto su pasado como su presente. En este sentido, es importante tomar en cuenta la manera por medio de la cual una investigación rigurosa se hace pertinente toda vez que la incertidumbre crea menoscabo en el conocimiento humano.

La aprehensión de lo cotidiano puede manifestarse en relación directa con las leyes de explicación que preceden a toda argumentación científica. De este modo, más que sustentar un cometido simbólico de representaciones lógicas, se referencia la importancia investigativa en torno a la disciplina histórica como fuente de los relatos y pensamientos pasados. De tal manera, que se toman como principio unificador, en aras de la búsqueda de la verdad, ciertas condiciones que se presentan como universales.

Es el caso del modelo de explicación nomológico-deductivo propuesto por Carl Hempel (1905 - 1997) quien deduce que su aplicación inserta en su explicación, un acontecimiento que se presenta de manera temporal; es decir, en cualquier fracción de tiempo y en un determinado espacio puede ocurrir. Sin embargo, éste a su vez, debe estar relacionado con lo que el mismo autor menciona acerca de las *leyes generales* y las *condiciones iniciales* de un hecho en cuestión. Dados estos principios, se puede partir del hecho de que ya se conocen de antemano –tanto las leyes como las condiciones– para llegar a ‘suponer’ que se puede *predecir* un acontecimiento. Precisamente, es Hempel quien propone un ejemplo (la ruptura del radiador de un automóvil) en donde se relacionan tanto las condiciones extremas en que el hecho sucede y las leyes de tipo formal y universal para su comprensión. Se puede decir a partir de aquí que, entre más se conocen referencias específicas que logren dar cuenta del acontecimiento, es más probable que se pueda bosquejar una explicación más acertada del hecho. En este sentido, esas referencias específicas tienen todo que ver cuando se habla de la evidencia, en cualquier término; ello supone de antemano unos supuestos fácticos y teóricos que se postulan como condición sin la cual no se puede dar término a cualquier cuestionamiento a fin con una disciplina.

2.1. Una ley general como explicación

Para el caso de la historia en particular, la apropiación misma de una ley general de explicación con respecto a hechos reales hace suponer, en primera instancia, un orden sistémico que procure globalizar la existencia de datos (hechos) pasados en primer momento, para referenciarlos como postulados teóricos que demarcan en cierto modo el futuro proceder de la investigación histórica. Así, por ejemplo, la postulación de un hecho futuro, de su ocurrencia al igual que su incidencia dentro de un contexto determinado, más allá de estar condicionado dentro de un esquema que asegure su permanencia lógica, debe determinarse, asimismo, como ley inexpugnable que asegure su predicción exitosa con respecto a hechos reales y comprobables. De esta manera, las leyes generales deben –en cualquier modo– funcionar totalmente análogas, tanto en la historia como en las ciencias naturales. La funcionalidad a la que se hace referencia tiene que ver con la capacidad en términos de brindar efectividad en cualquier disciplina en la apuesta continua por obtener resultados precisos y convincentes. De tal suerte, la postulación de un hecho que se encuentra matizado desde un argumento meramente predictivo, será calificada de pre-científica por carecer de una ley que prefije su afirmación, es decir, de una legaliformidad que la confirme. Así las cosas, apelar a una predicción de hechos concurrentes por la coincidencia de que si alguna vez sucedió se puede repetir, pone en entredicho una supuesta ley que se erige como universal y que sólo puede evidenciar postulaciones metafísicas.

Sin embargo, si se quieren obtener, tanto predicciones como resultados específicos y empíricamente comprobables, toda postulación, cualquiera que sea, debe hacerse desde una base disciplinar que otorgue consistencia a toda afirmación futura. Carl Hempel (1979), pone de manifiesto su interés por develar en cierto modo, un modelo o ley que fije las bases de toda investigación futura en historia, de esta manera, alude en primer lugar que se debe entender como *ley general*: un enunciado de forma condicional universal que puede confirmarse o ratificarse por hallazgos empíricos adecuados, asimismo, se entenderá *ley* como la idea de que el enunciado efectivamente ha sido confirmado por los elementos adecuados disponibles, y una *hipótesis universal* que se supone que afirma una regularidad como la siguiente:

(...) en todos los casos en donde un hecho de una clase específica $\underline{C}$ ocurre en un cierto lugar y tiempo, otro hecho de una clase específica $\underline{E}$ ocurrirá en un lugar y

tiempo relacionados de un modo específico con el lugar y el tiempo de ocurrencia del primer suceso (Hempel, 1979, p. 233).

La aseveración, hecha líneas atrás, sobre la posibilidad de ocurrencia de un hecho porque alguna vez sucedió y podría repetirse, encuentra su *explicación* en términos de una ley causal que determina el posible desarrollo de una hipótesis universal antes mencionada, y esto tienen que ver con la disposición directa de los hechos específicos para que cumplan su función de ley.

En el caso de la figura uno, si una predicción nos dice de un hecho cualquiera que haya sucedido y que quizá vuelva a suceder, la predicción misma deja un interrogante a propósito de la ocurrencia del hecho en el futuro; esto implica que tanto los sucesos 1 y 2 se encuentran al margen de una ley que los contengan y discrimine en términos de un proceder sucesivo causal. Por tanto, la incertidumbre dispone de un prejuicio metafísico –dado el caso– que aísla los sucesos (1 y 2) esperando que se gesticule una ley funcionalmente universal a partir de la suposición. Sin embargo, en tanto persista la posibilidad de mantener la analogía con respecto al proceder de las ciencias naturales, es indispensable acoger en cierto modo su proceder.

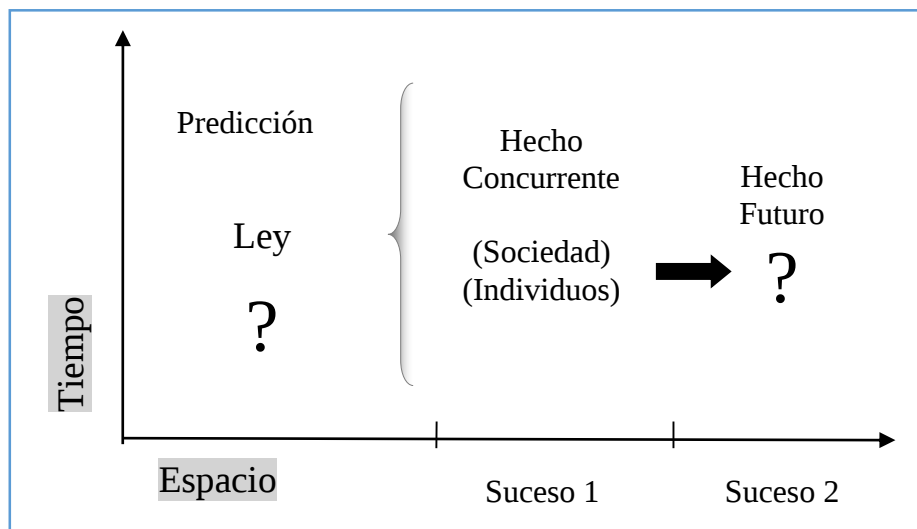


Figura I.

Ahora bien, teniendo como base una hipótesis universal, que a su vez se apoya en una ley general, se puede esperar con cierto grado de certeza que de todos los casos (n_{casos}) surja un hecho específico $\underline{C}$ en un lugar y tiempo determinado y, en relación con su tiempo y lugar,

surja otro hecho específico E de la misma clase. De esta manera, podemos referenciar cómo en la figura dos, el hecho C y el hecho E no se dan aislados, sino que mantienen una sucesión causal que, se da asimismo, como un sólo suceso. La posibilidad de que surja un segundo suceso depende únicamente de los hechos específicos que se presentan en tiempos y espacios determinados, en donde la relación específica devela la sucesión de causa-efecto.

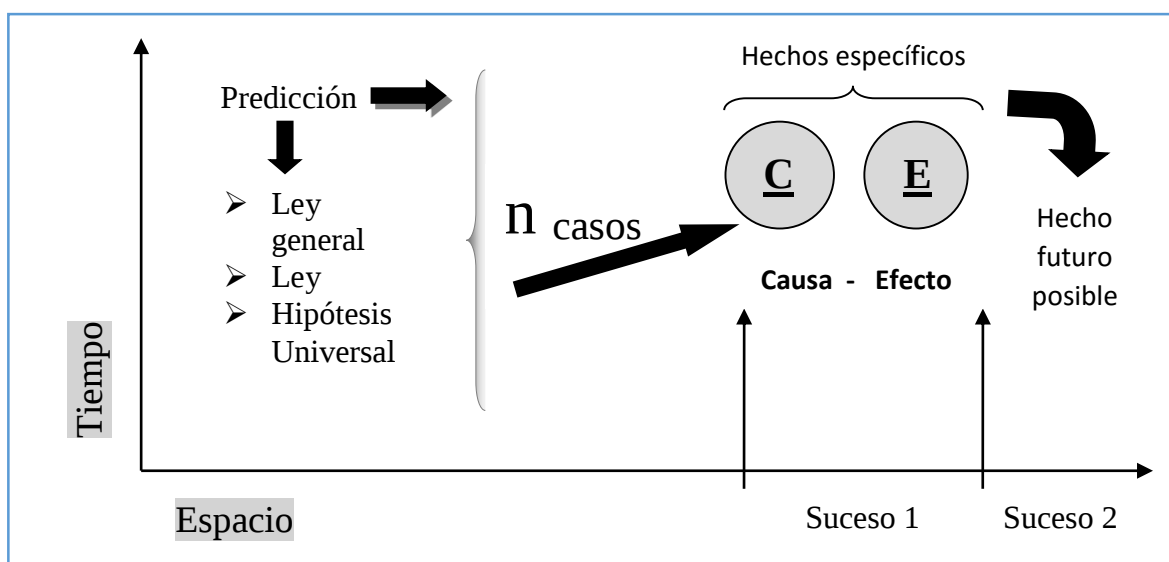


Figura II.

La predicción en este caso, no alberga suposición alguna, su prolongación –en términos de repetición–, es establecida desde los requerimientos mismos que se presentan como enunciados de forma condicional universal (ley general); de esta forma, de la mano de los hallazgos empíricos adecuados propuestos por la ley general, se puede confirmar el hecho a partir de la ley que dispone de la hipótesis. La posibilidad de que se dé un segundo suceso como hecho futuro empíricamente posible, es determinada por la sucesión de los hechos específicos signados como causa y efecto respectivamente.

De esta manera, es claro lo que Hempel expone a propósito de las leyes de las ciencias naturales: “La función principal de las leyes generales en las ciencias naturales es conectar hechos en pautas a las que habitualmente se les denomina *explicación y predicción*” (1979, p. 234). Con base en esto, la explicación debe estar sujeta a hechos empíricamente comprobables para que tengan sentido las leyes que se proponen como predicción. Si se aplica este tipo de proceder a un hecho específico con ocurrencia en un tiempo y espacio determinados, su explicación tiene como objetivo buscar las causas que provocaron –hicieron

posible— E resultado o efecto. En este sentido, las clases referidas que toman una clasificación definida como $C_1, C_2 \dots C_n$ proporcionan los hechos específicos que harán posible su explicación futura. Hempel (1979), propone el siguiente esquema para su explicación:

- 1) Un conjunto de enunciados que afirman la ocurrencia de ciertos hechos $C_1 \dots C_n$ en ciertos lugares y momentos;
- 2) Un conjunto de hipótesis universales, según las cuales
 - a) Los enunciados de ambos grupos se encuentra razonablemente⁷ bien confirmados por pruebas empíricas;
 - b) De ambos grupos de enunciados puede deducirse lógicamente la oración que afirma la ocurrencia del hecho E .

Si aplicamos este “práctico” proceder a una explicación física, el grupo 1) se encarga de describir las condiciones extremas, es decir, establece *condiciones determinantes* para el hecho que se debe explicar; el grupo 2) contienen las leyes generales en que se basa la explicación (Hempel, 1979) y determina de cierta forma la clase de hechos descrita en el primer grupo y la cual se debe explicar. El ejemplo que toma Hempel, recoge las exigencias para el proceder esquemático propuesto; un vehículo permaneció en la calle durante toda la noche (dice Hempel) sufre de cierto modo daños en algunas de sus partes físicas y el asunto es determinar qué le pasó. La parte en cuestión es el radiador del vehículo, que es de hierro y se encontraba lleno de agua hasta el borde y su tapa herméticamente atornillada, a esto se le suma que durante la noche la temperatura era de 4°C y de -4°C en la mañana, la presión barométrica era normal. Esto pertenece al grupo 1) que representa las condiciones iniciales. El grupo 2) contiene leyes empíricas tales como, a 0°C , con presión atmosférica normal, el agua se congela, por debajo de los 4°C , la presión de una masa de agua aumenta al descender la temperatura, si el volumen permanece constante o disminuye, cuando el agua se congela, la presión nuevamente aumenta. A partir de los enunciados de esta clase, según Hempel, podemos deducir por razonamiento lógico que el radiador del auto estalló durante la noche. Así las cosas, se develan leyes específicas para hechos igualmente específicos, salvo si las condiciones iniciales por alguna razón se desconocen o no llegan a suceder. Parece mantener,

⁷ En este caso hay que tener en cuenta que, en un primer momento, estas hipótesis universales se refieren a un enunciado universal que intenta hacer válido un principio de inducción parcial; es decir, a partir de cierta cantidad de enunciados singulares se podrá dar cuenta, lógicamente, de los hechos que tienen ocurrencia.

en el mejor de los casos, una secuencia lógica que permite no sólo comprobar el hecho supuesto, sino hacer que suceda de verdad.

Las condiciones que determinan el hecho determinan a su vez, la función de las leyes para comprobarlo dentro de un campo máximo de certeza, que describe su “acción” primera (causa) y su posterior desarrollo como resultado final (efecto). Teniendo en cuenta este proceder es fácil deducir que la explicación científica sólo se logra si se aplican leyes empíricas del tipo señalado. De igual manera, si se emplean hipótesis empíricas universales y éstas representan principios explicativos, la diferencia entre la pseudoexplicación y la explicación genuina es evidente.

El resultado de la explicación del modelo hempeliano inserta la certidumbre dentro de un sistema que es visto así mismo y *per se* como sistema indiscutiblemente racional; si se habla entonces en estos términos, estaremos definiendo un sistema disciplinar cerrado cuyo interior funciona bajo leyes estrictas e inalterables. Ahora bien, para referenciar tanto la *explicación* y la *predicción* bajo este presupuesto nomológico-deductivo, el modelo hempeliano funcionaría de la siguiente manera:

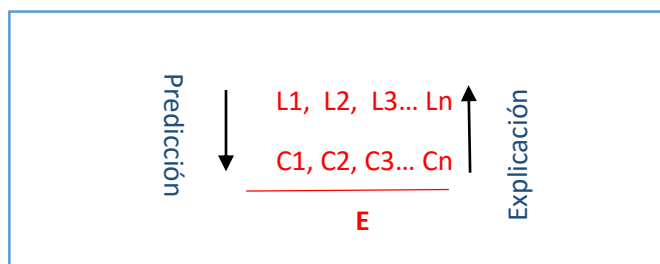


Figura III

La predicción, en este caso, sólo es posible si se cuenta con leyes generales e hipótesis universales, que han sido suficientemente comprobadas empíricamente y cumplen la función de determinar un hecho específico con respecto a postulados concretos (ver Fig. 2). La explicación, por su parte, necesita de enunciados (condiciones iniciales) que den cuenta de la ocurrencia del hecho, para ser subsumidos bajo estrictas leyes y poder determinar su comportamiento. Así las cosas, el que se pueda utilizar o no este modelo en términos de la historia, va a depender de un tipo de análisis específico que puede ser de orden político, social y económico confirmando sentido a estos aspectos de análisis y confrontándolos con una

realidad posible, siempre que sus postulados y actos considerados (hechos) ocupen una directriz espacio-tiempo respectivamente, es decir, existan. De la mano de las leyes nomotéticas que plantea la ciencia natural, es posible que su modelo sea indiscutiblemente una alternativa que, en lo posible, permita obtener desarrollo como directriz definitiva en la investigación histórica. No obstante, las leyes para el caso de la ciencia, permiten generalizar toda proposición acerca de hechos específicos, siempre y cuando, se tenga a la mano instrumentos de verificación al respecto. Surge aquí, una diferenciación que se hace específica en torno a la difícil tarea de explicar los hechos históricos con leyes que no le son propias. Para este propósito, la incidencia del proceder explicativo natural, que reposa en la base de los cometidos históricos con referencia a lo humano, es decir; la objetividad, como pretendida exigencia científica, pasa a ser en la disciplina histórica un principio que carece de importancia en el sentido propio de la palabra. Esto se debe principalmente, a que lejos de imponer y trabajar sobre “una” sola historia, son los tejidos sociales mismos que hacen posible otras historias, otros relatos.

2.2. La posible explicación histórica

Hemos visto que la explicación a la que se hace mención tiende a ser tipificada según su uso y aplicación sobre los cometidos investigativos. El continuo traslado de las tesis científicas a las ‘obras’ de una ciencia social, por más que se quiera hacer notable su rechazo, permiten en todo sentido afianzar el contenido metodológico de su estructura, reivindicando no sólo su proceder sino la manera en que son puestos en cuestión los análisis de lo humano. Los análisis y las pruebas estadísticas que realiza la economía proporcionan un ejemplo de cómo se pueden utilizar leyes básicas como lo hace la ciencia con los fenómenos naturales. Por definición, en términos del proceder disciplinar entre la ciencia y la historia, podemos entrever que trata de niveles en apariencia dispares, inconexos, pero que sin embargo, guardan entre sí algunas similitudes:

Cuando un físico formula leyes sobre la conducta de cuerpos en movimiento, esas leyes están destinadas por él a aplicarse a todo lo que satisface, satisfizo o satisfará la definición de aquella expresión; en el lenguaje de la lógica,

esas leyes se refieren a clases “abiertas”, clases cuyos individuos no pueden enumerarse nunca porque son potencialmente un número infinito (Walsh, 1980, pp. 41,42).

Si se intentara explicar una parte del todo con relación a hechos específicos, la posibilidad de generalizar su contenido y posterior explicación, va de la mano con la imposibilidad de reducción de todo cuanto se presente como susceptible de ser definido. Así, podría ser más fácil dar cuenta de lo que sucedió y puede llegar a suceder, desde los hechos históricos, con arreglo a una sola condición o ley general de los hechos pasados que ha de tomarse en cuenta. Esto tendría que ver con un trabajo metodológico que cumpla con la generalización de los hechos a lo cual apuntaría una ley general de la historia, cuyos contenidos y resultados serán puestos en cuestión por un público especializado en el análisis histórico. Dadas estas circunstancias, la pertinencia de un lenguaje propio, es igualmente convenida para hacer posible la compresión de sus parámetros (leyes) así como la explicación de sus alcances. Por otro lado, la intención investigativa y explicativa que se encuentra implícita en el proceder histórico, reserva para sí puntos de referencia que se inclinan más hacia la narración de hechos pero que a su vez, le apuestan a la búsqueda de la verdad de los mismos. No se da por sentado que la historia tenga que repetir los mismos contenidos metodológicos de explicación de la ciencia natural, pero la *intención* mencionada arriba, focaliza el interés de su interpretación con mínimas exigencias para que sea posible una verdad histórica: “cuando los historiadores estudian, pongamos por caso, las opiniones de los hombres cultos de la Francia del siglo XVIII, se refieren a una clase “cerrada”, cuyos individuos podrían, en principio, enumerarse” (Walsh, 1980, p. 42).

Si atendemos de manera directa a este tipo de estudio, lo mínimo que puede esperarse es que las opiniones de aquellos hombres de una determinada época, van a ser de algún modo recreadas. Para que esto se lleve a cabo, es imprescindible tomar en cuenta ciertas variables que otorguen consistencia (validez) al estudio en cuestión. Estas condiciones, por así decir, pueden llegar a distinguir al historiador comprometido profesionalmente con la disciplina, de aquel que solamente narra relatos sin preocupación alguna. Este último sería el que intenta narrar los hechos sin ningún tipo de fundamento específico sobre los acontecimientos pasados de los cuales podría servirse para llevar a cabo su relato. De este modo, el público al

cual le interesarían sus historias, estaría siendo engañado sin saberlo. Por lo demás, la preocupación que yace implícita en el estudio histórico, intenta allanar algo estrictamente específico sin que por ello descuide –a juicio tentativo– la argumentación en favor de la comprensión individual de los acontecimientos.

Pareciera que los continuos intentos por definir de una vez por todas a la historia como una verdadera ciencia, conducen a desvíos y desatinos argumentativos y metodológicos con respecto a la impericia de su proceder. Tal vez, la aclaración pertinente de los modelos científicos e históricos de explicación, puedan dar luz sobre esta cuestión. En primer lugar, habrá que referirse a dos tipos básicos de explicación científica, en donde concurren la *explicación deductivo-nomológica* y la *explicación probabilística*. Ambos concuerdan en cierto modo, en hacer precisión en las descripciones que deben explicar un hecho en particular. Así, entonces, se encuentran: hechos particulares y uniformidades expresadas por leyes generales. Esto tiene que ver con lo que Hempel menciona acerca de las condiciones iniciales y las leyes que posibilitan la inclusión de un análisis deductivo a partir de un acontecimiento en un instante de tiempo. La relación continua entre las proposiciones que describen los hechos particulares $C_1, C_2, \dots, C_k$ y las leyes generales $L_1, L_2, \dots, L_r$ dan forma al llamado “*explanans*” que es precisamente lo que explana (explica) relacionándose de igual manera con E como el hecho que describe y al cual se denomina “*explanandum*”. El primer tipo de explicación, tiene que ver entonces, con el carácter deductivo-nomológico, por encontrarse sujeto a premisas que determinan una posible explicación con base en reglas explícitas. Esto hace posible, en cierto modo, el aumento de las posibilidades de experimentación continua y segura al confrontar estas hipótesis de explicación con otro tipo de teorías que aseguren su sostenimiento argumentativo, así, Hempel, dice al respecto que: “Tal inclusión, en leyes o teorías más extensas, aumenta por lo regular la amplitud y la profundidad de nuestra comprensión científica” (1975, p. 105). Dados los conocimientos obtenidos en una disciplina, como la ciencia, por ejemplo, permiten hacer evidente su avance y aceptación, en tanto se consideren sus estudios e investigaciones como verdaderos. Con ello se justifica la amplitud del campo de conocimiento y acción que pueden determinar, a su vez, otros principios de explicación para diferentes tipos de fenómenos.

Por otro lado, la explicación probabilística que, mantiene de igual forma principios universales en relación a su proceder en la explicación, toma en cuenta, además, determinadas condiciones en donde tienen que darse al mismo tiempo características concretas de probabilidad estadística; teniendo en cuenta grados de similitud en las premisas con respecto a los resultados estadísticos. Es decir, el resultado final no dependerá únicamente de leyes generales –como sí sucede en el tipo nomológico-deductivo–, y responderá a exigencias estadísticas que procuran un procedimiento nuevo e inductivo. Podemos definir, a partir de una diferencia, lo que cada tipo de explicación manifiesta: “(...) la explicación probabilística admite grados, en tanto que la explicación deductivo-nomológica aparece como un asunto de sí o no: un conjunto dado de leyes universales y enunciados particulares comprende –o no– un enunciado-explanandum dado” (Hempel, 1975, p. 111). Finalmente, podemos conceder que el hecho que describe un acontecimiento (E) explanandum, puede relacionarse con dos niveles de enunciados: un enunciado-ley universal y otro enunciado-ley estadístico, donde cada uno hace pertinente la descripción de los acontecimientos siendo fieles a sus características.

Por el lado de la historia parece haber varios tipos de explicación en donde se hace evidente el carácter nomológico. Esto es pertinente según Hempel, porque demuestra –con todo lo que ello supone– que la historia puede manejar ciertos niveles de comprensión, bajo el lente nomológico-deductivo porque: “(...) tienden a demostrar que el fenómeno explanandum resultó de ciertas condiciones antecedentes y, quizá, concomitantes; y, al argumentar así, confían más o menos explícitamente en las generalizaciones concernientes” (*Ibíd.* 1975, p.120). Se puede evidenciar este proceder en la psicología y en la sociología, que incluso, manejan un carácter probabilístico general. Para este caso, se toma, en particular, la ley de Parkinson cuyos efectos pueden ser evaluados dentro de un contexto en apariencia normal y cotidiano: “Quienes disfrutan empleos no quieren perderlos; quienes se han habituado a ciertas actividades no desean cambios; quienes se acostumbraron al ejercicio de una especie de poder no están dispuestos a renunciar a éste (...)” (McConnell, D. W, *Ibíd.* 1975, p. 120). Referido todo esto a las tendencias que producen las instancias gubernamentales, en todo contexto, hacen que el *comportamiento* de quienes experimentan esta coerción experimente, a su vez, acciones de poderío y mayor alcance de control. No se quiere decir con esto que en todos los casos se dé efectivamente el mismo proceso, pero si

apelamos a una generalización psicológica concreta, podemos definir que se refiere a análisis probabilísticos.

Así las cosas, el intento por dar razón de cualquier fenómeno histórico, que incluya en cierta medida lo económico, lo cultural y lo social debe, en algún momento, proceder con significaciones nomológicas. No por ello, se puede dar por terminado el análisis histórico como referido únicamente a los dos modelos de explicación con este carácter, más aún, la historia propiamente dicha mantiene en cierto nivel la discusión sobre la explicación y la comprensión todavía vigentes, que en ocasión a su estricto trabajo de descripción, investigación y búsqueda de la verdad de los hechos, no agota su cometido en presunción de una verdad absoluta.

La noción especulativa de la historia y su continuada referencia a los hechos que se pueden transformar en verdades y consecuencias de cambio, como determinantes para la vida social de los hombres, deja en vilo el escrutinio mismo de las aserciones epistémicas, en torno a la posibilidad idealista de referenciar siempre el pasado en contraste con el presente, para forjar la idea de un futuro mejor.

Es precisamente esta preocupación la que mantiene con expectativa constante la investigación histórico-social con el supuesto de lograr de a poco la aprehensión de la *incertidumbre*. A esto se refiere Hempel cuando intenta aplicar su modelo de explicación. La referencia tanto de la *explicación* y la *predicción* bajo este presupuesto nomológico-deductivo, hace pensar en la ocurrencia de hechos como también en las experiencias de los hombres, otorgándoles un determinado «tiempo y lugar» que garanticen —en lo posible— su certeza. Es así, como de manera abstracta, empezamos a configurar una sucesión causal que se instituye en sí misma como única posibilidad de aprehensión de la realidad circundante. Es decir, la representación que hace la razón de un determinado hecho o suceso histórico, tiende siempre a mantener una sucesión de $\{A \Rightarrow B \Rightarrow C \Rightarrow D\}$ haciendo alusión a las condiciones de causa-efecto. De tal manera que, pensar en el futuro desde un presente determinado, supone la proyección de los hechos posibles como sucesos que no se mantienen ni se presentan aislados. De ahí sobreviene la importancia de tener como base una hipótesis universal que se pueda, al mismo tiempo, apoyar en una ley general para comprobar todos los casos que se presenten.

Sin embargo, esta noción de posibilidad hace pensar en el no condicionamiento de ninguna predicción –cualquiera que ésta sea– en la medida en que se revela como suceso aislado y formulado desde una noción de *incertidumbre*. Entonces, si las *leyes generales* predicen y las *condiciones iniciales* explican un hecho en cuestión; la *incertidumbre* en este caso, invierte en cierto modo el proceder científico y lo aísla al mismo tiempo del movimiento causal, empírico y determinista. Esto tiene que ver principalmente con la disposición de espera (¿incertidumbre humana?) en cuanto al surgimiento de una ley que funcione universalmente a partir de la suposición. Lo universal, en este sentido, no debe acatarse como una condición sin la cual no es posible el desarrollo de posibles aserciones predictivas con respecto a suposiciones de lo real. Por el contrario, es preciso afirmar que lo universalmente válido y aceptado como tal, no circunscribe la totalidad de predicciones adversas y suposiciones individuales. Lo que legitima en un momento preciso las “ciencias del hombre”, parece reposar en el intento de sobrevalorar las tendencias inusitadas de lo humano, con respecto a los condicionamientos exigidos por la ciencia. Así, por ejemplo, los acontecimientos históricos se encuentran signados por un determinado orden cronológico que, en ocasión de la exactitud y la verdad, periodizan, separan y distribuyen las experiencias humanas en procura de establecer siempre un antes y un después.

2.3. La historia como modalidad enunciativa

A falta de científicidad o el abuso de ésta, lo que se hace legítimo y lo que carece de sentido, no debe, en ningún momento, operar como prejuicio a condición de manifestar posturas epistemológicas que delimiten, de cierta forma, los alcances del saber humano. Las condiciones requeridas para los distintos análisis de avance del conocimiento necesitan, en el mayor de los casos, des-entender lo aceptado como universal y estimar el estado de cosas presente para restablecer lo inacabado, lo no dado, lo sinsentido. Pero antes de emprender la búsqueda de lo indeterminado, de lo discontinuo, se hace necesario examinar los puntos de encuentro en donde tienen lugar las diferentes manifestaciones discursivas, en cuanto sean representaciones de lo contingente. *Las modalidades enunciativas* como maneras prescriptivas de la realidad, proporcionan todo un postulado alternativo de enunciación que profiere y delimita una secuencia lógica del discurso en tanto que funda límites recursivos de

aprehensión. De esta forma, es fácil encontrar relatos, interpretaciones y razonamientos que se instituyen como discursos de lo verdadero.

En términos de la regularidad de un lenguaje adaptado y aceptado se hace necesario prever su funcionamiento, dado el caso, desde su aparición. A esto se refiere, precisamente, Michel Foucault (1926 - 1984), cuando interroga por la procedencia de estos discursos en el siglo XIX⁸ y a su “inapelable” discusión: “¿qué encadenamiento, qué necesidad? ¿Por qué éstos, y no otros?” (Foucault, 2010, p. 69). En procura de encontrar la *ley* de estas diversas enunciaciones y el lugar de donde provienen, es importante tener en cuenta que su intención va a ser siempre estipular y mantener una presunción de verdad, sin que se garantice una formalidad definitiva. El pretendido orden de las cosas requiere al mismo tiempo, el reconocimiento y la aceptación por parte del otro, por ello es necesario otorgar al individuo un *estatuto* a partir del cual pueda instituirse como perteneciente del discurso ya establecido.

Sin embargo, este reconocerse dentro de un discurso determinado, supone de antemano una estrecha relación, bien sea, con la regla o con la tradición. Si pensamos en la regla como un sistema cerrado, se puede admitir al mismo tiempo que se trata de algo jurídicamente impuesto, cuya definición goza tanto de un proceder como de un nombre estatutario. Lo tradicional en este caso, tiene que ver más con la aceptación a como dé lugar de algo, en una simple manifestación de lo espontáneo, es decir; no se pregunta si se está de acuerdo o no, solamente la admisión de lo que está presente *es*. Para un ejemplo claro, Foucault se refiere al estatuto médico que estipula para sí criterios de competencia y saber. De hecho, dados los criterios y condiciones para su funcionamiento, hacen pensar, en la manera a través de la cual el sistema mismo se diferencia y se relaciona en la medida en que sus disposiciones del saber (conocimiento) así lo ameriten. Es interesante, en este sentido, mencionar las prácticas en las que el proceder médico se especializa, y más aún, cuando son reguladas por condiciones legales que le otorgan derecho y límite respectivamente. No hay que olvidar la incidencia misma de estas prácticas pues todo el proceder y experimentación

⁸ “Descripciones cualitativas, relatos biográficos, señalamiento, interpretación y despiezo de los signos, razonamientos por analogía, deducción, estimaciones estadísticas, verificaciones experimentales y otras muchas formas de enunciados (...)” (Foucault, 2010, p. 69). Se deja en claro, aquí, la formación de un lenguaje que es común o, mejor, debe ser común dentro de un parámetro determinado que regula su propia enunciación. Para que la regularidad tenga sentido, es necesaria una secuencia lógica del discurso que la acredita, que la haga suya, la manifiesta y la institucionaliza.

constantes, no son referidas en abstracto, todo lo contrario, los rasgos que definen su funcionamiento tienen todo que ver y dependen de la relación continua entre este saber y la sociedad. Así, pues, el papel que desempeña el médico dentro de un conjunto social, más allá de “(...) conjurar el dolor y la muerte” (Foucault, 2010, p. 70). Su interrelación valora el cometido de sus acciones y reivindica en cada momento su importancia. Valdría la pena preguntarse si esa disciplina que dice ser lo que es, puede, en cierto momento, obviar las prescripciones manifiestas e intentar reconstruir sus postulados y competencias, en consentimiento de las “voces” [*discursos*] que se hallan fuera de su proceder.

Se puede insistir en la idea de que un sistema cerrado no admite objeciones ajenas a su contenido sistemático y funcional; además, que sus objetos específicos e instrumentos de verificación son tomados –como afirma Foucault– de los *ámbitos institucionales*. Es allí, precisamente, donde encuentran su origen y su punto de aplicación: en donde las sociedades comparten en lo cotidiano su presencia y su emergencia. Por ejemplo, uno de estos ámbitos es el *hospital*, como lugar de observación constante que opera en su interior como sistema codificado y jerarquizado. Aquí, el personal médico es totalmente diferenciado, que utiliza procedimientos y técnicas de acuerdo al requerimiento de la enfermedad. Dentro de este ámbito institucional, hay otro que se puede expresar de manera aislada y autónoma, insistiendo siempre en mantener un ‘círculo relacional’ que corresponda con las premisas institucionales estipuladas. El *laboratorio* es la parte del conjunto en donde se gestan las verdades acerca del cuerpo humano: la enfermedad, sus afecciones y epidemias, es por así decir, una documentación sobre la vida y su posible diagnóstico. De igual manera, hay que tener en cuenta que los ámbitos desde los cuales se intenta concatenar «la existencia humana» han cambiado en cuanto a sus requerimientos y formas de proceder. Al sufrir estas modificaciones, en torno al funcionamiento interno de su sistema, el hospital, como ámbito institucional, cambia radicalmente la concepción (el modelo) que de hombre, cuerpo, enfermedad y muerte, habían sostenido y aceptado.

Ahora bien, al tratarse de otro tipo de discurso el cual puede ser modificado desde el aspecto científico, político y cultural, la figura del hospital –tal y como se había planteado– es la representación de un lugar de *observancias sistemáticas*, que acumula cada vez más la información y experiencia necesarias para conformar una unidad infranqueable en su terreno

e imposibilitar todas aquellas variables individuales. De tal suerte, tal y como se veía en el modelo cerrado planteado por Hempel, el hospital como ámbito institucional, tiende a homogeneizar y a organizar el término de ‘enfermedad’ sobre un acumulado de diagnósticos, frecuencias y probabilidades que dan cuenta, a su vez, de un aparato (laboratorio) clínico que emerge sobre la misma lógica de la física, la química y la biología. Sin embargo, este *otro discurso*, al cambiar su concepción y su apreciación en lo que tiene que ver con la medicina y su proceder, cambia igualmente las posiciones que los sujetos ocupan y tienden a ocupar. Esto, obviamente, no se da por azar ni por acomodamiento natural, es la *situación* que como posibilidad pasan a ocupar, es decir: la variedad de ámbitos, dominios y discursos por los cuales el sujeto se define, lo definen, depende únicamente del grado de conocimiento al que se ha llegado.

Es claro que el paso de un conocimiento a otro supone una invención o una restitución de lo admitido hasta entonces; de tal manera, que el reemplazo de un conocimiento debe estar signado por otro tipo de *episteme*. De acuerdo con esto, los *objetos* o grupos a los cuales la adopción de una determinada aserción epistemológica conlleva, hace pensar en la manera cómo los sujetos enfrentan una realidad determinada. Así, por ejemplo, se puede pensar al sujeto en diferentes situaciones que debe asumir y confrontar; se es «sujeto interrogante», dice Foucault (2010), de acuerdo a un *patrón*, y «sujeto oyente» que hace lo mismo de acuerdo a un programa de información. Asimismo, se puede pensar en un «sujeto que mira» según una tabla de rasgos característicos y uno que «registra» según un tipo descriptivo.

Según el ejemplo al que se había hecho mención, dentro del *hospital* se gesta el discurso médico, y más aún, es éste quien lo modifica y lo mantiene. Por tanto, es el médico y su discurso –como representativo de la medicina y ésta a su vez representada en el ámbito institucional del hospital–, en donde concurren todo un entramado (haz) de relaciones que experimentan encuentros y desacuerdos, afirmación y negación, que comprometen lo admitido como verdad y su posterior *alteración* o cambio. Es importante resaltar que todas estas enunciaciones relativas a la transformación –*so pena* de su aparente antagonismo– no se bifurcan cada una por su lado en procura de alcanzar un ápice de lo verdadero; todo lo contrario, las *relaciones* que mantengan entre sí, codeterminan las nuevas observaciones al respecto, confrontadas desde el dominio habitual de la [una] información conocida. Es por

ello que la medicina clínica en general, a la luz de su discurso, modifica y renueva puntos de vista y contenidos, al igual que las modalidades de enunciación de las que se sirve.

A esto podemos agregar que dentro del discurso clínico convergen varios tipos de enunciación que, a su vez, son dispares y discontinuos entre sí. Es permisible hasta cierto punto pensar que la ley a la cual nos referimos, actúa y funciona como unidad, como dominio infranqueable, pero lo dispar de estos tipos de enunciación no manifiestan síntesis, no garantizan una función unificadora del sujeto: “(...) se buscará en él (discurso) más bien un campo de regularidad para diversas posiciones de subjetividad” (Foucault, 2010, p. 75). En este sentido, es el mismo Foucault (2010, p. 75), quien menciona que el discurso asumido de esta manera no se puede entender como la manifestación del pensamiento de un sujeto que conoce y que lo dice. Él intenta dejar en claro, que debe asumirse como un conjunto en el cual puede determinarse “la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo”. De igual forma, no es por medio de un sujeto trascendental ni por una subjetividad psicológica como se define un régimen de enunciaciones, pues la actividad sintética de una conciencia que se encuentra mediada por lo real, no puede, en ningún caso, referirse en sí misma en términos de lo aprehendido empíricamente, y a su vez, no depende de un *a priori* del cual se espera un instante previo a la palabra que juzga. Si el discurso –cualquiera que sea– no posibilita ni garantiza una firmeza mínimamente acorde a los presupuestos científicos admitidos, cabe la pregunta: ¿Cómo hace el sujeto cognoscente para determinar su realidad, dentro de la multiplicidad en la que se encuentra, si es despojado de una ley a la que tanto se había acostumbrado? Parece ser que la única manera de discurrir sobre esto recae precisamente, en la *especificidad de una práctica discursiva* por la cual, las regularidades enunciativas que se presentan como dispersas y discontinuas, entrañan su reflexión y relación en un espacio exterior de ámbitos distintos.

Ahora bien, Si retomamos de cierta manera, el esquema de explicación presentado por Hempel, encontramos que la primera parte de éste, se encarga de describir las condiciones extremas en las cuales transcurre un hecho específico que se debe explicar: “1) Un conjunto de enunciados que afirma la ocurrencia de ciertos hechos $C_1...C_n$ en ciertos lugares y momentos (...)” (Hempel, 1979, p. 234). De esta manera se pueden establecer condiciones determinantes, por medio de las cuales, la posibilidad de tener certeza sobre un hecho

concreto es confiable. Es decir, a partir del momento en que se juzga o se intenta hacerlo sobre algo, tácitamente se da por aceptado y se incluye un alto de grado de racionalización al respecto. No en vano, los hechos que suceden aquí y ahora son manifestados como acontecimientos reales, sin lo cual, sería imposible su determinación y su existencia. De ahí que es imprescindible que las *condiciones iniciales* estén acompañadas de *leyes generales*, en tanto que pueden definir o no, la aparición y funcionamiento de un “algo” real. Por ello, es importante comprender la estrecha relación que se da entre estas dos variables; pues entre la predicción que funciona como *ley general deductiva* y la explicación que funciona como *condición inicial inductiva*, hay un entrecruzamiento de hechos específicos que son definidos, a su vez, como causa y efecto de los mismos.

El ejercicio claro que pone en marcha esta aprehensión de los sucesos en términos históricos, vincula el funcionamiento de las leyes generales de las ciencias naturales en procura de conectar esos hechos específicos con las pautas ya referidas de predicción y explicación. Sin embargo, todo acontecer que se halle fuera de este ‘aparato esquemático’, va a ser puesto en cuestión, en duda, por pretender ir más allá de lo racionalmente admitido e inexpugnable. De este tipo de confrontación de lo que puede admitirse o, no, como ciencia, nace precisamente el rechazo a la objetivación que intenta operar en todos los campos del conocimiento. A esto se le suma el intento incesante de promover el desarrollo científico tras la búsqueda de *objetos* de estudio, que tiende a separar, una vez más, —en enconada disputa— al sujeto del objeto. Dentro del límite de lo objetivo, pareciera que los objetos con los cuales funciona cualquier tipo de investigación y observación, tienden siempre a conservar su validez y mantener su racionalidad ejercida como universal. No obstante, para que los modelos (paradigmas)⁹ dejen de funcionar, es claro que dependen de otros que los reemplacen. Si bien es cierto, que de la eficacia o fracaso depende su estabilidad y permanencia, también es cierto que su pretendida objetividad es inalterable.

⁹ “Aunque prácticamente no existen durante los periodos de ciencia normal, [los paradigmas] reaparecen regularmente un poco antes y durante las revoluciones científicas, aquellos periodos en que los paradigmas primero están siendo atacados y luego están sometidos a cambio” (Kuhn, 2004, p.97). Para el caso de las ciencias sociales y la historia en particular, la formulación de modelos o paradigmas, tiene que ver más con cierto tipo de métodos que han hecho parte del *corpus* investigativo de esta práctica social. Sin embargo, esperar que surja una revolución, y que lo aceptado en su interior se eche por tierra, no parece ser el objetivo de la historia; pues todavía no cuenta con un modelo histórico acertado que se pueda formular, extender y unificar todos los acontecimientos humanos.

Si nos referimos a una regla de formación específica en aras de la objetivación, ésta, de cierto modo, puede cambiar con el transcurrir de su uso y con respecto al momento de su aparición (imposición). El imponer no ha de tomarse aquí como condición sin la que “algo” puede o no funcionar. Así, pues, los objetos de la psicopatología, por ejemplo, se presentan de manera reiteradamente cambiantes desde el momento de su aparición hasta su pretendida consecución definitiva. Su rápida desaparición depende, igualmente, de las nuevas manifestaciones psíquicas del hombre en contraste con sus perturbaciones y trastornos que son relevantes para determinar su *locura*. Estos nuevos objetos del discurso entran a valorar el discordante trasegar humano que se funda, igualmente, en ámbitos y relaciones distintos y muchas veces despreciados. Por eso, es importante la localización y análisis posterior de las actividades individuales que sugieren un mínimo de atención debido a su emergencia:

Sería preciso ante todo localizar las superficies primeras de su emergencia: mostrar dónde pueden surgir (...) según los grados de racionalización, los códigos conceptuales y los tipos de teoría, recibirán el estatuto de enfermedad, de enajenación, de anomalía, de demencia, de neurosis o de psicosis (...) (Foucault, 2010, p. 58).

Hay que tener en cuenta –nos dice Foucault– que no todas las superficies de emergencia son iguales para todas las épocas y para todas las sociedades, pues, al presentarse diversas formas de discurso, las múltiples relaciones que de ello surjan van a ser posible un nuevo tipo de análisis. Sin embargo, el discurso siquiátrico, por ejemplo, tiene en cierta medida la posibilidad de delimitar su propio dominio de trabajo; dentro de su discurso lo vuelve objeto descriptible y nominable. No basta el hecho de recurrir a un estado de cosas real y tratar de comprender a partir de ahí su contenido, como intelección meramente empírica depositada en un acto locucionario de significados. Porque al admitir un retorno a la base empírica como proposición general de la ciencia natural, se estaría negando la posición del “espacio exterior” en consideración de una objetivación invariable e inmodificable. Si las cosas mismas tomadas como base de relación entre el sujeto y el objeto, no determinan por sí mismas ese complejo de relaciones, es precisamente porque el discurso en el que se fundamenta todo dominio y con éste su forma de conocimiento (*episteme*) está más allá de una simple denominación lingüística.

3. Karl Popper y la predicción en la historia

Es posible que la interpretación que se hace de una investigación a propósito de un tema específico, no siempre termine arrojando los resultados esperados; bastaría con recurrir a un esclarecimiento puntual de lo que puede llegar a significar el obtener resultados favorables, vale decir, también, positivos. En esta idea, asumiendo que la investigación es un rasgo meramente humano, se hace evidente la intención de poner en funcionamiento un principio rector que establezca, a su vez, parámetros regulares en su funcionamiento. Es propiamente característico en este tipo de postura delimitar lo que necesaria y funcionalmente puede brindar sosiego a las continuas incertidumbres.

Hay que resaltar, de igual modo, las infinitas veces en que la necesidad de obtener resultados favorables, involucra, a su vez, nuevas incertidumbres que, manejadas desde un constructo metodológico pertinente, le otorga validez al modo específico de abordarlas. Esto es, lo que en definitiva, distingue al conocimiento humano de otro tipo de prácticas; que, aunque comprometen todo el trasegar humano, no necesariamente se le puede aplicar unos niveles estrictos de indagación. Para ello, la singularidad de ciertas disciplinas especializadas, recurren a un método específico, el cual, dentro de sus propósitos, está el poder establecer e instaurar nuevo conocimiento sobre la base de una regularidad en el que ha sido puesto a prueba.

Si nos remitimos a lo anterior, estamos hablando de un desarrollo y progreso especial de racionalidad. En efecto, es la racionalidad científica que, en todo su vigor, esplendor y desarrollo, nos ofrece un modelo que nos sitúa en lo más grande del avance cognoscitivo: “La racionalidad permite que el progreso científico se efectúe no sólo por la acumulación gradual de resultados, sino también por revoluciones” (Bunge, 1996, p. 34). El objetivo principal de estas revoluciones va a ser el de buscar siempre sustituir las hipótesis, aceptadas hasta el momento, por nuevos axiomas que premitan el perfeccionamiento de una teoría específica. En ese sentido, es totalmente lícito decir que la ciencia avanza gracias a este tipo de dinámica que comporta su proceder, reemplazando teorías aceptadas como eficaces por nuevos sistemas teóricos. Esto es a lo que Kuhn (2004) denomina *ciencia normal* en tanto que se basa en logros científicos pasados que, a su vez, le permiten a una comunidad científica avanzar en sus postulados epistemológicos.

El modelo adoptado por la ciencia natural tipifica en su trabajo postulados que se asemejan a los contenidos por la física y a su vez por la matemática; esto permite otorgar, más que precisión, una validez que se vislumbra como universal. De este modo, al igual que estas disciplinas en particular, el método de la ciencia establece para su estructura el mismo contenido lógico-formal, es decir, las respuestas que se esperan de la aplicación de ese modelo sobre los fenómenos naturales deben ser *exactas*. Es a partir de aquí que sobreviene la discusión sobre el verdadero papel que juegan las investigaciones que son formuladas desde estos aspectos y comportan para sí características especiales. Desde esta perspectiva se toma en cuenta este modelo que, en realidad, va de la mano con el avance y los propósitos previstos para ello. Desde estos postulados formales se empieza a configurar lo que la epistemología de las ciencias estima como progreso; dados los resultados favorables, es menester generalizar su manera de proceder.

Hay una estimación que se antoja relevante en la medida en que las ciencias de la naturaleza utilizan su método para propiciar una formalidad que se convierta en el mejor aliado del progreso técnico y científico. En consecuencia, aquellos presupuestos epistemológicos –o, por lo menos, los que presumen de serlo– que estén por fuera de los parámetros exigidos por esta regularidad, no serán tenidos en cuenta como legítimos forjadores de conocimiento y progreso. No se debe olvidar que esta preferencia ha sido designada por el propio conocimiento humano como su más fuerte aliado de validez y seguridad en la aplicación de métodos que aseguren, de la mejor forma posible, conocimiento verdadero. Este tipo de discusión ya es clásica en la historia del pensamiento, baste con recordar el misterioso ejemplo que formula Platón (427 – 347 A.C.) en libro VII de la República en donde describe la escena de lo que parece ser la ignorancia y el camino para salir de ella. Donde unos hombres privados de su libertad no ven otra cosa que sombras y aparentes reflejos de la realidad. Inhabilitados sus movimientos, disminuidas sus fuerzas por las ataduras (la ignorancia) no tienen otro remedio que concebir y aceptar lo que se representa como único y verdadero: “(...) los tales [los hombres] no tendrán por real ninguna otra cosa más que las sombras de los objetos fabricados” (Platón, 1993, p. 324).

El parangón que se hace entre la ignorancia (*δόξα*) y el conocimiento (*ἐπιστήμη*) refiere al camino «vulgar» de lo fenoménico que comporta la opinión de los hombres en la

inmediatez de su existencia; en tanto que el conocimiento científico debe procurar la relación con el mundo ideal (mundo de las ideas platónicas) para asegurar que el conocimiento no sea mero reflejo de la realidad. Si tomaros este ejemplo al pie de la letra estaríamos hablando de la posibilidad de alcanzar las ideas perfectas de la realidad pero, sin la realidad misma; ocasión ésta que nos obliga a convocar todo un circuito metodológico dispuesto sólo para alejar la *empíria* del *topos uranus*.

Ahora bien, con la idea central de este tipo de investigaciones que utilizan para ello el modelo de la ciencia natural, es cuestionable el hecho de que, en su mayoría, toda investigación que se lleve a cabo debe pretender alcanzar resultados verificables: bien sea por la rigurosidad en sus proposiciones o en la veracidad de su puesta a prueba mediante la experiencia, es decir, bajo estricta experimentación. Son estos niveles, entonces, los que, en adelante, van a asegurar la producción y permanencia de conocimiento científico. Tal parece que dicha pretensión se hace manifiesta en el interés por vincular su proceder en las ciencias sociales específicamente. A esto se refiere el problema de la explicación en la historia que pretende adoptar y hacer extensivo el modelo que utilizan la ciencias naturales para obtener resultados parecidos.

Es preciso hablar de esta discusión a luz de los aportes que al respecto hace Karl Popper cuando hace referencia a la posibilidad de que, desde las ciencias sociales, es posible realizar una epistemología racional. Desde su postura epistemológica veremos si es factible su apuesta por el llamado indeterminismo, en contraposición a los postulados de una ciencia unificada. De igual manera, cuando se refiere a la causalidad y el determinismo deja entrever la distinción entre los sucesos predecibles y los que no lo son desde las percepciones de primera mano y el conocimiento científico más elaborado. Asimismo, en las tesis antinaturalistas y pronaturalistas, hace la diferencia entre las leyes físicas y su aplicabilidad a la sociología como normas inalterables y la posibilidad de hallar algo cambiante en la sociología misma lo cual es posible desde la novedad.

3.1. Determinismo e indeterminismo

Hay que tener en cuenta un aspecto que se utiliza muy a menudo toda vez que se quiera saber algo que no es conocido: nos referimos a las intuiciones que nos permiten, de alguna manera, acercarnos a ciertos grados de veracidad tanto en sentido natural (fenómenos

de la naturaleza) como en sentido humano (existencia de los hombres y su devenir). La búsqueda de referentes *empíricos* o *racionales* para encontrar veracidad en las cosas dan paso a lo que se ha podido denominar como libre albedrío, en la medida en que puede manifestar, un derrotero para allanar ese tipo de cuestiones. De tal suerte, las llamadas intuiciones obedecen principalmente al «sentido común» que todos los seres humanos poseemos y utilizamos de forma libertaria. Partiendo de esta idea, el argumento crítico contra el sentido común utilizado muchas veces por filósofos y científicos para salvaguardar la verdad, cobra relevancia en tanto se circunscribe como fundamento característico del determinismo. Por ello, se hace necesario examinar la validez de esos argumentos en favor del llamado «determinismo científico».

La definición que de ello da Karl Popper (1902-1994) en este sentido, proporciona una tesis interesante para indagar de fondo aspectos fundamentales sobre la inclusión de leyes particulares, desde el campo racional, en la estructura natural:

(...) la doctrina de que la estructura del mundo es tal que cualquier suceso puede ser racionalmente predicho, con cualquier grado de precisión que se desee, si contamos con una descripción suficientemente precisa de los sucesos pasados junto con todas las leyes de la naturaleza (Popper, 1994, p. 25).

El problema se hace pertinente ya que los abanderados de la física cuántica, al decir de Popper, afirman que la física clásica entraña lo que él llama determinismo científico. De ahí, sobreviene la idea de que, con la física cuántica, se ha de dejar de lado la física clásica y su consecuencia determinista. Popper, en cambio, intenta demostrar que la física clásica no impone una doctrina determinista sobre el mundo. La crítica al determinismo la abordará desde la teoría de las ciencias físicas y biológicas. Para este propósito, Popper retoma en síntesis palabras pronunciadas por Moritz Schlick:

Puesto que esta suposición de que todos los sucesos están sometidos a las leyes universales se describe, normalmente, como el principio de la causalidad universal, puedo expresar [mi tesis] de esta manera: Toda ciencia presupone el principio de la causalidad universal (...) (Popper, 1994, p. 25).

En conclusión, el principio de *causalidad* es equivalente a la tesis del determinismo. En ese sentido, es apreciable empíricamente para todos los sucesos pero, no para absolutamente todos. Una expresión clara de ello, la podemos encontrar si observamos, como ejemplo, el determinismo religioso, científico y metafísico. El determinismo reposa, entonces, en una idea intuitiva que se resume concibiendo al mundo como una película de cine: “La fotografía o la escena que está proyectándose en el presente” (Popper, 1994, p. 28). Entonces, el pasado consistiría en las partes de la película que ya se proyectaron y, el futuro, las que aún no. De tal suerte, que en esta película el futuro coexiste con el pasado, y el futuro está fijado exactamente en el mismo sentido que el pasado. De aquí se sigue, que el espectador no conozca el pasado, pero quizá todo suceso futuro se podrá conocer con certeza al igual que el pasado. Esto se debe a que su existencia se encuentra en el mismo sentido que el pasado. Esto equivaldría a decir, que el futuro se nos muestra tal y como se configura en un presente dado pero cuyo instante escénico es ya obra del pasado. Por lo general, quien configura el futuro y, es más, lo conoce, es el director de la película. Él, es quien nos presenta su [creación] del mundo.

Ahora bien, la idea de determinismo en este sentido nos lleva a pensar que quizá posea un origen religioso –lo cual implica, directamente, una idea de omnipotencia–, con el poder total para determinar el futuro, además de la divina omnisciencia que nos dice que el futuro es conocido igualmente por Dios. El futuro de los hombres, en este caso, es cognoscible y fijado con antelación por un ser concebido como humanamente específico o ¿metafísico? Sin embargo, Popper, afirma que la doctrina de la omnipotencia divina trae problemas. Primero, porque no se sabe si ésta implica poder sobre el pasado o sólo en el futuro; segundo, con el determinismo, si se hace una distinción entre pasado y futuro, pues esta idea fija supone una sola dirección. La omnisciencia divina también queda en entredicho, porque si Dios conoce todo, conoce entonces el futuro el cual ya está fijado y es inalterable incluso por él mismo. De esta manera, se puede caracterizar la plegaria que el hombre creyente eleva hacia Dios, para la buena fortuna y el buen destino. Es decir, pedirle a una deidad que cambie “algo” de lo cual ya se está predestinado.

Sin embargo, es necesario que se apueste por el determinismo científico ya que históricamente –y esto se puede ver en la obra de Copérnico– el hombre nunca ha cesado de

preguntar por su existencia y el mundo que lo rodea. Esto implica, principalmente, que la idea de Dios sea sustituida por la idea de naturaleza y, asimismo, la ley divina por la ley natural. De la misma manera como la idea de Dios se concebía omnipotente y omnisciente, ‘la ley de la naturaleza’ todo lo fija de antemano. Pero, hay una diferencia que distancia al hombre de la divinidad; en tanto que Dios es inescrutable y sólo se puede conocer por revelación, la naturaleza, por el contrario, va hacer indagada desde la razón humana.

La experiencia humana, en este caso, es imprescindible toda vez que se trate de buscar las leyes de la naturaleza. De aquí que los métodos racionales por medio de los cuales aprehendemos las leyes del universo nos garanticen, de ahora en adelante, la *predicción* del futuro. Por tanto, la doctrina determinista asume: “Que todo suceso en el mundo está predeterminado: si hay un sólo suceso (futuro) que no esté predeterminado, hay que rechazar el determinismo y el indeterminismo es verdadero” (Popper, 1994, p. 29). Por ello, el cálculo en términos de medición (espacio–tiempo) y fórmulas cuantificadoras (masa–volumen–área), otorgan sentido y claridad a las leyes naturales. Así, en favor del determinismo científico podemos decir de su idea fundamental que se encuentra estructurada al mundo a partir del cálculo de los sucesos futuros, que de ser éstos conocidos racionalmente –como fundamento de las leyes de la naturaleza– se puede mirar al mismo tiempo al pasado y al futuro.

Pareciera entonces que el determinismo científico es una transferencia del determinismo religioso porque procura extender su validez de *eternidad* (perennidad) pero, esta vez, bajo los presupuestos naturalistas y racionales. Pero, más allá de usurpar una concepción religiosa, se trata más bien de diferenciar, de manera más aplicada, la concepción del mundo que se obtiene a partir del sentido común. Se presentan así los *sucesos predictibles* y los *sucesos impredecibles*. Ejemplos claros para los primeros, el cambio de las estaciones, el movimiento diario y anual del sol y de las estrellas fijas, o el funcionamiento del reloj. Para los segundos, los caprichos del tiempo y el comportamiento de las nubes. Relojes y nubes que connotan de inmediato una situación diferente. Pero, sucede aquí, que tal diferencia, en *apariencia*, sólo estaría sustentada por el estado insatisfecho de nuestro conocimiento. Se sigue, que la diferencia entre el alcance de predicción para ambos casos se unifique. Así, lo que se sabe de relojes también es posible saberlo en las nubes. Presupuesto éste que originó uno de los avances científicos teniendo como convicción el conocimiento de

una predicción a propósito del movimiento de los planetas. Precisamente, a esto se debe el éxito de Kepler y sus leyes, al igual que la dinámica de los cielos de Newton. Su éxito y capacidad de predicción fue tal que condujo de inmediato a la aceptación del determinismo científico de manera universal en tiempos modernos.

De otro lado, como ejemplo, la doctrina del determinismo metafísico nos dice que los sucesos de este mundo son fijados, inalterables o predeterminados. Pero: “No afirma que sean conocidos por nadie; o predictibles por medios científicos” (Popper, 1994, p. 31). Esta concepción alude igualmente a que el pasado no puede cambiarse y lo mismo sucede con el futuro, siendo éstos inmutables. Pero este determinismo metafísico no es susceptible de ser contrastado, debido a que éste escapa al conocimiento humano. Por tanto, pueden suceder cambios en el mundo que nos sorprendan pero el futuro seguirá estando igualmente predeterminado. Vemos entonces, que la falta de *contrastabilidad* implica falta de “contenido empírico”; Popper (1994) manifiesta que éste es un presupuesto lógicamente débil. Así el determinismo metafísico, por su debilidad, es implicado tanto por el determinismo religioso, como por el “científico”, y puede decirse de él que contiene sólo lo que es común a las diversas teorías deterministas.

3.2. Causalidad y Determinismo

Se puede asumir a partir de lo anterior una distinción clara entre sucesos predictibles e impredecibles, lo cual implica al sentido común (*prima facie*). Así pues, el ejemplo sobre la predicción o impredeción –los relojes y nubes– se consideran sólo dentro del determinismo científico. Sin embargo, otra forma de ser abordado es lo que el sentido común ha denominado «causalidad». Por tanto: “Siempre podemos preguntar, de todo suceso, por qué ocurrió, y de toda pregunta tal de-por-qué, siempre podemos obtener, en principio, una respuesta que nos ilumine” (Popper, 1994, p. 32). Ha de pensarse, entonces, en un suceso cuya acción se encuentra determinada por una causa que antecede al mismo suceso. Es decir, que el suceso, estando él mismo determinado, confluye dicha determinación a partir de un suceso previo causado. Aquí mismo, es indispensable distinguir el alcance del sentido común y en dónde empieza el considerado determinismo científico. Las preguntas más típicas con respecto al sentido común son en las que intervienen un ‘por-qué’ a lo cual hay respuestas de la misma índole. ¿Por qué almacenan miel las abejas? Respuesta: «porque la necesitan para

comer en invierno». ¿Por qué hay eclipse de luna hoy? Respuesta: «porque hoy la tierra está entre el sol y la luna, de forma que su sombra cae sobre la luna» (Popper, 1994). Todavía no hay un enunciado teórico que permita predecir un hecho tal como almacenar miel pero, si, el que haya un eclipse a futuro. Otra aclaración que se hace pertinente es la referida a la clase de preguntas que a menudo hacen los niños cargadas todas de un «por-qué». Ese tipo de respuestas las podemos dar en la inmediatez del tipo de pregunta, es decir, al niño no le interesa *qué* es sino *cómo* es, por lo tanto siempre respondemos a partir de una cadena causal.

Sin embargo, Popper, afirma que: “El hecho de que siempre podamos hacer preguntas de-por-qué, y de que siempre podamos obtener repuestas pertinentes, no tiene pues en sí mismo, nada que ver con el determinismo, sea «científico» o de otro tipo” (1994, p. 33). Surge, entonces, la necesidad de una teoría más sofisticada. Por tal razón, las respuestas de-por-qué deben consistir de ahora en adelante en condiciones iniciales (causas) a partir de las cuales los hechos a explicar puedan ser deducidos lógicamente si se conocen las leyes iniciales pertinentes. Con esto, conseguimos delimitar, para nuestro propósito, una teoría que se va convirtiendo en sofisticada, pero hasta ahora –y que quede en claro– no se ha podido instaurar lo que de alguna manera ronda en el pensamiento: fijar una “ley de causalidad universal”. Partiendo de dicha ley, podemos dar respuesta a ciertos interrogantes que en principio necesitan estar sujetos a una estructura causal que permita esclarecerlos. Se pone de manifiesto que cualquier tipo de aserción causal (condición inicial) nos brinda la posibilidad de encontrar la *causa* de nuestras suposiciones. Dado este proceso aparente de conocer la causa inicial, de ninguna forma nos asegura que es un determinismo científico en su expresión sofisticada. La idea misma de *sucesos* en términos del sentido común, proporcionan exclusivamente una aserción *cualitativa*. No obstante, el determinismo científico exige de alguna manera una predicción que está mucho más allá de la idea de sentido común de la causalidad universal. Además, las causas (iniciales) no se nos presentan de manera absolutamente precisas, de ahí que el grado de veracidad sea impreciso. Por lo tanto, lo fundamental en el determinismo científico es que: “Exige la capacidad de predecir todo suceso con cualquiera que sea el grado de precisión” (Popper, 1994, p. 34). Pero todo no puede expresarse de forma unívoca. A decir de las causas que preceden al hecho, la teoría en cuestión, cualquiera que ésta sea, encargada de la predicción, tendrá que dar razón de su éxito o de su fracaso. Por eso, el poder de dar razón a propósito de una teoría queda en sus

inicios inescrutable pero a la vez admisible. Lo primero, porque no conocemos con precisión la veracidad de los datos iniciales; lo segundo, porque es lo único que nos acerca y nos permite acceder a un conocimiento más sofisticado.

3.2.1. El argumento determinista

De tal manera, si adoptamos ahora mismo una visión determinista del mundo nos vemos volcados de inmediato a argumentar –en el sentido que lo exige el determinismo científico– nuestras proposiciones al respecto desde una base estrictamente empírica. Si tomamos en cuenta lo que Popper (1994) dice al respecto, nuestra “convicción previa” ante el mundo físico cambiaría de sentido o acaso no lo tendría. “En un mundo físico determinista está claro que no hay espacio para un comportamiento indeterminista; porque todo comportamiento consiste en sucesos dentro del mundo físico” (p.48). Si nuestra consciencia se halla configurada desde un mundo físico que se supone determinista, los espacios a los cuales escapa, a esa determinación, la integrarían específicamente en el sistema-mundo-físico-determinista.

¿Qué nos queda ahora? exigir de la física una constitución exacta y constante que determine, a futuro, las posibles predicciones de los hechos circundantes. Por ello, se puede tomar en consideración tanto la física clásica como la física cuántica. La primera, comprendida por las teorías de Newton, Maxwell y hasta Einstein, es declarada por la segunda, como determinista; en tanto que la cuántica es indeterminista. Pero, mantengamos, en la medida de lo posible, una distancia clara entre las dos. “La teoría cuántica es una teoría de probabilidades mientras la física clásica tiene un carácter diferente” (Popper, 1994, p. 52). De esta manera, la característica principal de la física clásica como determinista *prima facie*, será analizada por Popper a partir del argumento conocido como el demonio de Laplace:

Laplace creía que el mundo consistía en corpúsculos que actuaban unos sobre otros según la dinámica de Newton, y que un conocimiento completo y preciso del estado inicial del sistema del mundo en un instante del tiempo sería suficiente para deducir su estado en cualquier otro instante” (Popper, 1994, p.52).

Para entender lo anterior, pongamos en evidencia lo que compromete un estado newtoniano. Éste, sólo es posible cuando las condiciones iniciales son completas, por

ejemplo: las posiciones, masas, velocidades y direcciones del movimiento de todas sus partículas. Si se tiene un conocimiento de esta magnitud estaríamos hablando de un ser sobrehumano. La inteligencia sobrehumana, en este caso, puede develar las condiciones iniciales del sistema-mundo en un tiempo cualquiera. De esta manera, se podrían agrupar, en aras del determinismo, las condiciones iniciales –que ya serían exactas– con las leyes de la naturaleza –las ecuaciones de la mecánica– para determinar el futuro que estaría implícito en el pasado. Es preciso aclarar que, esta perfección sobrehumana, para nada tiene que ver con la idea de un Dios omnisciente, sólo se trata de sostener la idea de un supercientífico.

Ahora bien, más allá de la idealización de un científico humano, Popper manifiesta que:

Una teoría física es determinista *prima facie* sí, y sólo sí, nos permite deducir, a partir de una descripción matemáticamente exacta del estado inicial de un sistema físico cerrado que se describe en términos de la teoría, la descripción, con cualquiera que sea el grado finito de precisión estipulado, del estado del sistema en cualquier instante dado del futuro (1994, p. 54).

De la misma manera, la definición anterior no va a exigir predicciones en el sentido matemático exacto. Así, teniendo al determinismo de nuestro lado, si se es científico determinista declarado, podemos determinar en el buen sentido, una predicción del futuro racionalmente exacta. Cuestión ésta que sólo la puede proporcionar el conocimiento verdadero y preciso de las condiciones iniciales pasadas y presentes. De aquí, se define, precisamente, que el futuro a partir de este momento se dé por «determinación». Pero vayamos precisando lo antes dicho: el éxito (por así decir) de la ciencia humana se erige en el determinismo; o también: El determinismo «científico» debe aparecer como el resultado del éxito de la ciencia empírica o, al menos, apoyado por ella, Popper (1994). Precisamente, aquí surge algo que es oportuno aclarar, a saber, el concepto de física determinista. Hasta el momento hemos mencionado el determinismo *prima facie* y el determinismo científico. Ahora, lo que se trata es de diferenciarlos. “Al afirmar el primero, siempre afirmamos de una teoría que tiene una determinada propiedad. Al afirmar el segundo, afirmamos del mundo que tiene una determinada propiedad” (Popper, 1994, p. 60). Esto explica que si una teoría es admitida sólo dará cuenta de ciertas propiedades del mundo (no de todas) y más aún, *no*

implica que para cada teoría con esta pretensión le correspondan hechos específicos. En el caso de Newton, podemos apreciar que su teoría (*prima facie*) no significa determinismo científico y eso es contrastable porque en ningún momento demostró que todos los sucesos físicos correspondieran [se subsumieran] a su mecánica. Con todo, podemos admitir que sólo es posiblemente pensable la idea del determinismo científico si tenemos a nuestro favor y, más que eso, a nuestra disposición, un sistema completo y comprensivo de física capaz de predecir todos los sucesos físicos.

3.2.2. Indeterminismo y libertad

No obstante, sin menospreciar toda la obra racional humana en favor del avance científico, cobra relevancia el indeterminismo que alude específicamente a la libertad, la creatividad y la racionalidad del género humano. Por tal razón, el determinismo se queda corto —o carece de fundamento— cuando intentamos abordar las intuiciones mismas de los hombres. Una de ellas es caracterizada como la creación humana. Más allá de un orden estrictamente lógico y exacto, la creación, en este sentido, escapa a cualquier tipología de «condición inicial» que se le confiera. De esta manera, se podría decir que lo humano escapa precisamente de lo humano, y esto referido a la afirmación de Popper de que nuestras teorías científicas son como invenciones nuevas: “Redes creadas para atrapar el mundo” (1994, p. 65).

Si tomamos por caso las invenciones de los poetas, por ejemplo, no encuentran similitud ni se justifican dentro de los parámetros físicos deterministas. Lo máximo que podemos hacer es contrastar las teorías —a propósito de un suceso— para dar cuenta de la posibilidad que ésta promete hacia el alcance de la verdad. El determinismo científico como posibilidad de aprehender lógica y matemáticamente la estructura del mundo, rápidamente nos ofrece a diario aproximaciones de la realidad. Por ello, dice Popper (1994) “nuestras teorías reflejan nuestra falibilidad”. El carácter determinista aborda explícitamente la conexión “causal física” de los sucesos (hechos) precedentes y posteriores de una imagen viva del mundo que se supone conocida, así la interpretación y con ésta la re-interpretación de lo complejo físico-natural se representa en *conceptos* por medio de (nuestras) teorías científicas. Nuestras teorías, sin embargo, son simples descripciones del mundo y cada vez se aproximan a un grado de verdad anhelado en procura de tener una interpretación más

precisa. Si miramos que una condición inicial entraña exactitud por obtener aserciones de la realidad en contenido matemático, suponemos que ya tenemos una directriz que media entre lo complejo del mundo y nuestra simple forma de enfrentarlo y abordarlo. Es claro: no hay que ignorar que ciertas posibilidades de abordar ese mundo complejo encuentran correspondencia con la realidad. Pero no olvidemos que hay que dejar de lado todo tipo de sobrestimación teórica y científica, por el mismo hecho de reconocer la falibilidad teórica humana que cada vez cae en la cuenta de *no* conocerlo todo.

Pese a ello, el género humano persevera por la descripción y el conocimiento del *todo* y qué mejor aliado que la ciencia para hacerlo:

El mundo, tal y como lo conocemos, es enormemente complejo; y, aunque pueda tener aspectos estructurales que sean simples en un sentido u otro, la simplicidad de algunas de nuestras teorías –que son nuestra propia creación– no entraña la simplicidad intrínseca del mundo” (Popper, 1994, p. 66).

Sin embargo, entre lo simple y lo complejo podemos admitir que una sencilla descripción cuantitativa de los sucesos físicos constituye para nosotros “raíces de certeza”. Una vez arraigada la seguridad a ciegas en esta hacedora de certidumbres se agota la búsqueda porque hay certidumbres oficialmente reconocidas, y sólo a partir de ese momento el conocimiento mismo se puede presentar reiterativo. A partir de aquí, se enfatiza, únicamente, en la forma en cómo se puedan perfeccionar cada vez más las aproximaciones predictivas de la física determinista en relación a hechos reales. La razón, en particular, es la base sólida de todo intento de racionalizar lo indeterminado, de racionalizar los sucesos y cambios físicos del mundo. Pero este modelo científico físico-determinista ¿es capaz de abarcarlo todo? Retomemos entonces lo mencionado líneas atrás a propósito del indeterminismo de las *facultades humanas*.

3.2.3. Causalidad y libertad

Todo intento de reduccionismo científico fracasa por sí mismo cuando se intenta emplear sus categorías formales en las *causas* humanas tan disímiles entre sí. Pongamos en juego, entonces, lo que la razón intenta abarcar. Si bien es cierto que la predicción física puede, de algún modo, determinar la acción futura de los hechos naturales, éstos a su vez,

son predeterminados por leyes físico-matemáticas que la razón humana emplea para su descripción. Del mismo modo, al sabernos determinados como seres humanos nos encontramos sujetos a una ley de causalidad que ha sido configurada bajo límites racionales. Por ello, esta ley establece desde el pasado una determinación que soportamos en el presente, siendo el hombre consciente –aunque no todas las veces– que su instancia ‘aquí y ahora’ compromete lugares espacio-temporales. Pero todo no termina ahí debido a que esa “sujeción causal” que otorga lineamientos a la existencia humana, se puede concebir desde la misma razón como no-causal en el sentido propiamente dicho.

Lo anterior, nos puede llevar a pensar la causalidad de dos formas. Una tesis que pone indeterminación a lo determinado y una antítesis a favor del determinismo:

Tesis: La causalidad según leyes de la naturaleza no es la única de la que se pueden derivar los fenómenos todos del mundo. Para explicar éstos nos hace falta otra causalidad por libertad. Antítesis: No hay libertad. Todo cuanto sucede en el mundo se desarrolla exclusivamente según leyes de la naturaleza (Kant, 1998, p. 407).

La tesis afirma una absoluta espontaneidad causal que, por sí misma, crea una serie de fenómenos; en tanto que la antítesis, presupone un estado de cosas que se dan en el mundo de forma sucesiva. Todos los fenómenos descritos y abordados bajo la aprehensión tutelar de las leyes naturales, necesitan ser afirmados desde la concepción *a priori* que determine sus causas. Por ello, el preguntarse si antes de B y C está A no es en esencia lo que define la cadena causal. Sin embargo, las leyes naturales de acuerdo a su universalidad ilimitada, afirman consecuencias que inevitablemente se suceden una tras otra. De aquí, surge la necesidad de *otra* causalidad que se define como una libertad trascendental (Kant, 1998).

Si tenemos en cuenta el inicio mismo de una causa cualquiera determinamos de inmediato que hubo un instante precedente mucho antes de que ésta ocurriera, y así la sucesión es continua y universal. Pero, si pensamos en un instante el cual no ha de definirse ni comprenderse por una secuencia dada (determinada) sino que la inicia el hombre a través de su libertad incondicionada (indeterminada) podemos hablar, en lo posible, de que algo es espontáneo y absoluto en sí mismo. De inmediato, pensamos, entonces, en la posibilidad de una acción humana que no esté contenida en el presupuesto espacio-temporal de nuestra existencia tal y como lo concibe la estructura físico-natural; sino que escapa de alguna

manera de su tutela. De ahí que los diferentes hechos humanos, las más de las veces, son imputados a la determinación natural, y por qué no, a la predestinación divina, sin que se tome en serio el momento preciso en donde tuvo inicio tal acción o una serie de ellos. La imposición causal de la cual es prisionero (víctima) el sujeto, tiende abiertamente a romperse –se interrumpe el curso– a debilitarse, porque el campo en donde se desarrolla su vida (espacio-tiempo delimitado) no le satisface.

Es claro que no podemos alterar el desarrollo normal-natural de los sujetos; es decir, reconocemos que el proceso vital es acompañado a su vez, por procesos físico-químicos, neurológicos y biológicos que tienen lugar desde el nacimiento del sujeto hasta su madurez, vejez y muerte. Pareciera, entonces, que esa aterradora realidad provoca menoscabo en la razón misma. Pero, son precisamente esos lineamientos causales los que permiten pensar otra causalidad que está fuera del alcance de lo empíricamente dado. Por ello, debemos configurar, los mismos hombres, una idea que está allende del *concepto* que nos otorga el conocimiento científico. De entrada hay un problema, si tenemos en cuenta que el conocimiento científico observa y experimenta, intuye y emite conceptos de los hechos dados. En tanto que la idea que fundamenta la *otra* causalidad por libertad, carece totalmente de contenidos empíricos para explicarla. Si no es de un modo concreto y preciso con el cual aprehendemos esa causalidad, estaremos hablando, entonces, de especulaciones metafísicas o de ilusiones místicas:

Es el territorio de la verdad -un nombre atractivo- y está rodeado por un océano ancho y borrasco, verdadera patria de la ilusión, donde algunas nieblas y algunos hielos que se deshacen prontamente producen la apariencia de nuevas tierras y engañan una y otra vez con vanas esperanzas al navegante ansioso de descubrimientos, llevándolo a aventuras que nunca es capaz de abandonar, pero que tampoco puede concluir jamás (Kant, 1998, p. 259).

El hombre, ansía conocerlo todo e intenta saberlo todo, en un mar tan impredecible como la existencia misma; pero el conocimiento natural (conocimiento científico) allana sólo una pequeña parte. La idea del mundo de los *noúmenos* de Kant, por así decir, no tiene consistencia por sí misma en términos comparativos con respecto a las leyes naturales. Pero,

muy a su pesar, las “cosas en sí mismas” se salvaguardan en la razón, así ciertos reduccionismos traten de descalificarlas.

3.3. Antinaturalismo y pronaturalismo

Tomando la invariabilidad del universo como punto de partida de las leyes físicas o naturales, es apreciable que son inaplicables en la sociología. Esto sucede, precisamente, porque estas leyes sólo determinan la permanencia espacio-tiempo del universo que obedecen, por sus mismas características, a un estado estático. Las leyes de la sociología o leyes de la vida social representan todo lo contrario: “(...) difieren en lugares y periodos diferentes”. Se afirma entonces: “(...) que la relatividad histórica de las leyes sociales hace que la mayoría de los métodos de la física sean inaplicables a la sociología” (Popper, 1984, pp. 19 y 20). Como las leyes de la física tienden a la uniformidad, es por ello que su posible éxito sea generalizado. Esta posibilidad de generalización supone que, como ciencias físicas, logren determinar una uniformidad general de la naturaleza. En este sentido, la observación, como herramienta necesaria de su experimento, procura extraer datos importantes que permitan asegurar que en ciertas circunstancias semejantes ocurran cosas semejantes. Se supone así que un hecho es repetitivo en tanto se dé en condiciones semejantes cuando tuvo lugar por vez primera en una suerte de movimiento repetitivo.

Sin embargo, para el caso de la sociología, estas circunstancias no son las mismas debido a que estas semejanzas sólo se dan en ciertos periodos de la historia (no para todos es común). En concreto, no encontramos en la sociedad uniformidades a largo plazo en las que se puedan apoyar generalizaciones a largo plazo. De esta manera, la cuestión principal que se vislumbra es la posibilidad de tratar los problemas de las ciencias sociales de la misma forma como se hace en física. El riesgo que se corre en favor de una generalización científica social (o pseudocientífica, dado el caso) es enorme. Si se llegara a tratar de manera determinada todo el orden social, éste quedaría relegado a una sucesión continua proyectada al infinito; hecho éste que negaría radicalmente todo desarrollo de la sociedad que compromete pequeños y grandes estratos que vincula la actividad humana como la fuerza que los cambia, cada uno con diferentes períodos temporales y circunstancias que los identifiquen.

3.3.1. La novedad como categoría sociológica

Por eso es necesario distinguir en qué medida –en términos de alcance– una teoría social así diseñada es capaz de soportar un proceder experimental. La física, en particular, utiliza elementos aislados (artificiales) de toda realidad, así como el proceder continuo y repetitivo en función de su experimentación. Las cosas semejantes que se presentan en la *historia* no son susceptibles de experimentos aislados, debido a la complejidad que los mismos hechos representan por ser socialmente problemáticos. “Los experimentos sociológicos a gran escala nunca son experimentos en el sentido físico. No están hechos para hacer progresar al conocimiento como tal, sino para conseguir el éxito político” (Popper, 1984, p. 23). Se puede entrever que, dada la complejidad del tejido social, los experimentos sociológicos (cuya intención es reducir al mínimo lo problemático), cierran el horizonte de análisis tanto teórico como práctico. Un hecho aislado de raigambre puramente social tiene que ser comprendido desde la raíz misma en la cual surgió, es decir, en ningún momento ha de realizarse una especie de laboratorio para determinar su complejidad, su dinámica y su realización a futuro. No se puede mirar a estos hechos a través de un vidrio de observaciones ni se los puede aislar para llevar a cabo una «experiencia» social *in vitro*. Si tomamos como ejemplo la historia vital de los seres humanos, ésta no ha de *resumirse* ni agotarse en simples sucesiones de hechos condicionados por su periodo histórico; confluyen aquí, además de las condiciones aparentemente visibles (dentro del entramado que ha sido llamado lo social), otras condiciones –sí es que lo son– que resaltan lo intrínsecamente imputable a los sujetos.

Surge, entonces, –en criterio de Popper– un concepto que nos permite entender de manera más clara lo referido a la física y la sociología: la novedad. En este sentido, ésta se refiere sobre aquellos organismos que intrínsecamente hacen posible la creación de algo nuevo; confrontada de esta manera con lo habitual que sigue reproduciendo lo específicamente dado. En estas categorías es en donde se circunscriben la física y la sociología respectivamente, y se puede distinguir a partir de esto, que lo *repetido* no se compara con lo *original*, pero sin embargo, guarda cierto grado de novedad en tanto que las experiencias dadas se repiten continuamente pero con consecuencias diferentes. Podemos decir, entonces, que la novedad en física es meramente de arreglos o combinaciones; en oposición directa, la novedad social, como la novedad biológica, es una novedad de tipo intrínseco según el historicismo. La importancia de la novedad radica en su ilimitada

manifestación de hechos y circunstancias de la sociedad que jamás podrán repetirse de manera sucesiva. La sociedad tiene experiencias y desde luego historia pero, no por ello, ciertas repeticiones parciales, como acontecimientos sociales, pueden fijar de antemano el futuro desde el pasado:

En física ⇒ La novedad ⇒ De arreglos o combinaciones (Se repite)

En lo social ⇒ La novedad ⇒ De tipo intrínseco (Nada se repite con precisión)

Dentro de la historia social habrá que esperar el surgimiento de sucesos de carácter intrínsecamente nuevo si se quiere abordar, en lo posible, una *caracterización* concreta de lo complejo. Pero, no podemos esperar que dicha caracterización nos proporcione un camino seguro para poder conocer la verdad de los acontecimientos. El mundo que describe la física no cambia y el que describe la sociología se desarrolla a cada momento. De acuerdo con esto: “El historicismo afirma que nada tiene mayor importancia que el nacimiento de un periodo realmente nuevo” (Popper, 1984, p. 25). No obstante, lo referido explícitamente a los periodos netamente nuevos que se afirman y constituyen con cada realidad social implica, a modo reiterativo, *complejidad*.

3.3.2. La predicción y la profecía histórica

La complejidad concibe la vida social como un fenómeno natural en el cual confluye tanto la vida mental (psicológica) de los individuos como la biológica, la química y la física; y es la sociología la que encarna la difícil tarea de concatenar todos esos postulados. Diversos factores implica la vida social, continuos antagonismos que dimensionan un avance que se presenta como tardío, en tanto que no guarda similitud con la ciencia natural. “(...) el historicismo se inclina a destacar la importancia de la predicción como una de las tareas de la ciencia” (Popper, 1984, p. 26); trata de *profetizar* para el caso de las ciencias sociales, un camino que debe ser recorrido por la sociedad pero que no cuenta aún con certezas suficientes para hacerlo. El complejo fenómeno que entraña las estructuras sociales, difieren en sí mismas cuando todo intento por entrecruzar –hacer conexión– entre dichas predicciones y la realidad, pone en eminente peligro la posible objetividad de una ciencia social. Esto implica, precisamente, que la profecía histórica carece de un orden lógico de ideas; es decir, este tipo de profecía sobrepasa el poder de la razón. Así, se pone al descubierto la tesis que Popper

discute en *La Miseria del Historicismo* (1984) con respecto al éxito de las ciencias sociales, las cuales, para tener algún valor han de ser proféticas.

Ahora bien, es cierto que el sociólogo se presenta de cierta manera como el encargado de explorar e investigar la complejidad social; no obstante, no queda al margen de lo observado porque él mismo hace parte del todo en donde se dan cita las *pluralidades* de los hombres. Parece que nos encontramos –sin parecer reiterativos– con la interacción o influencia mutua entre *sujeto y objeto*. Popper, advierte sobre esta cuestión: “Porque cuando las predilecciones e intereses tienen tanta influencia sobre el contenido de las predicciones y teorías científicas es muy dudoso que se pueda definir y evitar un prejuicio” (1984, p. 30). Por ello, un tipo de predicción que se gesta en la naturaleza de los hombres no permite, por muy neutral que se desee, mantener intactos los principios sociales que se develan como intrínsecamente propios de los sujetos. Sin embargo, pese a los muchos esfuerzos, los postulados antinaturalistas mantienen la premisa de que, en las ciencias sociales, no hay nada parecido a la objetividad ni mucho menos podemos encontrar la verdad tal y como sucede en la física.

Si bien es cierto que en las ciencias sociales nos encontramos con varias opiniones y puntos de vista, esto, a su vez, puede alentar el argumento historicista que promulga la inaplicabilidad de la objetividad y el ideal de verdad en dichas disciplinas. De tal suerte, hemos de permitir realizar, a razón de la objetividad, una abstracción que posibilite cierto tipo de tratamientos teóricos.

“Porque los objetos de la sociología, los grupos sociales, nunca deben ser considerados como meros agregados de personas” (Popper, 1984, p. 31). Podríamos pretender ser un poco suspicaces y sugerir que la ampliación de “agregados de personas” en la cita anterior, supone en rigor un acercamiento lo suficientemente expedito a la génesis misma de los grupos sociales. Esto equivaldría a decir, tal y como lo manifiesta Popper (1984), que “un grupo fundado por A y B tendrán un carácter diferente de un grupo que conste de los mismos miembros, pero ha sido fundado por B y C”. Así, pues, si a la *génesis* de los grupos sociales le sumamos el carácter diferente y variable de un determinado grupo, lo que conseguimos vislumbrar es su historia en particular, como agregado de hechos imputables sólo a ellos. Claro está, que el término “suma” aquí utilizado, no es un intento de

sobreponer de manera causal y determinada lo socialmente indeterminado. Más allá de ello, es que, si logramos dar cuenta de la situación específica de un grupo en particular, podremos decir que su estructura depende de su propia historia. Es obvio que para conocer las situaciones específicas en la sociedad, es importante poner en consideración lo intrínsecamente propio de los diferentes grupos sociales. Esto es lo que la doctrina antinaturalista del historicismo plantea con respecto a los grupos que encontramos en la sociedad: *intentar comprender intuitivamente su historia*. Es cierto que las propiedades intrínsecas de los grupos sociales y los sujetos como tal pueden hacer posible este *conocimiento*; sin embargo, estaremos hablando de un método que sea el apropiado para las ciencias sociales. Su uso, en materia de lo social, estaría diametralmente opuesto a la acostumbrada explicación causal presente en las ciencias naturales. De esta manera, encontramos que: “El punto de mira de la física es la explicación causal; el de la sociología, un comprensión de propósito y significado” (Popper, 1984, p. 34).

La física, como sabemos, intenta explicar los acontecimientos de modo cuantitativo por medio de fórmulas matemáticas. Mientras lo que caracteriza a la sociología es su intento por comprender los desarrollos históricos en términos más cualitativos. Es importante tener en cuenta las directrices, por así decir, que Popper menciona como indispensables –por no decir únicas– que se relacionan directamente con los *conflictos de tendencias y fines*, como las primeras; al igual que el *carácter nacional o el espíritu de la época*, como las segundas. Todo esto, claro está, involucra de manera directa y constante a la sociedad.

Vale la pena hacer una distinción al respecto para no confundir, si ese fuera el caso, el proceder de pretensión universal de la física con el antagónico proceder particular de la sociología: la física opera con *generalizaciones inductivas*; la sociología sólo puede operar mediante la ayuda de una *imaginación comprensiva*. La física llega a uniformidades universalmente válidas y puede explicar los acontecimientos particulares como ejemplos de esas uniformidades. La sociología, por el contrario, comprende intuitivamente los acontecimientos únicos y el papel que juegan en situaciones particulares, éstas, por supuesto, tienen ocurrencia dentro de particulares conflictos de intereses, tendencias y destinos (Popper, 1984). Sin embargo, a riesgo de ser universalmente válido, el concepto de generalización inductiva del que hace gala la física, propone e impone su particular punto de

vista como foco investigativo que dé cuenta de las particularidades para que sean aceptadas como uniformidades, producto de postulados inductivos de *explicación*. En la sociología, es posible encontrar variantes que distinguen su *compresión* intuitiva.

La primera de ellas tiene que ver con el análisis de las fuerzas que hicieron posible un acontecimiento social determinado. La segunda, propende por la compresión del significado de un suceso social más que una simple compresión teleológica. Por último, además de la primera y la segunda, es necesario el análisis de las tendencias y direcciones históricas. Estos son los planteamientos que encontramos sobre la compresión intuitiva que interfieren con importancia en la sociedad siempre y cuando ciertos sucesos particulares influyan en ella: “El suceso gana en relevancia cuanto más influye en la totalidad, y, por tanto, su relevancia está determinada por la totalidad” (Popper, 1984, p 36).

Según esto, la posibilidad de una compresión total y definitiva en las ciencias sociales, compromete el tener a mano esa “compresión intuitiva” que no sólo dice sobre la génesis del suceso, sino que, también, mantiene una continua comunicación desde su generación y su particular acontecer situacional. La compresión intuitiva, por tanto, parece estar de acuerdo con pretensiones holísticas pero, sobre todo, con la novedad; no permite ser explicada de modo causal o racional con arreglo a una regla general tal y como se entienden estos procesos respetivamente.

Los métodos causales y racionales típicos de la explicación científica parecen enfrentar sus términos con los de la sociología. Sin embargo, más allá de un enfrentamiento metodológico y conceptual, vale la pena precisar aquellos «términos» por medio de los cuales mantienen, todavía vigentes, sus disciplinas. Es obvio que en una discusión tan importante, ya sea para la epistemología, la historia o la sociología, los métodos de cada disciplina dispongan con antelación de un perfil de disertación conforme a su proceder. Ya se trate de observaciones rigurosas o conflictos de tendencias y de fines, los métodos utilizados para tales indagaciones se pueden distinguir por su carácter *cuantitativo* o *estadístico*. Bien sea que una disciplina en especial proceda de una u otra manera, lo cierto es que los métodos estadísticos de las ciencias sociales se diferencian, en gran medida, de los cuantitativo-matemáticos de la física. Aunque esta diferencia no es nueva, permite tener en cuenta la

distancia entre estos métodos: “Las ciencias sociales no conocen nada que pueda compararse a las leyes causales matemáticamente formuladas de la física” (Popper, 1984, p 38).

Sin lugar a dudas, se trata de establecer una lectura formal de los métodos; en este caso, de una en particular que toma en cuenta ciertas magnitudes invariables que condicionan un proceder metodológico previsible. El ejemplo para este caso, tiene que ver con que si cierta magnitud A varía de cierta manera, la magnitud B también varía de cierta manera previsible. Así, se logra establecer la dependencia en que está una cantidad medible con respecto a otra, Popper (1984). Obviamente esta dependencia esta expresada en términos cuantitativos exactos. Para que la física exprese sus leyes de esta forma, lo que hizo fue traducir las cualidades físicas a términos cuantitativos:

Una luz amarillo verdosa clara n (Descripción cualitativa).
Es reemplazada por:
Luz de una cierta longitud de onda y de cierta intensidad (Descripción

El proceso de descripción cuantitativa se presenta como requisito previo para intentar formular leyes físicas cuantitativas causales. En este sentido, es de esperar que la explicación causal también haga parte de las ciencias sociales, en el intento de explicar el imperialismo en términos de expansión industrial, por ejemplo. Pese a esto, y, en contra de los métodos cuantitativo-matemáticos, la tarea primordial del sociólogo debe consistir entonces en dar una explicación causal de los cambios sufridos en el curso de la historia. Claro está, que estos cambios son referenciados, a partir de las diferentes entidades sociales, como sistemas económicos, Estados o formas de gobierno. Podría pensarse que, aun teniendo a la mano un método de explicación causal, las ciencias sociales sólo determinarán el grado de algo de manera muy vaga. Esto sucede, precisamente, porque en el mayor de los casos en donde haya una cualidad, sea física o no, las ciencias sociales deducen su apreciación por intuición. Esto nos lleva a preguntarnos por la naturaleza de aquellos términos que denotan o no cualidades.

3.3.3. Esencialismo y nominalismo

Para responder a esta cuestión, Popper, en particular, diferencia el esencialismo del nominalismo. Se advierte de inmediato que se trata de cuestionar y definir cómo es que procede el conocimiento científico. Hay que recordar la afirmación hecha por los

nominalistas cuando, en su afán por definir el proceder científico, defienden que los universales se diferencian de los nombres propios o que sólo designan a miembros de un grupo o clase de cosas. Los esencialistas, por el contrario, llaman por cierto nombre (en particular) a cada una de las cosas singulares a razón de cierta propiedad intrínseca que tienen en común con otras cosas (a las que hace referencia el nombre). A partir de esto se pueden discutir los fines y medios de la ciencia.

El esencialismo metodológico, según Popper (1984, p. 42) fue fundado por Aristóteles, quien enseñaba que la investigación científica tiene que penetrar hasta la esencia de las cosas para su explicación. Sus preguntas científicas frecuentes suelen ser así: ¿Qué es materia?, ¿Qué es fuerza? o ¿Qué es justicia? La investigación científica se centrará, entonces, en brindar respuestas de manera penetrante que revele su significado esencial. Continúa Popper: Por el lado de los nominalistas¹⁰ metodológicos, expresarán sus problemas en procura de develar el “cómo”: ¿Cómo se comporta este pedazo de materia? o ¿Cómo se mueve en presencia de otros cuerpos? Se puede decir que la función principal de la ciencia a partir de esto, es describir cómo se comportan las cosas; así, las palabras y el uso de un lenguaje específico ayudarán en el menester. Al decir que los esencialistas metodológicos preguntan: ¿Qué es? y los nominalistas metodológicos ¿Cómo se comporta?, estaremos hablando de dos maneras distintas de abordar la investigación científica. Sin embargo, pese a que la física, por ejemplo, no investiga la esencia de los objetos que intenta describir, usa ciertos términos (átomos, luz) para explicar y describir las observaciones físicas que hace al respecto. Así, mientras la descripción de la esencia de un objeto por parte de los esencialistas nos permite conocer su definición, el nominalismo concentra su investigación más allá del concepto llano. Es decir, procura discutir y describir cómo es que esas o aquéllas definiciones funcionan y se comportan en la naturaleza.

Ahora bien, desde la perspectiva naturalista del historicismo se adopta un punto de vista interesante con respecto a la sociología y su método investigativo. Esto nos lleva a pensar la sociología como una rama del conocimiento que intenta ser, al igual que la física,

¹⁰ Popper menciona que: “Estos objetos universales (llamados por Platón «Formas» o «Ideas») designados por los términos universales también fueron llamados «esencias».” (Popper, 1984, p. 41). La discusión sobre los universales, un tema antiquísimo en la filosofía, es utilizado por Popper para cuestionar “el carácter cualitativo de los acontecimientos sociales”, por ello, es importante tener en cuenta las filosofías de Platón y Aristóteles que es de donde nace este problema.

teórica y empírica. Desde su perspectiva teórica, la sociología tiene que explicar y predecir acontecimientos, esto lo debe hacer con la ayuda de teorías o leyes universales. En cuanto a su perspectiva empírica, los acontecimientos que explica y predice deben ser hechos observables; así, por medio de la experiencia, se corroborarán para su aceptación o rechazo como teorías. En un sentido investigativo pensaríamos la sociología, así constituida, de manera similar a la astronomía. Es importante esta similitud porque a partir de ella es que Popper indaga sobre la posibilidad de predicciones a largo plazo y predicciones a gran escala. En este orden, resalta la capacidad de predecir la posición de los planetas por parte de la teoría newtoniana. El anticiparse a los hechos, por decirlo así, es lo que le otorga su éxito. Es más que obvio que las ciencias sociales pretendan hacer lo mismo en sus investigaciones; pues una vez que su campo de conocimiento cuente con un método teórico y práctico, sólo queda su realización. Esto podría calificarse como una pretensión pronaturalista.

Si bien es cierto que la astronomía predice eclipses, ¿por qué no la sociología ha de producir revoluciones? No obstante, hay que tener en cuenta el concepto de *precisión* en las dos disciplinas respectivamente. Podemos detallar su diferencia de esta manera: “Aunque las revoluciones puedan ser predichas por las ciencias sociales, ninguna de estas predicciones puede ser exacta (...)” (Popper, 1984, p. 51). Aunque no se puede hablar de inexactitud o imprecisión en las ciencias sociales con respecto a la exactitud formal del método científico-natural, ese grado de eficiencia del método y su aplicación procuran establecer, en lo social, una amplitud y relevancia en los procesos investigativos. La amplitud en los métodos de las ciencias sociales se refiere de manera concreta a la esencia misma de los significados de los conceptos que intenta aclarar y establecer; pero, al mismo tiempo, el intento por definir un concepto explícito para un acontecimiento igualmente explícito, involucra la relevancia de su contenido. Así las cosas, la incertidumbre no se hace esperar toda vez que implique acontecimientos sociales que carecen de interconexión, debido a los términos cualitativos con los que trabaja la sociología (por ejemplo). La falta de formalidad –en sentido teórico estricto– en la construcción y aplicación de un método investigativo, abona incertidumbre a los procesos sociales en donde, generalmente, la vaguedad es el distintivo de la ciencia social. No hay que olvidar, sin embargo, que es esa vaguedad la que permite tener alcance y relevancia en la investigación social. A esto precisamente, Popper lo denomina *predicción a gran escala* que, por supuesto, es a lo que deben apuntar las predicciones de la sociología.

Es preciso aclarar que, si queremos develar toda duda con respecto al acontecer en el ámbito social, la vaguedad a la cual se hace mención, en términos cuantitativos explícitos, quedaría disipada. Esto nos permite reconocer que al tiempo en que se presenta una posible dificultad (la vaguedad), se presenta de igual forma una solución. Es evidente que para poder corroborar lo cuantitativo aplicable a la solución se debe tomar en cuenta la formalidad científica. Por ejemplo, si nos referimos a la observación como punto central en el que se basa la investigación científica de la naturaleza, podemos decir que los datos de esas observaciones son consignados como experiencias susceptibles de estudio y de aplicación. Es posible, en ese sentido, llevar un registro, si se quiere, de los acontecimientos tal como se observaron por primera vez. El cometido investigativo, entonces, para el caso de tales observaciones, sólo tendría que recurrir al “repaso” de los acontecimientos registrados ordenadamente. Hasta aquí podríamos pensar que, el abordar la “vaguedad”, con el proceder científico, no traería mayores complicaciones ni desaciertos. Sin embargo, cuando la tratamos en el campo de las ciencias sociales, lo que se puede esperar de la sociología es que nos entregue, de igual forma, una “crónica” de acontecimientos. Éstos se hacen explícitos en forma de sucesos políticos o sociales. De esta manera, obtenemos por un lado la crónica de observaciones y, por otro, la crónica de acontecimientos. Así, lo que la sociología nos tiene que decir, lo que nos tiene que contar, es la *historia* de ciertos acontecimientos. “(...) el historicista ve la sociología como la disciplina teórica y empírica, cuya base empírica está solamente formada por una crónica de los hechos de la historia y cuya finalidad es hacer predicciones, preferentemente predicciones a gran escala” (Popper, 1984, p. 53). La puesta a prueba de las predicciones históricas, en este caso, será la tarea formal de la sociología, según lo expone el historicismo.

Ahora bien, siguiendo con los planteamientos expuestos por el historicismo en su sentido pronaturalista, podemos tomar como recurso su filiación con la dinámica social. Por ello, la parte importante que se toma de la astronomía es la mecánica celeste porque se basa en la dinámica que, a su vez, representa la teoría de los movimientos en cuanto determinados por fuerzas. De manera análoga, a decir de los historicistas, la sociología debería basarse en una dinámica social que fuese determinada por fuerzas sociales o históricas. En este sentido, se estaría hablando de una teoría de los movimientos sociales que debe ser puesta en consideración en torno a su *dinámica*. Se podría pensar, a partir de aquí, la relación

sociología-dinámica en tanto que, como teoría, es causal. El cómo y por qué de las cosas se tratará de explicar a partir de este tipo de teoría que, de existir, traería consigo la explicación de ciertos elementos de la historia.

Por ejemplo, un análisis causal histórico hecho tal y como lo concibe un historicista, podría develar algunos elementos (hechos) importantes que apunten a una posible solución de problemas que plantean las distintas dinámicas históricas. Así, pues, si se tratase de determinar y rastrear los orígenes esenciales de la guerra, lo inmediato es que se indaguen las posibles “causas” que la originaron. Obviamente, si una búsqueda tal se llevase a cabo con éxito no brindaría una respuesta total a la indagación; más que ofrecer una explicación posible, pondría a disposición una indagación continua de los hechos. Puede ser que esa indagación se convierta en un camino o modelo que garantice de cierto modo la aprehensión de verdades aún desconocidas pero, en términos de la dinámica social, siguen implicados la transformación y el cambio. De igual manera, mientras exista la tensión entre fuerzas gestadas en la transformación, el cambio sobreviene dentro de la dinámica continua procurando que, de las fuerzas y tensiones que actúan unas sobre otras, se constituyan nuevas fuerzas.

A esto es precisamente a lo que apunta el historicismo en procura de identificar las fuerzas históricas que tienen su representación en la cultura humana. “(...) el historicismo pide el reconocimiento de la importancia fundamental de las fuerzas históricas, ya sean espirituales o materiales; por ejemplo, ideas éticas o religiosas, o intereses económicos” (Popper, 1984, 55). El hallazgo e identificación de la contraposición de esas fuerzas permitirá, según el historicismo, desarrollar una ciencia teórica a gran escala. Téngase en cuenta que el hallar e identificar se refieren explícitamente a las leyes históricas. Saber cómo funcionan y cuándo se presentan parece ser el cometido historicista. Si bien es cierto que el historicista concibe la sociología como historia teórica, las supuestas predicciones que ésta haga deben ser científicas, es decir, tienen que estar basadas sobre leyes. En ese sentido, las predicciones científicas que son predicciones históricas tienen que estar soportadas sobre leyes históricas. Sin embargo, aunque todo parece indicar que se trata de una simple aplicación de leyes con respecto a hechos o fuerzas intrínsecas que se determinan históricas,

la generalización no se puede aplicar a la ciencia social; sus leyes serían muy distintas en tanto se gestan en la cotidianidad de la humanidad.

En este caso, aunque el mismo concepto de ley pueda parecer a simple vista una generalización, no hay que olvidar que las fuerzas existentes dentro de lo social difícilmente, si no es que nunca, han de ser uniformes. El problema de las leyes históricas, entonces, atañe principalmente a la recepción y posterior repercusión que éstas tengan dentro de un contexto real. Es decir, más allá del límite teórico, y por qué no especulativo, la invariabilidad de la vida social según una ley determinada, puede presentar o no validez. De tal suerte, podemos pensar que ciertos aspectos humanos que circundan el espacio y el tiempo, son determinados en cuanto a su aplicabilidad en respectivos periodos culturales o históricos. La validez que se presenta o no, se refiere de manera simple a los periodos que pueden pensarse como culturales, siempre y cuando, cumplan con una generalidad. Así las cosas, pretender que un acontecimiento cualquiera sea tomado como fuerza realmente histórica que promueve el cambio, debe ocupar la totalidad de los hechos históricos, además de estar determinados por éste. No obstante, parece ser que esto no es posible debido a que las verdaderas leyes de lo social deben ser generalmente válidas. Esto equivale a decir que tales leyes sociales tendrían validez para toda la historia humana.

Si se habla de una totalidad histórica con arreglo a leyes uniformes, aquellos periodos en los que suceden o no acontecimientos dejarían de existir por sí solos. Más que una uniformidad, las leyes de la sociedad tienen que involucrar el desarrollo histórico que determine la transición de un periodo a otro. Según la concepción pronaturalista las únicas leyes de la sociedad tienen que ser las que eslabonen periodos sucesivos. Si llegado el caso en que la sociología u otra ciencia social descubrieran para sí leyes históricas, el funcionamiento y aplicación de las mismas sería por medio de predicciones a gran escala. De esta manera, se estaría planteando la posibilidad de hacer profecías históricas. Bien sea que tales predicciones pongan en juego sus propias leyes poco a poco la sociología se convierte, para el historicista, en un intento por predecir el futuro. Lo incondicionado del individuo, de los grupos sociales y de la raza humana en general, queda a la espera de la implementación de estas leyes históricas que permitan la anticipación de acontecimientos distantes. De una u otra forma, la sociología, en estos términos, se convierte en la ciencia de las cosas por venir.

El propósito intrínseco de los estudios sociológicos, en esta medida, será revelar el futuro político en virtud de llegar a convertirse en instrumento de una política práctica. Este aspecto ha de permitir la consecución de determinantes históricos válidos desde la concepción sociológica respectivamente. De igual forma, de ser descubiertas, este tipo de leyes se convertirían en garante *tecnológico* dentro de la dimensión social. Este garante tiene que ser, en rigor, de carácter científico, porque de él depende una posible anticipación social que se realiza con antelación a los acontecimientos. Es decir, se intenta hacer una profecía histórica. Tal y como lo menciona Popper, se trata de profetizar desarrollos sociales, políticos e institucionales. Éste sería, en suma, el fin práctico de las ciencias sociales.

Sin embargo, la profecía histórica, con su planificación política, debe doblegarse ante las fuerzas históricas que representan el desarrollo social superior. A su vez, otra alternativa para el desarrollo social, tiene que ver con la puesta en marcha de la idea de una ingeniería social; logrando así, planear y construir instituciones que puedan parar, controlar o acelerar los acontecimientos sociales.

Puede ser que los conceptos básicos de estas propuestas no sean muy claros, pero, de cierta manera, se constituyen en paso obligado para intentar develar una teoría social. Así las cosas, parece ser que, para los historicistas, la ciencia social no vendría a ser nada más que historia. Pero adviértase que no es una historia del tipo *crónica* simple y llanamente; todo lo contrario, más que contar hechos pasados, lo que los historicistas quieren que haga la sociología es que mire también hacia adelante, hacia el futuro. De tal suerte que, teniendo allanado el pasado para intentar planear el futuro, las posibilidades de estudiar las fuerzas que operan en el desarrollo social constituyen el punto de partida para descubrir, de una vez por todas, sus leyes. Un aspecto importante de este proceso, es que la indagación sobre el desarrollo social implica el estudio de una teoría histórica que también puede ser llamada historia teórica. De acuerdo con ésta, las leyes que procura descubrir tienen que estar asociadas al cambio, poniendo de manifiesto el proceso de desarrollo social. El estudio de las leyes generales de la vida social, tiene que ver con lo que Popper ha denominado *ciencia social tecnológica*, que es la encargada de evitar, de cierta forma, las construcciones irreales o utópicas. Así, queda claro, una sostenida diferencia entre la metodología historicista que

basa su pretendida anticipación de los hechos por medio de la profecía, y la ciencia social tecnológica que se declara antihistoricista, pero no antihistórica.

Se podría pensar, que todos los planes racionales que con antelación suponen hacer los historicistas de la mano de la profecía, pueden superar toda fuerza social que determina, en algún modo, el intrincado cambio y evolución de los contextos sociales. No obstante, si de poner en cuestión la labor social se trata, los modelos que incluyen aprehender estos contextos fijan, de cierto modo, un parámetro de investigación que se puede presentar como único e inalterable. Por ello, es indispensable que, más allá de ser criticista, el científico deba ser crítico de sus propias teorías. Esto le permite de manera oportuna descartar y corregir en buen término su trabajo. Por tanto, si nos preguntamos sobre la posibilidad de aplicar los métodos científico-naturales en otro sentido, en el interés de lo social, nos preocuparemos por insertar de alguna manera lo incondicionado en su matriz. Concibiendo la idea de que los parámetros científicos si no nos satisfacen hemos de crear otros. De este modo, el interés cultural que cada individuo manifiesta en su acontecer cotidiano revela claramente (valga la reiteración) que no todo se mantiene igual, no tenemos los mismos deseos, apetencias, ni necesidades, y que las expectativas de existencia y relación con otros individuos obedecen a tendencias inusitadas. Es el mismo rigor intelectual en el cual se basa la ciencia natural, el que nos exige componentes teóricos y prácticos para la interpretación social.

Tenemos, entonces, dos campos de acción totalmente distintos; la naturaleza con sus leyes que pugnan por ser universales y la historia con sus hechos singulares. Nos preguntaremos entonces: ¿Cuál sirve para conocer al hombre? , ¿Para develar su devenir y transformación humana y social? Bajo estas pretensiones, el acto cognoscente humano mantiene su firme convicción en la altivez de la razón. De tal suerte, la metodología que intenta dar cuenta del acaecer social intuye, bajo preceptos lógicos, una realidad aparente que se manifiesta como cierta. La categorización de los actos de experiencia mismos no deduce la significación íntima y real del hombre, en tanto que, solamente, se instituyen como una directriz más a propósito de un hecho concreto. Cómo sucede, por qué se manifiesta el acontecer humano, es lo que en trasfondo alude una categoría cualquiera (si ese fuera el caso) y, posteriormente, encuentra su imposibilidad de ejecución a través de la represión y la dominación.

Una teoría social que sea capaz de identificar estas dinámicas de grupo, estas inserciones de lo subjetivo y su consecuencia en el devenir cotidiano, merece la puesta en cuestión desde un análisis teórico-crítico. Así, pues, no se trata inequívocamente de promulgar un sistema de valores de tipos categoriales, ni tampoco una estratagema plausible con respecto a intereses individuales. Si la misma praxis social significa algo indeterminado, los problemas que se suscitan en la génesis de lo humano, por sí mismos, esperan ser resueltos. La actividad del sociólogo en este caso es expectante, si y sólo si, los hechos observados interesan a su requerimiento estadístico. “Lo que puede ser calificado de objetividad científica radica única y exclusivamente en la tradición crítica, esta tradición que a pesar de todas las resistencias permite a menudo criticar un dogma dominante” (Popper, 1978, pp. 17,18). No obstante, una verdadera crítica ha de dirigirse a la metodología que ostenta validez sin llegar a error. Es, entonces, en donde el verdadero concepto coercitivo – del análisis humano– amplía el espacio de la incertidumbre en la misma sociedad. Comprenderla en teoría y en su práctica son tareas bastantes difusas que, si bien, al abordarla, despliega su incontable contenido, nos obliga a determinar lineamientos base para su comprensión.

3.3.4. La tipología ideal

A propósito de estos lineamientos que han sido propuestos como posibilidad, podemos referir un apartado de la «tipología ideal» que Max Weber (1864 - 1920) puso en cuestión:

La premisa trascendental de toda ciencia de la cultura no consiste en que encontremos plena de valor una determinada «cultura», o cualquier cultura en general, sino en que somos hombres de cultura, dotados de la capacidad y la voluntad de tomar conscientemente posición ante el mundo y de conferirle sentido” (Weber, 2001, p. 70).

Si estamos de acuerdo en que la pretensión valorativa de una ciencia trae consigo toda una investigación y apreciación de los hechos, debemos esperar, entonces, que encuentre su correspondencia con la realidad. Ese requisito que aparece aquí como real pretende, en primera instancia, elaborar un juicio de verdad que incluya la especificidad de su aplicación.

La ciencia natural, por ejemplo, construye su rigurosidad manejando conceptos claros y específicos y, por lo tanto, la veracidad de sus teorías puede quedar estipulada en aras del conocimiento como un «dogma racional». De aquí subyace la posibilidad de una sola ley legisladora que instituya el saber y el conocimiento puestos en la mente humana. Sin embargo, esa aprehensión del todo bajo un solo postulado que se precia verdadero pondría en duda el método mismo o bien su metodología, cuando se trate de inferir postulados científicos en el orden de lo social. Aunque los progresos y alcances de las llamadas ciencias de la cultura apunten cada vez más a una simbiosis real entre su(s) metodología(s) y las técnicas utilizadas en sus ejes investigativos, la voluntad consciente del individuo cobra relevancia en el intento de éste por objetivar sus inferencias; es decir, lo intrínsecamente particular parece imponerse como hecho aislado de alguna ley performativa. Es más que obvio que en el momento del acopio investigativo y formulación teórica por parte de un sociólogo, por ejemplo, los conceptos referidos sobre un particular modo de vida, de expresión cultural o de costumbre, tiendan siempre a exponer lo más explícito y minúsculo del contenido social. No obstante, ésta es la preocupación de los historicistas cuando aseguran que, la sociología como ciencia que se ocupa de objetos vivientes, no debe proceder de forma atomística sino de forma *holística*. Esta posición es asumida desde una perspectiva generalizadora que intenta igualar a la física, pretendiendo mantener el control (¿total?) de los sujetos.

Mas es necesario, contemplar la necesidad de tener a mano una formación conceptual debido a que los individuos cambian en su proceder y actúan conforme a su momento histórico:

Un tipo ideal de una determinada situación social, que admite ser abstraído a partir de ciertos fenómenos sociales característicos de una época, puede –y con mucha frecuencia es éste el caso– haber estado presente para los propios contemporáneos como ideal por alcanzar prácticamente o como máxima para la regulación de determinadas relaciones sociales” (Weber, 2001, p. 84).

Es una síntesis entre el ideal abstracto y el práctico pero sólo en apariencia, ya que si queremos entender la realidad específica de los individuos, ésta no puede reposar en la cumbre de un concepto cuya explicación teórica fundamenta exclusivamente un proceder

histórico y un fin determinado. La precisión objetiva de estos conceptos atañe exclusivamente a un interés lógico y denotativo, lo que implica una semejanza con porcentajes cuantitativos y modales de la ciencia natural; en cuyo caso, el desarrollo ideológico que pretende una inclusión y reconocimiento social, puede acaecer como instrumento coercitivo itinerante.

Ahora bien, el ideal de aprehensión cognoscitivo de una realidad dada mantiene su rango valorativo como determinante de hechos históricos e individuales. Por tanto, los fenómenos sociales, donde intervienen ideas de valor, comprometen una realidad específica a la cual le conferimos sentido por medio del proceso cognoscente que nos permite reconocernos como individuos empíricos. Aunque, dada la concreción real de estas ideas, lo abstracto del desear humano se rompe en la misma inmediatez de lo cotidiano: “La luz que brota de aquellas ideas de valor supremas cae sobre una parte finita, siempre cambiante, de la inmensa corriente caótica de los acontecimientos, que fluye a lo largo del tiempo” (Weber, 2001, p. 100). Hombres históricos que son el reflejo pleno de su tiempo, constituyen el *corpus* social que transmuta sus valores con cada existencia, con cada generación pero que, sin embargo, mantienen vigente el accionar humano en sus más claras representaciones de nación, de Estado y de cultura. La permanencia progresiva en el tiempo de técnicas teóricas especializadas para aprehender la cultura, tiene resonancia en lo que concierne a su proceder. Se enfatiza, por ejemplo, si estas disciplinas se encuentran condicionadas o no, por un interés pragmático y utilitario.

Éste, es el panorama que ofrece una especialidad científica cuando se propone sólo objetivos lógicos, estadísticos y cuantitativos. La preeminencia por un método que enseñe cómo investigar, cómo abordar las problemáticas sociales, deja de lado el verdadero interés que debe tener un científico social por lo social. Y, más que un simple interés, puede postularse como un deber el cual consiste, específicamente, en procurar mínimamente la transformación social. “Únicamente a quien sea capaz de imaginarse una sociedad distinta de la existente podrá ésta convertirse en problema; únicamente en virtud de lo que no es se hará patente en lo que es, y ésta habrá de ser, sin duda, la materia de una sociología que no desee contentarse –como, desde luego, la mayor parte de sus proyectos– con los fines de la administración pública y privada” (Popper, Adorno, 1978, p. 45).

La sociología, en este caso, como actividad particular, manifiesta su interés científico de acuerdo a fines determinados que promulgan la protección de la actividad productiva (de lo social) como ejes fundamentales del desarrollo. Por ejemplo, «la pobreza» se puede caracterizar como un fenómeno social siempre y cuando mantenga relación dentro de los parámetros de ser pobre (típico ideal) y pobreza (tipo ideal). Estos conceptos lógicamente formulados no dejan de ser abstractos, de tal suerte el requerimiento para que se conviertan en “problemas” necesitan de alguna manera recibir soluciones. Del mismo modo, al abordar las distintas problemáticas sociales hemos de constatar hasta qué punto merecen ser tenidas en cuenta. Se pueden clasificar e intuir posibles premisas contemplativas de los acontecimientos sociales, delimitando estas experiencias dentro de una teorización mediada por componentes históricos que ignoran, muchas de las veces, la verdadera realidad. La transformación social, entonces, vista de esta manera, no debe reposar en las ambiciones sistemáticas de una ciencia al servicio de fines muy otros; por lo cual, la preocupación sobre los ideales abstractos de cada hombre desbordan todavía los alcances limitados de una ciencia específica.

De manera unívoca, se devela un estrato social, sus condiciones de vida, sus limitaciones, se realizan comparaciones y se deduce –su contenido– a partir de ciertas observaciones e indagaciones, pero no es realmente lo que incide en un contexto empírico y abrumado de múltiples necesidades. Lo científicamente importante puede ser, en definitiva, promover desarrollo y transformación, no determinar y dar por supuestos tanto el comportamiento como la forma de percibir el mundo por parte de los individuos sociales, que cada vez muestran evidencia de no estar sujetos a sistemas-mundo deterministas.

4. Contrastes en las perspectivas Hempel – Popper

Poner en práctica un modelo específico de explicación que permita obtener resultados satisfactorios con respecto a las prácticas de las ciencias sociales, y en especial, la historia, supone estar a la par del éxito alcanzado por el modelo de la ciencia natural. Es así, que, en este sentido, la búsqueda de la similitud entraña una gran preocupación en la medida en que, el conocimiento social, también debe otorgar seguridad y validez en sus investigaciones.

En tal sentido, es válido exigir de una investigación social los mejores resultados y puesta en práctica de sus alcances y propósitos. Para el caso de la historia se exige que toda

su investigación esté bien soportada cuando se pregunta por los hechos pasados, es decir; tomando en consideración la acumulación de datos de los cuales se sirve, la pregunta por su método de *verificación* de los mismos se hace oportuna. Y, más que eso, esta preocupación es pertinente sobre todo cuando se intenta emplear en el oficio histórico un modelo que pueda llegar a servir para predecir los hechos futuros.

4.1. Ley general histórica

Para el caso de Hempel, quien propone las leyes generales de la historia, los conceptos de explicación y predicción que allí se exponen manifiestan dos perspectivas que se deberían tener en cuenta en el momento de aplicarlas a cualquier investigación de tipo histórico. En su propuesta, Hempel sostiene que hay dos exigencias de tipo metodológico para que sean tomadas en consideración cuando se requiera la explicación y la predicción respectivamente.

Sin embargo, hay que establecer la diferencia entre la *explicación* y la *predicción* en el modelo de explicación que ofrece Hempel. Esta diferencia es básicamente de orden temporal. En la explicación tenemos un suceso que ya *sucedio* y tenemos que buscar una explicación que consiste en establecer unas premisas de las cuales poder deducir el hecho en cuestión. Esas premisas están compuestas por leyes y condiciones iniciales. Por tanto, la ocurrencia de un hecho específico (el estallido del radiador de un automóvil) se explica gracias a las leyes que determinan el desencadenamiento del evento; asimismo, se establecen, de manera clara y precisa, ciertas condiciones iniciales que inciden en la puesta en cuestión de una respuesta inductiva. En el caso de la predicción, el hecho todavía no ha ocurrido, pero podemos saber que ocurrirá si conocemos las leyes y las condiciones iniciales. Con arreglo a estas exigencias podríamos decir que el modelo hempeliano funcionaría; lo que equivaldría a decir que, esta funcionalidad, es más que propicia y relevante para la investigación histórica. No obstante, la predicción en Hempel, la debemos tomar como un razonamiento de un hecho que todavía no ha ocurrido; y, es aquí, definitivamente, donde acaece el problema de este modelo inductivo. El afirmar un futuro evento como posibilidad de su posible ocurrencia es, más bien, hacer una conjetura de un posible preacontecimiento, sin conocer siquiera la verdad que se puede encontrar en el enunciado específico que lo intenta predecir.

Es importante precisar que, ante todo, se está hablando de un conocimiento que parte de posturas ideales, formales y lingüísticas en procura de encontrar una similitud y confrontación con hechos reales. Partiendo, entonces, de postulados racionales en la medida en que su manifestación se hace desde premisas igualmente razonadas, será copioso el poderle otorgar concreción en una práctica social definida. Ahora bien, más que ser definida, podríamos hablar, igualmente, de que halle correspondencia con los presupuestos empíricos que intenta predecir. Es como decir que se está seguro de la ocurrencia de algo, de un evento, de un suceso, por el hecho de contar con premisas que aseguran su ocurrencia y, además, las describe tal y como pueden llegar a suceder.

Habría que decir igualmente que, tanto en la ciencia como en la vida común, se puede encontrar en el lenguaje en uso la noción de predicibilidad. No obstante, cuando se habla de un lenguaje referenciado que maneja sus propios referentes y los hace explícitos dentro de un campo determinado, éste se hace más especializado en procura de explicar acontecimientos no tan comunes. Por tanto, el uso de metodologías que comportan en su proceder la manifestación de teorías y constructos conceptuales propios de cada disciplina, nos lleva a pensar en el continuo perfeccionamiento de sus postulados epistémicos.

Uno de esos postulados tiene que ver con la idea de un enunciado inductivo que puede llegar a determinar que el mundo, tal y como lo conocemos, permanece intacto e invariable; esa es su interpretación manejada desde nociones –que pueden ser tomadas como precientíficas– o, que aún no han alcanzado cierto grado de madurez epistemológica. Pero que, sin embargo, conservan en su *corpus* epistemológico toda una regularidad que les permite otorgar garantías en sus interpretaciones y alcances investigativos. Por ello, nos es permitido pensar en la posibilidad de que aquellas interpretaciones se pueden realizar con respecto a situaciones y eventos que nos ocurrirán pero que, todavía, no han sucedido.

Ahora bien, en concreto, lo que busca la predicibilidad, como herramienta útil de anticipación, es realizar predicciones científicas; así, preguntarnos por esta capacidad tendrá un significado preponderante en la medida en que las condiciones específicas para que esto sea posible se hallen sujetas a presupuestos teóricos ya existentes que codeterminen, de algún modo, la posibilidad del predecir el hecho y su presupuesto teórico correspondiente. De igual manera, si apelamos a su contenido lógico, la predicción no solo puede llegar a garantizar los

eventos futuros sino que también, puede, y ésta es la exigencia, hacerse cargo de la predicción de hechos pasados y presentes, en la medida en que no hayan sido interpretados en lo absoluto. De esta forma podemos vislumbrar la importancia que tiene la predicción desde su aspecto lógico, metodológico y procedimental, ya que aquellos aspectos lógicos que usa en su interpretación pueden servir para descifrar el contenido y el significado propios de este proceder epistemológico.

La predicibilidad, entonces, basada en sucesos que están contenidos en los argumentos predictivos de nuevos hechos y acontecimientos, hacen de la posibilidad de la predicción una búsqueda que bien puede permitir alcanzar nuevo conocimiento de aquello que no ha sucedido todavía, pero que, desde supuestos y contenidos teóricos específicos, es posible que se pueda permitir su ampliación en términos cognoscitivos. Derivar de la explicación histórica un hecho concreto que pueda permitirnos acercarnos a una verdad única e inexpugnable de lo que cognoscitivamente es posible conocer y entender, deja en suspenso la aproximación a los referentes que toma en cuenta el objeto de investigación histórico para entregarnos su concepción, al respecto, de lo que puede llegar a ser la verdad de los acontecimientos y su predicción.

Si tomamos por objeto el pensamiento de la humanidad en tiempo pasado, lo hemos de determinar, en cuanto a su función en el presente, y de acuerdo con esto, esgrimir una ley que determine y prediga los hechos del futuro. La referencia explícita que se hace por mantener una ley universal que determine cierto tipo de acontecimientos, obedece a la necesidad de encontrar valor cognoscitivo para los hechos que se presentan como pasado histórico. Una de esas leyes, y quizás la más controvertida, es la que propone Hempel con arreglo a una noción de corte neopositivista, en donde, a los acontecimientos históricos que suceden en un lugar y momento específicos, se les puede otorgar una base epistemológica. Esta posibilidad sólo se puede presentar, siempre y cuando confluyan leyes y condiciones específicas, que puedan determinar la ocurrencia de hechos igualmente específicos. La historia, en este caso, será capaz –según Hempel– de dar cuenta de los sucesos pasados y al mismo tiempo, de predecir los futuros, cuando éstos son susceptibles de investigación empírica y se reitera su proceder, en términos de leyes y condiciones necesarias.

Ahora bien, el problema del concepto de ley universal es la que se concibe como *pauta* que determina toda acción recurrente para afirmar la explicación del acontecer histórico. Así las cosas, el producto intrínseco que pueda revelar el continuo despliegue histórico, bien sea como relato o simple descripción de hechos singulares, debe procurar, en todo sentido, afirmar un valor cognoscitivo real que provea una lógica que instituya y afirme un proceder científicamente estricto y verdadero (comprobable). Este modelo, así propuesto, pareciera tener semejanza con el pretendido “criterio empirista del significado” que fuera propuesto por los positivistas lógicos con miras a desterrar toda metafísica con pretensión de verdad. Sin embargo, la propuesta metodológica que expone el método natural y su posible aplicación en la ciencia social, establece contacto directo con respecto a las propuestas que esta última determina, y que son el reflejo cognoscente de las primeras. La insistente preocupación por otorgar un “valor” singular al estudio de lo social, pone de manifiesto la intención de fijar la *explicación* histórica como agregado epistemológico que procure, de una vez, dar cuenta de los hechos en un tiempo determinado. Dado el caso que se cuente con esta regularidad o, como bien se menciona en este modelo, con una garantía de la explicación y la predicción, será posible utilizar este *práctico* proceder.

El funcionamiento de leyes naturales e inductivas como la explicación y la predicción, que podrían hacer posible el análisis social, circunscriben, a su vez, un tecnicismo lógico que se salvaguarda en la tenencia definitiva de una explicación verdadera de lo real. Con ello, no sólo se compromete la actividad de cualquier disciplina que aspire a ser llamada, con la rigurosidad del caso, epistemológica; sino que también, las continuas aserciones con respecto al valor del conocimiento que, en efecto, ésta pueda proporcionar, debería *operar* con lineamientos nomológicos. Para tal efecto, ya no es necesario un deslinde radical entre la *explicación* y la *compresión*, para tratar de determinar el alcance (avance) de cierta disciplina con respecto al rezago de otra; pues el mismo análisis nomológico-deductivo aparece como demasiado cerrado en sus propios requerimientos, al tratar de abordar la amplitud inconexa que se estructura en la sociedad. Con esto, si se quiere, se da un paso adelante contra cualquier tipo de filosofía especulativa de la historia que, “presuntamente”, sólo ha dado una versión metafísica sobre el tema.

Además, la posibilidad de dar explicaciones científicas sobre el tema social, pone de relieve la importancia que adquiere la ocurrencia de hechos específicos en donde prima el análisis contextual de los acontecimientos dados como premisas indubitables. Así, pues, el tener a la mano una ley universal mediática que facilite la explicación histórica, va a redefinir, en adelante, la manera por la cual el estudio mismo de la historia no debe parecerse a ninguna ciencia natural.

Pese a ello, la insistencia de Hempel por encontrar y postular leyes en la historia, se hace manifiesta toda vez que sus planteamientos enfatizan sobre la importancia de que la historia vaya más allá de una historiografía que sólo tematiza postulados idealistas. En este sentido, la identificación de la ciencia con respecto a la pseudoexplicación revela, así, para la primera, una función que permite el examen de la verdad. La intención de sobrevalorar una ley general que estipule una disciplina en particular pone en ventaja, de cierto modo, el cometido epistemológico que encarna por sí mismo la idea de *predicción científica*. A esto se refiere Hempel, cuando postula que “(...) la predicción en las ciencias empíricas consiste en derivar un enunciado sobre un cierto hecho futuro (por ejemplo, la posición relativa de los planetas respecto del sol en una fecha futura) (...)” (1979, p. 236). El estar posicionado un objeto cualquiera (en este caso, los planetas) con respecto a otro objeto existente (el sol), puede derivar un acontecimiento en el futuro que corresponda con la ubicación de los mismos en un tiempo y lugar determinados. Pero, más allá de una vaga interpretación con respecto a la predicción de un acontecimiento, lo que tiene relevancia es la constante insistencia en afirmar el carácter empírico de la ciencia. De este modo, si se intentara hacer una comparación entre una ciencia que maneje este tipo de inferencia para su explicación, con otra que sólo intenta hacer de esas premisas algo manifiesto y verdadero (supongamos por azar, un cometido metodológico sin comprobación alguna), estaría comprometido en cuanto a la manera cómo hace esta disciplina para sustentar cualquier descripción del mundo real sin una base lo suficientemente clara que, apunte en lo posible, a determinar certezas y no únicamente “esbozos” de explicación.

Podemos decir con Hempel (1979, p. 236): “En particular, en toda ciencia empírica, tanto la predicción como la explicación implican la referencia a hipótesis empíricas

universales¹¹". A esto atañe, precisamente, que un hecho futuro como la posición relativa de los planetas, esté codeterminado por ciertas condiciones, a partir de las cuales, se podría hacer una predicción de su posición en términos del pasado o presente. De otro lado, las leyes pueden determinar, en nombre de la generalidad, su posición exacta; por ejemplo, la mecánica celeste. Si nos referimos en esencia a la explicación que ofrece la ciencia natural, en virtud de su aplicado proceder metodológico, la diferencia en cuanto al proceder pragmático salta a la vista. Parece que la reiterada lógica que se maneja en todo proceso disciplinar cognoscente, tiende a unificar, de una vez, en cuanto a procedimiento, una función determinada que refleje la intención de ley general. Si se contrasta este proceder con la intención que tiene la historia de hacer presentes los pensamientos que tuvo la humanidad en el pasado, la empiricidad, que funciona como garante universal e inamovible de la ciencia natural, quedaría fuera de lugar en un primer momento, debido a la imposibilidad de hacer fácticos aquellos procesos de orden humano, en donde, sólo intervienen *reelaboraciones* que describen los acontecimientos que se originaron en el pensamiento de los sujetos. Si bien es cierto que no se pueden aprehender los hechos tal y como sucedieron en un tiempo real del pasado, hemos de juzgar, entonces, la manera cómo se reelaboran esos pensamientos para determinar, en cierta forma, su validez explicativa. En este orden de cosas, es importante tener en cuenta que, más allá de una simple subvaloración de la historia y su manera de afrontar los hechos de la realidad, es menester dilucidar que se trata de procederes distintos pero que apuntan, en lo posible, a develar la incertidumbre de lo dado en el presente como en el pasado. En este aspecto, R. G. Collingwood (1889 - 1943) menciona lo siguiente:

Para la ciencia, el acontecimiento se descubre percibiéndolo, y la búsqueda ulterior de su causa se lleva a cabo asignándolo a su clase y determinando la relación entre esa clase y otras. Para la historia, el objeto por descubrir no es el mero acontecimiento sino el pensamiento que expresa. Descubrir ese pensamiento es ya comprenderlo (Collingwood, 1965, pp. 209,210).

Si prestamos atención a una acción cualquiera que haya llevado a cabo un hombre x; y que ésta haya ocurrido en el pasado, podemos indagar en el instante –dependiendo de su consecuencia– qué fue lo que motivó a realizar dicha acción y no otra. Collingwood es muy

¹¹ Se refiere a un enunciado universal que intenta hacer válido un principio de inducción parcial.

claro en esto, cuando trata el concepto de *causa* que es utilizado en la ciencia natural, pero que en la historia, adquiere una connotación que tiene que ver más con los pensamientos que con acontecimientos. Para ello, éste pregunta lo siguiente: “¿Por qué apuñaló Bruto a Cesar?”, lo cual equivaldría a preguntar: “¿Qué pensaba Bruto que lo hizo decidirse a apuñalar a Cesar?” (Collingwood, 1965). Este tipo de preguntas son, de alguna manera, las que formula el historiador teniendo como resultado o, mejor, como respuesta, cuál fue la causa misma del acontecimiento (la muerte), que por ello, condujo a que el agresor pensara en cometerlo. De este modo, podemos vislumbrar que los hechos históricos que vienen signados por el pensamiento de los sujetos que, a su vez, inciden en ellos, no obedecen a secuencias sucesivas de acontecimientos; sino que, su amplio desarrollo, se materializa en el decir propio de cada discurso referente a una acción determinada, en cuyo interior, actúan pensamientos. De esta manera, el pensamiento es la causa que determina el acontecimiento en un punto específico del trasegar histórico. De tal suerte, la historia debe contar y decir acerca de la historia del pensamiento.

La determinación para que esto se lleve a cabo pone de manifiesto el alejamiento del modelo hempeliano de explicación en historia, porque traspasa –por así decir– su lógica cerrada de argumentación en términos de leyes, y su confrontación fáctica en términos de condiciones necesarias. De esta forma, la explicación que debería ser igual, tanto en la ciencia como en la historia, deja paso a la indagación por los pensamientos que se dan dentro de su marco teórico, como disciplina que se sirve de lo contextual. La explicación, ahora en adelante, de los hechos que ocurren en la humanidad y de los cuales los sujetos son partícipes, será tomada en cuenta como agregado descriptivo que haga posible la develación de la verdad histórica.

4.2. Arthur Danto: historia y filosofía de la historia

Partiendo del hecho de que la historia hace uso mediático del contexto y su campo de investigación que parte de éste, surgen dos variantes –la historia substantiva y la historia analítica– que pueden darnos la posibilidad de mantener un diálogo directo con la explicación a la cual queremos llegar. A esta distinción se refiere Arthur C. Danto (1924 - 2013), cuando postula que la filosofía de la historia substantiva, por ejemplo, hace investigación histórica normal, “(...) lo que significa que los filósofos substantivos de la

historia, como los historiadores, se ocupan de dar cuenta de lo que sucedió en el pasado (...)", y continúa:

Por otro lado, la filosofía analítica de la historia no solamente está conectada con la filosofía: es filosofía, pero filosofía aplicada a problemas conceptuales especiales, que surgen tanto en la práctica de la historia, como de la filosofía substantiva de la historia (Danto, 1989, p. 29).

Más que hacer una simple distinción y distribución de los roles que cumple cada una, dentro de estas postulaciones, se hayan implícitas dos teorías que corresponden con lo que se había mencionado en relación con la explicación y la predicción.

La teoría descriptiva, según Danto: "(...) es la que trata de mostrar una pauta en los acontecimientos que constituyen todo el pasado, y proyectar esa pauta sobre el futuro (...) Una teoría explicativa es un intento de dar cuenta de esta pauta en términos causales" (1989, pp. 30 y 31). Pese a estas dos "posibilidades", tal y como lo manifiesta el autor, la teoría explicativa, sólo vale como filosofía de la historia si se conecta con la teoría descriptiva. Decir con qué tipo de teorías ha de conectarse o qué tipo de proceder se requiere, es afirmar al mismo tiempo, una suerte de filosofía de la historia especulativa, tal y como se ha criticado hasta ahora.

No obstante, la referida pauta que se requiere para propiciar un estudio detallado y convincente de los hechos históricos, puede revelar por sí sola, una teoría causal de los mismos hechos relacionados. Estos hechos, en su totalidad, pueden representar –en lo posible– únicamente una singularidad en términos de representación formal, sin que por ello se aborde, ni se verifique, una *explanans* universal. De este modo, la Teoría Descriptiva (TD) como la Teoría Explicativa (TE), se pueden ver "bien" representadas en la teoría marxista de la sociedad. Para el caso de la (TD) la pauta es la del conflicto de clases, en donde se apela a su continuo antagonismo; en tanto que la (TE) hace un intento por identificar cierto tipo de fuerzas, que en su momento, e impulsadas por las causas de la contradicción (dialéctica) empatizan con los factores económicos que mueven a la sociedad.

Con lo anterior, se puede referenciar que estos dos tipos de teoría que, permiten revelar cierto grado de dinamismo social, procuran, en todo sentido, reafirmar un interés

tácito que se gesta desde el momento de la formulación de las teorías, como en su posterior funcionamiento y alcance. Las pautas mencionadas apuntan a la realización de un constructo social en la medida que, dicho sea de paso, los referentes que se tienen en cuenta solidifican aún más las diferentes filosofías de la historia respectivamente.

Partiendo de la distinción que hace Danto, según la cual, la filosofía de la historia substantiva mantiene estrecha relación con la explicación del conjunto de la historia; la conexión con la investigación histórica normal o corriente cobra importancia en tanto que se ocupa de dar cuenta de los hechos del pasado. Sin embargo, esto no quiere decir que la filosofía analítica de la historia quede por fuera del análisis del discurso histórico respectivamente. Es decir, es la filosofía substantiva de la historia en este caso, la que indaga sobre la totalidad de los hechos en la historia. Se mantiene aquí la referencia a los hechos como los únicos que pueden en cierto momento, mantener vigente o no un agregado de predicamentos que pueden develar la verdad de ciertos acontecimientos en relación con las vivencias de la humanidad. Es claro, que no toda la humanidad hace parte en determinados contextos de esa historia y, por supuesto, del mismo modo, no todas las vivencias humanas pueden ser históricas.

En este sentido, es preciso mantener en claro lo que, en cierta medida, constituye el quehacer de la historia común en contraste con la filosofía de la historia. Si bien es cierto que Danto, en su afán por distinguir pero a la vez por relacionar tanto la totalidad del pasado, como el conjunto de la historia, procura determinar un estudio en base a la explicación que los acontecimientos (distintos en su azar) puedan manifestar. Así las cosas, si hablamos de la descripción de un acontecimiento dado que ya tuvo lugar, estamos teniendo relación con un *relato* que en su especificidad va a tratar, exclusivamente, de manifestar con gran detalle las relaciones de esos acontecimientos que describen el pasado. Podemos decir que esa es la tarea explícita de los historiadores que relatan historias comunes y corrientes. De aquí, surge entonces, la idea de una “crónica ideal” que describa la totalidad del pasado. Pese a ello, en Danto encontramos que la “función”, por así decir, de las filosofías de la historia, consiste expresamente en relacionar el contenido tácito de cualquier descripción del pasado, con un *dato* que sirva para mantener y prolongar dicha relación descriptiva en el futuro:

El concepto de dato es correlativo con el concepto de teoría, y lo que sin más se sugiere aquí es que la filosofía substantiva de la historia es un intento de descubrir un tipo de teoría que se ocupa de la noción, aún por aclarar, de conjunto de la historia” (Danto, 1989, p. 30).

Si la teoría que busca la filosofía de la historia logra determinar el sentido mismo de los relatos, en tiempos presente y pasado tal y como sucedieron, es acertado pensar en la predicción de acontecimientos en el futuro. De acuerdo a esto, es pertinente mencionar la *teoría descriptiva*, la cual, según Danto (1989, pp. 30 y 31): “(...) es la que trata de mostrar una pauta en los acontecimientos que constituyen todo el pasado, y proyectar esa pauta sobre el futuro (...) Si se aplicase esta normativa regla descriptiva a determinado hecho en particular, una tentativa respuesta podría vincular los hechos del futuro como reiteración de los mismos en el pasado; o bien responder de manera tal que los hechos futuros se convirtiesen en complemento de los pasados. Para que se efectúe un funcionamiento particular de este talante en la historia es necesario, además de una teoría explicativa, prescindir en cierto momento de la historia común, pues aunque se tenga a la mano una crónica completa de hechos particulares pasados no representa el conjunto de la historia. Así pues, dada la descripción, la *teoría explicativa* se hace manifiesta en la medida en que vincula la pauta de la descripción con fuerzas causales determinadas. Se puede apreciar en primera instancia, que no se trata de recoger relatos de hechos particulares y después articularlos sólo como sumario de lo acontecido en el pasado. Entonces, en tanto haya una simple generalización en donde es protagonista un rasgo específico, digamos de una cultura en particular, lo máximo que se puede lograr es referenciarlo como relato constitutivo de su propia existencia. Sin embargo, en términos de la filosofía substantiva de la historia, se espera que dicha conexión entre la teoría descriptiva y la explicativa exhiba postulados que puedan sugerir la realización de acontecimientos continuos que perfilen, de una vez, el futuro histórico.

Es así, como de manera análoga, Danto relaciona la historia y la filosofía de la historia con la astronomía teórica y observacional. Esta comparación es pertinente dentro de los límites de las teorías descriptiva y explicativa antes mencionadas. Para el caso de las observaciones celestes, el trabajo de Tycho Brahe se toma como referente por su asombrosa

precisión y porque proporcionó las posiciones de los planetas conocidos en su tiempo. No obstante, fue Kepler quien logró descubrir que las posiciones de los planetas podrían situarse en una elipse con el sol en uno de sus focos. Aquí tenemos entonces, una teoría descriptiva. Posteriormente, es Newton quien descubre a qué se debe esa pauta en particular ofreciendo una teoría explicativa (Cfr., Danto, 1989, pp. 33 y 34).

De cierto modo, se puede decir que los filósofos de la historia pueden realizar este tipo de proceder, siempre y cuando la misma historia avance en términos de una ciencia más elaborada. En correspondencia con este postulado, la filosofía substantiva de la historia puede dar el paso hacia la comprensión científica en términos “similares” a los de Kepler y Newton. Por tanto, la «filosofía de la historia» sería la ciencia de la historia. Y para que esto se lleve a cabo, se necesitaría que la historia tuviera los mismos resultados que arrojaron las leyes de Kepler, y las leyes de Newton respectivamente. La reflexión del autor al respecto es como sigue: “(...) una teoría histórica que realmente tuviera éxito iría más allá de los datos reunidos por la historia, no solamente reduciéndolos a una pauta, sino prediciendo, y explicando, todos los acontecimientos de la historia futura” (Danto, 1989, p. 35). En este sentido, podemos comprender mejor la relación existente entre la filosofía substantiva de la historia y el conjunto de la historia, que no es otra cosa que la inmediatez cognoscitiva de todo el pasado y el futuro que determinan a plenitud la totalidad del tiempo. Si observamos con detalle lo anterior, la relación permanente con el pasado la tienen los historiadores, y del mismo modo con el futuro, mientras que se convierte en pasado. Teniendo esto muy en cuenta, se puede apreciar que las filosofías de la historia en su totalidad, no se asemejan para nada a las teorías explicativas de la ciencia. Lo que parece a primera vista, es que trata el sentido de explicación de manera diferente, en donde se arraiga una suerte de género que se hace exclusivo en la utilización histórica y, que, por lo demás, está bastante lejos de las teorías científicas.

Hasta aquí podemos darnos cuenta de la posible disgregación entre la observación y la teoría, no como si se hubiesen presentado a manera de discurso que subyace como propósito de vincular, a toda costa, la filosofía de la historia con la ciencia y, menos aún, presentarla como una verdadera ciencia. Sin embargo, queda todavía la posibilidad de relacionar directamente la historia con una filosofía de la historia en particular, a partir de los relatos que cada una proporciona. Es obvio que estos relatos tienen que ver con cierto tipo de

hechos que eventualmente *dicen* o cuentan hallazgos precisos en ámbitos diferentes. Si por el lado de la filosofía de la historia, por ejemplo, su relación con los hallazgos históricos los cuales mencionan, no tienen parecido con la historia común, se estaría hablando entonces de formas muy diferentes las cuales, en cierta proporción, tienden a parecerse a una teoría científica. Pero es muy difícil que estos criterios, tal y como se presentan, en la filosofía de la historia, mantengan estrecha relación con las teorías científicas paradigmáticas. No obstante, parece haber una similitud en cuanto a las relaciones históricas paradigmáticas, pero la diferencia radica en que éstas afirman sobre el futuro y las otras no (Cfr. Danto, 1989, p. 39). Así pues, en esta idea de la similitud no sólo se pueden referenciar las relaciones históricas, sino que dentro de sus postulados, aparece una estructura *narrativa*. Asimismo, en las filosofías de la historia se puede encontrar: “(...) secuencias de acontecimientos que son muy parecidas a las que se encuentran en la historia y muy poco parecidas a las que uno encuentra en la ciencia” (Danto, 1989, p. 39). Dentro de estos acontecimientos, se puede valorar el concepto de interpretación que utiliza la filosofía de la historia, el cual, no es muy apropiado para la ciencia ya que la manera en la que se refiere trata únicamente del concepto de significado que es atribuido a cualquier acontecimiento. Y, se podría decir, de esta idea, que el quehacer de los filósofos de la historia es descubrir el significado de los acontecimientos.

Para referirse al significado, Danto pone el ejemplo de una novela. Así, en la suposición de que un espectador cualquiera puede juzgar si un episodio es bueno o superfluo, lo hace en tanto que “toda la novela” está ante él. Podemos decir, entonces, que si tenemos únicamente un episodio (de la totalidad de la obra) no conseguiremos saber cuál será la trama y mucho menos, lo que nos lleva a darle sentido y significancia. Es necesario, en este sentido, hacer alusión a la importancia que tiene la *retrospección* como el único medio a través del cual se puede juzgar el significado de un episodio y, por tanto, el conjunto de la obra. Para la historia, el significado o significados son importantes porque determinan la consecución de algo insospechado que se puede tomar como variante histórica. Es claro, que los filósofos de la historia tratan de considerar los acontecimientos como dotados de significado, aunque la situación no es fácil para ellos; porque a diferencia de los espectadores que tienen la novela completa, el filósofo de la historia sólo tiene un fragmento del pasado. Pese a ello, con el

fragmento que posee proyecta una estructura y trata de encontrar el significado de ese fragmento del pasado proyectándolo al futuro.

En suma, se podría decir que los filósofos substantivos de la historia se interesan por la profecía, lo que significa que su intención no es otra que afirmar el futuro. De la misma manera se puede entender como una *predicción* que hace una aserción sobre el futuro. Sin embargo, Danto explica muy bien esto, y distingue las dos a partir de la concepción que tiene Popper al respecto: (la profecía para Popper, es una predicción incondicional y él sólo admite predicciones condicionales, es decir, dada la condición C entonces A, o de igual manera, predicciones que de ella se deriven. Entonces tenemos que los historiadores dan predicciones incondicionales). La referencia al profeta es bastante particular, porque se toma como aquel que habla del futuro en forma que sólo es apropiada para el pasado, y asimismo, habla del presente a la luz del futuro.

Ahora bien, el motivo por el cual vuelve a aparecer unida la filosofía substantiva de la historia con la historia, tiene que ver ahora con la forma en que emplean el concepto de significado: “La semejanza se debe al hecho de que las filosofías de la historia hacen un uso *injustificado* (la cursiva es nuestra) del mismo concepto de «significado», que tiene una aplicación *justificada* en los trabajos históricos corrientes” (Danto, 1989, p. 43). El significado histórico de los acontecimientos que de manera usual y, por qué no, normal, hacen los historiadores, involucran cierto tipo de influencia(s) que determinan tanto su sucesión, como interpretación final. De tal suerte, podemos decir que la realización de una acción determinada digamos por B, es el resultado de la influencia de A sobre ésta. Así, el contenido histórico mostraría que lo realmente significativo es que A influyó en B. Téngase en cuenta que, aunque no todo significado radica en alusión a esto, si se indaga por el significado de un acontecimiento (de corte histórico) lo más probable es que nos remitamos al relato propio sobre éste. El relato no sólo nos revela la significancia del acontecimiento, de igual manera, nos conduce a reconocer el contexto determinado donde tuvo lugar. La pregunta que se hace cuando se quiere saber ¿qué pasó? parece ser muy explícita, en cuanto a la manera de buscar los posibles significados que validan un determinado relato. Pero en este caso, la misma historia es la que sitúa los acontecimientos en un relato de donde extrae su significación. Por su parte, la filosofía substantiva de la historia, busca la significación de los acontecimientos

antes de que hayan sucedido. Por ello, se insiste, en que proyecta un modelo específico de estructura narrativa. En palabras de Danto: “(...) tratan de contar el relato antes de que el relato pueda ser propiamente contado” (1989, p. 46). Obviamente, que ese relato tiene que ver con el relato de «toda la historia».

Si existe o no una manera de saber qué va a ocurrir en el futuro, requerirá un desplazamiento temporal que, en detalle, nos brinde la posibilidad de adelantarnos a toda predicción. No por ello, se deja de lado la descripción que del futuro se hace en el presente, pues con la firme intención de profetizar un presente futuro, los filósofos de la historia se atreven a escribir la historia antes de que ésta suceda. Ya se había mencionado que no todo acontecimiento puede formar parte de toda la historia, pues la atribución de significado como relevante para que amerite serlo, depende no sólo de un interés particular, sino que interviene un argumento temporal. Es decir, es inoficioso y desgastante escribir sobre lo que no tiene ningún fundamento en el presente, y cuya descripción sólo hace parte de los cambios esperados por los intereses humanos. Una localización temporal de los acontecimientos que yace en la base cognitiva del filósofo de la historia, no puede develar un “relato único”, es decir, no toma en cuenta las particularidades no históricas que han sido omitidas del conjunto de la historia.

4.3. Una caracterización mínima de la historia

Ahora bien, en el segundo capítulo de su libro *Analytical Philosophy of History* (1965), titulado “*A minimal characterization of history*”, Danto intenta mostrar las características esenciales de la historia, tal como él la entiende, diferenciándola de la filosofía de la historia. Aunque dicha distinción pudo haber quedado en claro cuando se refirió a la historia analítica y substantiva, enfatiza, ahora, sobre el significado que puedan tener los relatos contados por la historia común y los contados por los relatos filosóficos de la historia.

Si bien es cierto que, estas dos formas de contar los acontecimientos pertenecen a la historia misma, la diferencia radica en el alcance de sus relatos. Según Danto: “*An ordinary historical account covers only a piece of what a philosophy of history tries to cover, namely, the whole of history*”¹² (1965, p. 7). Por tanto, si se quiere obtener un relato completo del

¹² “Un relato histórico común, cubre solamente una parte de lo que la filosofía de la historia trata de cubrir, es decir, el conjunto de la historia”. (La traducción es mía).

pasado, sería necesario, del mismo modo, un relato completo del futuro. Esto, como vemos, no parece tener consistencia en tanto que el clamor porque exista una historia completa de todos los hechos pasados es más que imposible. Si mencionamos una historia cualquiera –de terror por ejemplo, en 1793– no podemos referirnos a ella con el mismo alcance si quisiéramos referirnos a la historia de la revolución francesa y, de la misma manera, no podríamos tomar el alcance de ésta para referirnos a la historia de Europa. Esta imposibilidad se hace manifiesta cuando nos preocupamos por la explicación de lo sucedido en el pasado. Por ejemplo, si indagamos por el pasado de la historia de terror antes mencionada, el relato histórico más amplio que tendremos hará referencia específica a esa historia, pero no a la totalidad de la historia. Lo mismo sucede para el resto de los ejemplos, pues la especificidad de la explicación que arroje los relatos sobre éstos, remiten sólo al alcance de su pasado. De ahí, entonces, que no hablemos en este sentido de “una historia” total, sino que, teniendo en cuenta las “otras” historias, podemos mencionar relatos en particular. Pero, como la idea es tratar de sostener una posibilidad práctica de conocimiento histórico que involucre el pasado y el futuro, la historia y la filosofía de la historia se encuentran estrechamente conectadas.

Ahora bien, para poner de relieve esta relación que insiste en mantener un vínculo estrecho entre el pasado y el futuro y, que continúa siendo un poco ambigua, podemos decir al respecto que “*Our knowledge of the past, in others words, is limited by our knowledge (or ignorance) of the future*”¹³ (Danto, 1965, p. 18). Por ejemplo, si tomamos lo que Danto menciona con respecto al nacimiento de Didierot en 1715, la descripción histórica verdadera a tener en cuenta es que, en esa fecha, nació el autor de “*El sobrino de Rameau*”. Por tanto, antes de la redacción de esta obra, no se puede describir el acontecimiento. Si se hiciera cualquier tipo de relato al respecto, sin tener una descripción verdadera, se estará hablando de un modo profético. Por ello, la caracterización histórica supone, para un relato completo de los acontecimientos, que éstos hayan sucedido previamente. Así las cosas, si damos cualquier tipo de descripción antes de que los acontecimientos ocurran estaremos haciendo filosofía de la historia. Pero los filósofos de la historia no sólo hacen afirmaciones sobre el futuro, igualmente las hacen sobre el pasado. Sin embargo, la distinción entre los historiadores y los filósofos de la historia, no radica principalmente en sus afirmaciones sobre

¹³ “Nuestro conocimiento del pasado, en otras palabras, está limitado por nuestro conocimiento (o desconocimiento) del futuro”. (La traducción es mía).

el pasado, pero si se pueden diferenciar en lo que éstas “presuponen”. Es decir, en tanto que los historiadores procuran dar un relato completo de los acontecimientos pasados, los filósofos de la historia intentan retomar ese pasado y proyectarlo el futuro. Pero téngase en cuenta que, por ‘el futuro’, nos referimos al futuro de los filósofos de la historia tal y como ellos lo entienden. Por tanto, “*The characterization of both history and philosophy of history essentially involves reference to the temporal location of the historian and the philosopher of history alike*”¹⁴ (Danto, 1965: 19). Esta ‘ubicación temporal’ la podemos referenciar desde la historia común, dado que los historiadores no están comprometidos con los acontecimientos de su futuro y se preocupan más por el desarrollo de los acontecimientos de su pasado e incluso, por aquellos que viven actualmente. Esta *preocupación* por los acontecimientos que viven en este sentido, los observan con la esperanza de escribir sobre ellos cuando éstos hayan sucedido.

Tal es el caso del historiador ateniense Tucídides quien escribió acerca de la guerra del Peloponeso, haciendo de ésta –según él– la más grandiosa y digna guerra de todos los tiempos. La gran admiración que esta guerra suscita depende de los acontecimientos que hayan ocurrido en ella, además de ser “significativos” y, por tanto, dignos de contar. Si bien el autor de esta “gran historia” referenció algunos acontecimientos que él mismo presencié, se vio obligado, en procura de un relato completo, a depender de reportes de otras personas al respecto. No obstante, en nombre de la exactitud estuvo obligado a aplicar “*the most severe and detailed tests possible*”¹⁵ (Danto, 1965, p. 19). Esto fue necesario ya que, la confrontación de los diversos reportes muchas veces nunca coincidía. Por ello, Tucídides tiene el honor de ser llamado “el padre de la historia científica”. Sin embargo, más allá de dejar por escrito unos acontecimientos pasados, su preocupación por la exactitud, merecía la correcta búsqueda de hechos verdaderos que fuesen tomados por la posteridad como elementos útiles del pasado. En sus palabras, su libro estaba dirigido a un público que “(...) *desires an exact knowledge of the past as an aid to the interpretation of the future*”¹⁶ (Danto, 1965, p. 20).

¹⁴ “La caracterización de la historia y la filosofía de la historia consiste esencialmente, en referenciar la ubicación temporal del historiador y el filósofo de la historia por igual”. (La traducción es mía).

¹⁵ “La más severa y detallada prueba posible”. (La traducción es mía).

¹⁶ “Deseaba un conocimiento exacto del pasado como ayuda para la interpretación del futuro”. (La traducción es mía).

En este sentido, Tucídides trata la ‘posesión de todo el tiempo’, tomando en cuenta que, “si el futuro no refleja el pasado debe ser parecido a éste”. Podemos decir al respecto, que la afirmación sobre la *posesión de todo el tiempo*: incluye unos acontecimientos parecidos a otros y, en el mismo sentido, otros que no lo son, pero los reflejan. Tal vez la “intención histórica” de Tucídides pueda, en algún momento, parecerse a las afirmaciones que haría un filósofo de la historia sobre el mismo tema, pero su formulación tiende más hacia el principio de *inducción*. El argumento que Danto menciona al respecto es como sigue:

Here, he is saying, is a war, taking place under these and those conditions.

Conditions similar to these will hold in the future as they have held in the past, and so wars similar to this one will take place in the future as they have taken place in the past”¹⁷ (1965, p. 20).

En este sentido, las condiciones similares entre acontecimientos, determinan la similitud de éstos en el presente con respecto al pasado, y proporcionan condiciones similares para que sucedan de igual forma en el futuro. En resumen, se puede tomar el relato de Tucídides, como ‘una guía’ de acontecimientos futuros que puedan parecerse lo suficiente a la guerra del Peloponeso.

Sin embargo, en procura de emitir ciertas afirmaciones que revelen la predicción de acontecimientos de una guerra en particular, tal y como sucedieron en el Peloponeso, debemos contar con una descripción exacta de este suceso histórico. A pesar de que contamos con el relato hecho por Tucídides, no podemos esperar que éste sea en toda proporción exacto. Y si queremos proyectar las condiciones similares de su guerra en detrimento de otras, la exactitud de su relato es indispensable. Podemos decir, entonces, que una vez conseguida la exactitud mencionada, estaremos en la capacidad de entender tal descripción; por ejemplo, si entendemos X entenderemos toda copia de X. Si entendemos con diligencia la guerra del Peloponeso, ésta nos servirá a su vez para entender otras guerras en base a su relato. Lo que preocupa ahora, es saber si todas las guerras se parecen lo suficiente a la del Peloponeso, en la insistencia de que acontecimientos futuros son parecidos, si no reflejos del

¹⁷ “Aquí, él está diciendo, es una guerra, que sucede bajo estas y aquellas condiciones. Condiciones similares a éstas se llevarán a cabo en el futuro como se llevaron a cabo en el pasado, y también, las guerras similares a ésta, se llevarán a cabo en el futuro a medida que éstas han tenido lugar en el pasado”. (La traducción es mía).

pasado. Si comparamos de manera tácita los acontecimientos ocurridos en una y otra guerra, podemos decir que éstos no pueden cumplir con la idea de que las condiciones similares se repitan con exactitud. Si, por ejemplo, nombramos una guerra en particular que hace parte de nuestro pasado y que para Tucídides representa su futuro, al instante las diferencias entre una y otra se notan antes que las similitudes. Y esto tiene que ver con la ubicación temporal a la que antes se hacía mención, que impide de alguna forma la repetición sucesiva de un mismo relato. Si bien, la guerra de Tucídides parece haber sido en su tiempo el futuro para las guerras pasadas, esta misma, según él, las representa. Pero si la guerra que él tan brillantemente describe es parecida a otras, el calificarla como la “guerra más digna” de todas le quita mérito a su propio relato. No se debe olvidar que, después de todo, es el relato de alguien sobre un acontecimiento, logrando manifestar de modo *singular* su apreciación hasta el punto de definirlo como un suceso a “gran escala”. Si realmente suponemos que el “futuro es parecido al pasado, el pasado debe parecerse al futuro”; al decir esto, estamos hablando de una relación simétrica en la cual Tucídides basa su afirmación de que las guerras futuras serán parecidas a su guerra. En modo alguno podemos insistir que todas las guerras en cierto sentido se parecen, pero de mantenerse esta afirmación como algo definitivo, el estudio de la historia sería innecesario. Si tomamos en sentido estricto la guerra de Tucídides como concluyente para determinar una escritura útil de la historia, sopesaríamos el pasado como guía para el futuro.

En sentido inductivo, en la aplicación como “guía para el futuro” del planteamiento de Tucídides, se puede observar cierto tipo de utilidad lógica que es representada por un uso explícito de su trabajo, bien sea como estrategia metodológica o como el intento por representar acontecimientos aún desconocidos. De esta manera, si A es una proyección magnífica de B, las partes estructurales comunes a A y B se pueden estudiar más rápidamente en A que en B. Por supuesto, esto es aceptar la “similitud estructural” entre las dos partes en cuestión.

Por tanto, la guerra más digna de ser contada como un relevante acontecimiento histórico, toma en cuenta las situaciones típicas humanas como relato lúcido que devela sus rasgos específicos. La “posesión de todo el tiempo” según Tucídides, en su relato, convierte en atractivo su trabajo más allá de un simple compilado de acontecimientos sucedidos entre

Atenas y Esparta. Si bien, no podemos justificar el interés del autor de este relato por hacer referencia explícita sobre un clamor temporal, si se puede aceptar la *guía* que él suministró para las guerras futuras. De la misma manera, se puede aceptar en el sentido de las guerras pasadas. Y en el sentido formal de la presentación del relato, el mismo Tucídides pudo considerar el pasado, ‘su pasado’, como algo inalterable. Por ello, es con respecto al futuro que su trabajo está provisto de un uso intencional, toda vez que insiste en mantenerlo como referencia para “todas las guerras”. Pero, si mantenemos como algo permanente la unión entre “pasado y futuro” en tiempo presente, no puede develarnos en absoluto nada con respecto a “todas las guerras”. Pues la relación que se puede hacer entre todas las guerras tanto en el pasado como en el futuro, implica el establecimiento de un ejercicio *inductivo* que, al mismo tiempo, es independiente de toda aserción temporal. Esta manera de proceder es característica de la persona que haga la inducción (Tucídides, para nuestro caso), en donde el clamor constante por una determinada población (la guerra del Peloponeso) es relevante para la aplicación de ese acontecimiento como medida estándar. Pero, ¿El futuro será como el pasado? o, por el contrario ¿El pasado, habrá sido como el pasado? Es precisamente lo que una inducción con una dirección no temporal nos remite a pensar, siempre que la posibilidad de establecer las partes del pasado que, de acuerdo a un interés, hace que precedan a esas mismas partes para convertirlas en las primeras, pero debidamente ajustadas a las partes últimas de un periodo de acontecimientos. Así, Danto recurre a un argumento de Hume, según el cual, “el aspecto del mundo podría algún día cambiar” y, por ello, precisamente, ninguna ley general podría sostenerse.

De acuerdo a esto, los procesos inductivos son invariables en su dirección, bien sea hacia el pasado o hacia el futuro. Más aún, siempre que se tenga una predicción de situaciones estándar con respecto a las motivaciones humanas, serán las mismas en todas partes. La independencia que Tucídides muestra de las motivaciones humanas con respecto al tiempo nos revela a un autor que no está interesado en la filosofía de la historia. Sin embargo, el interés que debemos tener hacia su trabajo radica, precisamente, en mantener relación con algunos “hechos muy generales” que su relato pueda brindar en términos del comportamiento de los individuos, y grupos en contextos políticos. Por ello, más allá de brindarnos en rigor una profecía sobre el futuro, Tucídides trató de proporcionar una verdadera descripción de eventos de su pasado. En este sentido, su trabajo puede ser considerado como *historia* y, del

mismo modo, como parte de una *ciencia social*. Es así, como una caracterización mínima de la historia con respecto al trabajo de los historiadores, enfatiza en intentar hacer afirmaciones verdaderas de su pasado. Más que dejar en claro la actividad explícita de los historiadores, es importante contrastar su trabajo con respecto a los filósofos de la historia, pues en la medida en que los primeros tratan de hacer afirmaciones verdaderas o dar descripciones verdaderas de acontecimientos en su pasado, éstas no representan una lógica verdadera y dependiente del tiempo; así, tales afirmaciones de acontecimientos las pueden hacer en su futuro.

En otras palabras, el éxito que los historiadores tengan en la historia o en otra actividad, depende fundamentalmente de la búsqueda de ésos o aquellos acontecimientos para poder explicarlos. “*But what if an historian A has already given such description of an event which individual B wishes to explain? Would we then call B an historian?*”¹⁸ (Danto, 1965, p. 25). Si alguna explicación de un acontecimiento requiere la referencia a otro, éste debe tener una descripción verdadera en la cual se pueda confiar. Por ejemplo, no se podría ignorar que E_2 sucedió a causa de E_1 , considerando que E_1 hace parte del pasado verdadero de algún historiador. Otro aspecto para tener en cuenta y que puede explicar algún acontecimiento del pasado, tiene que ver con la identificación empática del historiador con las personas involucradas en el acontecimiento. Sin embargo, esto puede crear cierta desconfianza, por eso, en el momento en que el historiador logra una *explicación* del acontecimiento, debe hacer no-expresiva su relación con determinada persona. En este sentido, las complicaciones no se hacen esperar cuando se plantea que una persona no es un acontecimiento. Y, puesto que hemos estado hablando sobre acontecimientos que ocurren o no en el pasado, lo mejor es, según Danto, hacer afirmaciones sobre el pasado que involucren acontecimientos, personas o cosas.

Entonces, podríamos decir, que una afirmación verdadera sobre el pasado no es en ningún sentido un tipo de afirmación; por supuesto que tendremos que considerar las afirmaciones hechas sobre el pasado y estimar su legitimidad a la luz de su significado. Finalmente, la intención de la afirmación sobre un acontecimiento en particular, requiere que

¹⁸ “¿Pero, qué pasa, si un historiador A ya ha dado una descripción de un acontecimiento, que un individuo B desea explicar? ¿Podríamos, entonces, llamar a B un historiador?”. (La traducción es mía).

ésta sea verdadera o por lo menos que haya una referencia real sobre su existencia. Siguiendo a Danto: “*If there are not unicorns, it is idle to ask for details about unicorns, for example, whether they are savage or mild*”¹⁹ (1965, p. 26).

4.4. Historia profética

La unificación de las ciencias o también llamado monismo metodológico hace parte del postulado de las ciencias empíricas, que prepondera la investigación de las así llamadas “ciencias duras” en detrimento de algunas que, todavía, no han alcanzado tal desarrollo. Karl Popper, compartió, durante mucho tiempo, la visión monista del conocimiento promulgada y defendida por los positivistas lógicos; cabe decir, también, en la idea de que absolutamente todas las ciencias debían tener en su estructura epistemológica la base del desarrollo alcanzado por la física.

En este sentido, Popper, al igual que Hempel, comparte la idea de aplicar el modelo nomológico-deductivo como principio generador de verdadero conocimiento que, desde la física, se puede hacer extensivo a otras disciplinas que quieren de verdad ser llamadas ciencias como tal. Sin embargo, pese a la posición epistemológica de Popper, él hace claridad en el momento de intentar aplicar leyes universales a casos particulares. En esto, radica, precisamente, la distinción que lleva a cabo en la *Miseria del historicismo* (1984) cuando precisa sobre las ciencias teóricas y ciencias históricas. Aunque no se puede hacer funcionar de manera análoga las unas con las otras, es importante tener en cuenta la gran diferencia en cuanto a su cometido metodológico y epistemológico. Para el caso de las ciencias teóricas, no es posible homologar su proceder debido a que, su pretensión, es la de universalizar leyes que pueda escrutar lo más ínfimo de cualquier fenómeno que se presente. Pero, dado el caso, en que se efectúe dicho evento, la idea que prima es la de subsumirlo bajo estrictas leyes (legales) en conformidad con su objetivo epistemológico. En las ciencias históricas, por el contrario, no se busca una generalidad epistémica debido a que su particularidad investigativa, no pretende alcanzar una regularidad válida para todos los hechos históricos de los que indaga. Cabe recordar, en este sentido, la propuesta de aquello de lo cual no se puede

¹⁹ “Si no hay unicornios, sería inútil hablar sobre sus detalles por ejemplo, si son salvajes o apacibles”.

hablar, debido a la dificultad de poder generalizar su conocimiento y, por ende, su explicación.

Dicho esto, la caracterización fundamental de estos presupuestos cognoscentes es que, enfrentan, en su cometido epistemológico, la generalidad representada por leyes universales, y la particularidad que se preocupa por presupuestos singulares. Vale decir, a tenor de la aceptación científica, en rigor, que los dos campos que se limitan uno a otro, propenden, dentro de sus posibilidades, alcanzar un estatus referenciado en el campo del conocimiento. Si de avance se trata, es lógico que una disciplina científica o, que pretenda serlo, involucre en su proceder ciertas generalidades y particularidades que le otorguen consistencia metodológica y estructural, en cuanto a su constructo sistémico.

Mientras que las ciencias teóricas se interesan principalmente por la búsqueda y la experimentación de leyes universales, las ciencias históricas dan por sentadas toda clase de leyes universales y se interesan especialmente en la búsqueda y experimentación de proposiciones singulares (Popper, 1984, p. 159).

En esto radica, entonces, el interés por indagar por la causa de aquellos acontecimientos en donde, siempre, su investigación, va a estar acompañada de preguntas tales como: “cómo y por qué ocurrió”. Esto suele decirnos algo de lo cotidiano y poco reflexivo que pueden llegar a ser este tipo de preguntas; que, no es otra cosa, que la pregunta por la causa histórica de hechos específicos. Estas respuestas que acusan un interés específico y singular no se separan, del todo, del uso de leyes generales para encontrar su causa; es decir, en términos causales un acontecimiento singular es la causa de otro, y así hasta encontrarse subsumido en reglas más generales. Popper (1984) denomina a este tipo de leyes como pertenecientes al sentido común, y, el hecho de que sean triviales, no es necesario que el historiador las haga explícitas.

Es importante aclarar, en este orden de ideas, que la disciplina histórica nos ofrece, todo el tiempo, explicaciones causales de un hecho singular. Es más, se podría decir que somos los únicos interesados en conocer la causa de un hecho histórico. Desde las ciencias teóricas, su preocupación estriba más en llevar a cabo un experimento en procura de poner a prueba las leyes universales que promulga. No se quiere decir que lo primero, en este caso, es más relevante que lo segundo; pero, en aras de la explicación, en todo sentido, los seres

humanos compartimos más tiempo con lo histórico, con lo cotidiano, con lo trivial. Si de ser necesaria la explicación causal teórica se trata, recurriríamos a experimentos más aplicados y llevados a cabo por expertos.

Ahora bien, no se pretende subvalorar ninguna disciplina en particular pero, dado la comparación y diferencia, es oportuno realizar este tipo de distinción. Se deja en claro, entonces, que la historia no posee leyes generales, y tampoco pretende formularlas en un futuro. Esto se debe, principalmente, a su objeto de investigación que, siempre, obedece a proposiciones singulares. Si una piedra rodó por el río, cabe preguntarse si, efectivamente, rodó por la erosión del suelo, o por causa de una fuerza dinámica que la arrojó. Cualquiera que sea la respuesta, no nos dice nada general de arrojar o no una piedra. Si se recurre a descubrir los hechos causales en términos de leyes generales, podríamos estar hablando de la posibilidad de predecir el futuro traslado de una piedra, de un lugar a otro. Por otro lado, sencillamente, obedece a hechos particulares que deben ser resueltos en la singularidad de su propia causa. Con esto caemos en la cuenta del carácter único e irrepetible de los acontecimientos históricos. Lo cual nos permite evidenciar lo impredecible de los acontecimientos históricos mismos. En este sentido, estamos hablando de no recurrir a una ley general para poder explicar y, dado el caso, predecir en las ciencias sociales.

Es este aspecto que logra poner en cuestión la regularidad universal de las ciencias teóricas, en tanto su desarrollo, y en eso está la clave de su progreso, puede llegar a predecir hechos futuros gracias al sistema cerrado de leyes universales propuestos y diseñados desde la física. Para el caso de la sociedad, no existe hasta el momento, un conocimiento unívoco y totalizador; siempre que esté presente la novedad y lo impredecible, las supuestas reglas que rigen las sociedad, aún están por establecer su dominio y patrón de funcionalidad. A falta de leyes universales y condiciones iniciales que permitan predecir un hecho futuro para el caso de la historia, la convierte en una disciplina que no puede explicar como si lo hace la física.

Esto convierte a los acontecimientos humanos en algo inesperado, impredecible y no susceptible del profetizar histórico; lo incondicionado por la novedad intrínseca de su desarrollo, no permite determinar, bajo una regularidad dada, todo su acontecer y existir.

5. Conclusiones

Una vez establecido el rigor mostrado por el modelo de la ciencia natural, es más que obvio que las ciencias sociales, y en particular, la historia, se vean atraídas por el éxito que han tenido durante siglos. Es muy difícil no sopesar la idea de mantener, aunque sea mínimamente, una similitud en cuanto al funcionamiento de leyes que pueden otorgar cierta regularidad en el mundo social.

De igual manera, aunque la sociología y la economía se acercan al diseño y puesta en funcionamiento de leyes análogas a las propuestas por el modelo de la ciencia natural, no se puede negar que, más que un objetivo epistemológico, dicha pretensión y manejo pasa por el rasero político y económico mundial. Dicha pretensión se ha convertido, en muchos países, en instrumento de control y coerción, lo que, en algún momento los críticos de Frankfurt llegaron a temer bajo la sospecha de la codicia del hombre por un orden totalitario.

Asimismo, pese a la urgencia de establecer un canon que determine el funcionamiento social, desde pretendidos intereses epistemológicos; no basta con otorgar líneas de funcionalidad social, desde arreglos racionales en particular. Si lo que importa es atomizar generalizando, vale decir que, una pretensión ajena a la preocupación social en general, usurpa el verdadero interés por el desarrollo humano respectivamente.

De igual forma, es justo recordar que, desde la ciencia llevada a cabo por los presocráticos, ha existido siempre, en el hombre, la idea de poder y de control. El fuego de Prometeo, más que ayudar, parece que hizo enloquecer a sus herederos. Sin embargo, queda todavía aquella labor (tarea) socrática que le permite a los seres humanos, apostados por este interés, emprender, siempre, una voz muy otra que dice que no hay una única manera de conocer, de experimentar: que no hay una sola óptica, un solo tipo de conocimiento.

El modelo nomológico-deductivo que cobra para sí un interés calculado en pro del desarrollo científico, no es suficiente para tratar los aspectos sociales, históricos, políticos, lingüísticos, y toda aquella transversalidad que le ha permitido al ser humano poder instaurar una cultura propiamente humana. No obstante, el modelo de la ciencia natural, con su interés

permanente de conocerlo todo, establece un gran reto para la cultura del hombre: no permitir el menoscabo del hombre mismo.

Para el caso de la explicación abordada desde la perspectiva de análisis del positivismo lógico y la escuela de Frankfurt respectivamente, se puede entrever que la preocupación por establecer un estatuto epistemológico válido para las ciencias naturales y las ciencias sociales, mantiene la disputa por diferenciar los objetivos de investigación propios de cada disciplina, así como su objeto de investigación.

Aunque el conocimiento y la racionalidad del ser humano han contribuido con el descubrimiento de nuevos modelos e instrumentos de investigación que han servido para edificar el desarrollo y progreso de la humanidad, hay que tener presente que es el mismo ser humano quien debe proporcionar la idea permanente de crítica como base epistemológica válida dentro de regularidades tan cerradas como la práctica científica.

De igual modo, la adaptación de los conceptos y modelos propios de la ciencia natural al campo de la ciencia social, hay que mirarla desde una perspectiva filosófica, en la medida en que una visión particular con pretensión universal puede llegar a convertirse en un acto coercitivo propio del monismo metodológico.

Es ésta, precisamente, la intención que tuvo Hempel al tratar de trasladar su modelo nomológico-deductivo como salvaguarda de la investigación histórica. Al proponer una regla general inductiva a los acontecimientos propios de la existencia humana, intentó anticiparlos como predicción de los hechos pasados para poder configurar los hechos futuros.

Lo anterior nos da la oportunidad de pensar en imposturas epistemológicas y racionales, en la medida en que el uso y funcionamiento de reglas generales en la historia, nos muestra las variables que se deben tener en cuenta para que esto suceda: la explicación y la predicción. Sin embargo, esto nos puede conducir, en detrimento de la apuesta por la diversidad de pensamientos, a la aceptación funcionalista de un modo de investigación práctico y eficaz.

Desde el tecnicismo científico se puede manifestar esta noción como oportunidad de contrarrestar la vaguedad que circunda en la investigación social. A parte de procurar una

depuración en el uso manifiesto de su lenguaje, permitirá que sus proposiciones puedan ser confrontadas desde una comunidad que ha aceptado e institucionalizado un lenguaje científico común.

Con la intención de mostrar lo contrario, Popper, establece una diferencia entre las teorías que están a favor de aplicar el modelo de la ciencia natural a la historia, y las que reivindican su papel histórico como tal. Por ello, manifiesta que las tesis antinaturalistas de la historia tienen en su favor algo intrínseco a sí mismas: la novedad. Es desde esta característica que intenta proporcionar una salida al determinismo científico propuesto por las tesis pronaturalistas. En la idea de que en estas últimas, las cosas y los fenómenos tienden siempre a repetirse, a ser lo mismo.

En la medida en que la investigación científica trata de establecer derroteros y modelos seguros que otorguen validez a su trabajo; en esta investigación se formuló una pregunta que nos permitió establecer la diferencia entre lo que busca la ciencia natural y los objetivos de la historia como ciencia social. Una respuesta puntual a esta pregunta es que sí se puede dar, desde la historia como disciplina, una explicación. Pero no se trata de una explicación concebida desde la ciencia, más bien lo que se puede inferir es que la historia explica pero desde intereses particulares; es decir, sin ninguna pretensión de universalidad como si lo hace la ciencia natural.

Lejos de aplicar y ceñirse bajo una regularidad universal, la historia propende por la explicación de hechos específicos que hacen parte de la existencia humana. Sin embargo, esta explicación se halla sujeta a unos intereses que permiten que su investigación sea tomada en cuenta por la mayoría de personas. Bien sea que narre acontecimientos políticos, económicos, sociales, familiares o cotidianos de la vida misma, su aceptación, como ciencia social, va a depender del rigor de los acontecimientos que narra, es decir, del interés que éstos puedan llegar a tener en una comunidad. *Qué narra, cómo lo hace, de qué lo hace, para quién lo hace*, son presupuestos que todavía son objeto de investigación, y que hacen, del ejercicio histórico, una disciplina aún indeterminada. Lo que permite pensar en un desarrollo continuo de esta investigación que posibilite, al máximo, entender la relación histórica entre el ser humano, su contexto y su pensamiento.

Es claro que hay modelos históricos que han permitido hacer un análisis social, político y económico de la sociedad, pero no podemos dar por terminada y por interpretada la totalidad de la historia en base a sus múltiples interpretaciones. Es una parte pero no es el todo.

Ahora bien, si nos detenemos a pensar en el alcance que ha tenido este trabajo investigativo, lo que salta a la vista es su manifiesta preocupación por tratar de entender el concepto de explicación: ¿quién lo formula?, ¿cómo funciona?, ¿cómo se aplica?, ¿en qué campo de investigación opera?, son algunos interrogantes que han permitido el escrutinio y la búsqueda permanente por parte del conocimiento humano que, aún, se sigue preguntando qué es explicar.

La deriva de una respuesta inmediata a este problema de la explicación nos condujo a la delimitación entre las ciencias que dicen explicar y las ciencias que dicen comprender. Es decir, campos totalmente distantes en su proceder pero, que sin embargo, guardan una similitud: la construcción de conocimiento. Es válido pensar y, tal vez paradójico, en que la historia, como ciencia social, nos permita saber con certeza, en qué medida un conocimiento en especial le proporcione a la humanidad grandes beneficios para asegurar su supervivencia.

De este modo, el alcance inmediato que se obtiene con este trabajo es la apropiación y entendimiento de los modelos de explicación propuestos por el pensamiento. La crítica permanente de su epistemología, desde la práctica filosófica, nos va a permitir seguir allanando el camino investigativo con la firme convicción de mantener, como lo hicieran en sus orígenes los griegos, el principio de ignorancia, el cual manifiesta que, hasta el momento, no hemos conocido nada. Será una ardua tarea, entonces, y, por eso, fascinante, seguir acotando disertaciones, críticas, postulados y toda afirmación sobre la explicación histórica. Sólo así podremos decir, dese el presente, que el futuro investigativo de la historia como ciencia social: promete.

Finalmente, mientras se pueda mantener lo singular de los aspectos propiamente humanos lejos de la regularidad de la ciencia como tal, se podrá entender que se puede vivir con el desarrollo científico, sin que por ello, sufra menoscabo su propia esencia: la de *ser humano*.

Bibliografía

- Adorno, T. (2001). *Epistemología y ciencias sociales*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Ayer, A. J. (1965). *El positivismo lógico*. México: FCE.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: FCE.
- Bunje, M. (1996). *La ciencia, su método y su filosofía*. Bogotá, D.C.: Panamericana.
- Collingwood, R. G. (1965). *Idea de la historia*. México: FCE.
- Danto, C. A. (1965). *Analytical philosophy of history*. Great Britain: Cambridge at the university press.
- Danto, C. A. (1989). *Historia y narración*. Barcelona: Ediciones Cátedra.
- Foucault, M. (2010). *La arqueología del saber* (2da ed.). (G. d. Aurelio, Trad.) México: Siglo XXI.
- Hempel, C. (1975). La explicación en la ciencia y en la historia. En P. Nidditch, *Filosofía de la ciencia* (S. V. Manuel, Trad.). México: FCE.
- Hempel, C. (1979). La función de las leyes generales en la historia. En *La explicación científica*. Buenos Aires: Paidós.
- Horkheimer, M. A. (1987). *Dialéctica del iluminismo*. (H. A. Murena, Trad.) Buenos Aires: Sudamericana.
- Hotton, G. (2000). *Ciencia y anticiencia*. Tres Cantos, España: Nivola Ediciones.
- Kant, I. (1998). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas* (2da ed.). (S. Carlos, Trad.) México: FCE.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Orbis S.A.
- Marx, K. (1985). *Introducción general a la crítica de la economía política*. México: Cuadernos de pasado y presente.
- Pérez, R. (2003). *¿Existe el método científico?* México : FCE.
- Platón. (1993). *La República*. Barcelona : Altaya.
- Popper, K. (1978). *La lógica de las ciencias sociales*. (J. Muñoz, Trad.) Barcelona: Grijalbo.
- Popper, K. (1984). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza.
- Popper, K. (1994). *El universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo. Post scriptum a la lógica de la investigación científica. Vol. II*. Madrid: Tecnos.

- Reichenbach, H. (1933). "La filosofía científica. Nuevas perspectivas sobre sus fines y sus métodos". *Revista de Occidente*(125), 129-161.
- Russell, B. (1985). *Fundamentos de filosofía*. Barcelona, España: Plaza y Janes Editores S.A.
- Von Wright, G. H. (1979). *Explicación y comprensión*. (L. V. Reñón, Trad.) Madrid: Alianza Editorial.
- Waismann, F. (1965). "Mi perspectiva de la filosofía". En A. J. Ayer, *El positivismo lógico*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Walsh, W. (1980). *Introducción a la filosofía de la historia* (9a ed.). (F. Torner, Trad.) México: Siglo XXI.
- Weber, M. (2001). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrotu.
- Wittgenstein, L. (2010). *Tractatus logico-philosophicus*. (J. Muñoz, & I. Reguera, Trans.) Madrid, España: Alianza Editorial S.A.